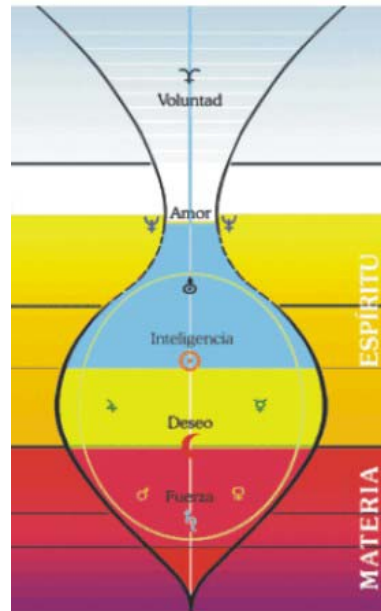


Psicología astrológica

LA PERSONALIDAD Y SU INTEGRACIÓN



Bruno Huber

Colección Autodidacta



La personalidad y su integración

Bruno Huber

Título original: Die Persönlichkeit und Ihre Integration
Editor original: API Verlag, Adliswil/Zurich
Traducción: Joan Solé y Ángela Wilfart

© 1984 API Verlag, Michael Huber, CH-8134, Adliswil
© 2010 API Ediciones España, S.L.
C/ Santa Bárbara 54, Bajo
08210 Barberà del Vallès
www.api-ediciones.com

Índice

Introducción.....	3
Los tres planetas principales como portadores de la personalidad	6
El yo como personalidad tripartita	14
Posiciones fuertes y débiles de los planetas del yo	20
Las fases de desarrollo del yo en la progresión de la edad	25
El modelo de familia	35
Imágenes-guía de la conciencia del yo	51
Aspectos entre los planetas del yo	62
Ejemplos prácticos	65
Psicosíntesis astrológica	74
Horóscopos sin planetas espirituales	93
Los planetas transpersonales com imágenes guía de la humanidad	102

Introducción

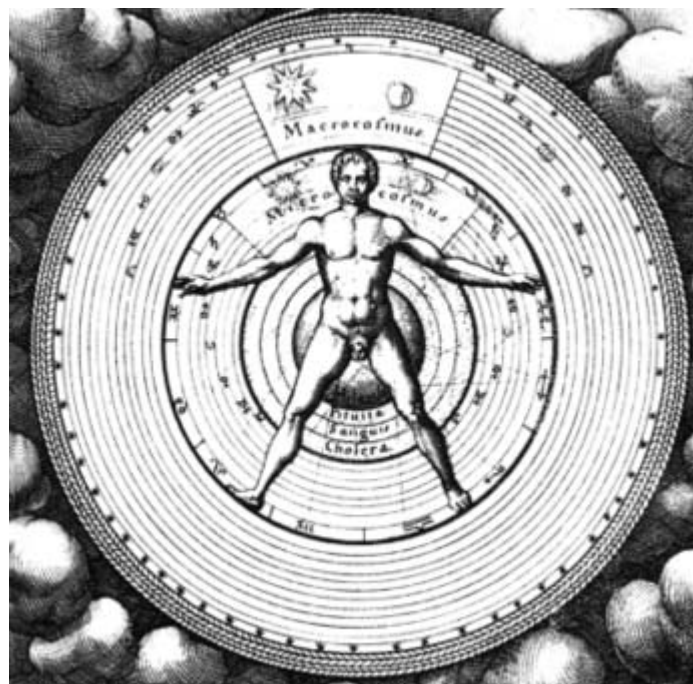
Al ocuparnos de la cuestión de la *personalidad* del ser humano y su individualidad, nos encontramos con conceptos como el *yo* o el *self* que distintos autores han descrito de maneras muy diversas.

El tema es complejo, tanto desde la perspectiva astrológica como desde el punto de vista psicológico. Los conceptos no están claramente definidos y las distintas tendencias emplean términos diferentes.

Las orientaciones más tradicionales hablan de la *personalidad*, las más inclinadas hacia lo espiritual hacen referencia al *self*, otras utilizan el concepto de *individuo* o *individualidad* (o, más recientemente, el de *identidad*). Pero nos encontramos con que las diferentes definiciones psicológicas son poco coincidentes tanto en su formulación como en su contenido.

En el ámbito de la astrología, el tema es aún más difícil pues, salvo raras excepciones, no hay definiciones precisas. La psicología astrológica ha sido pionera en desarrollar métodos que permiten comprender la *personalidad*, la *individualidad* y la *globalidad* del ser humano a partir del horóscopo. La astrología tradicional no permite esta visión global por-

que, al enfocarse en los detalles, no hace posible la obtención de una perspectiva general. De las posiciones de los planetas, los signos, las casas y los aspectos extrae sólo características especiales y rasgos personales detallados del ser humano.



Microcosmos y macrocosmos
Ultrasque cosmi historia, Robert Fludd, 1617

Hasta el momento, la astrología tradicional sólo ha sido capaz de proporcionar un amasijo de piezas relacionadas con el fenómeno «ser humano» que úni-

camente hacen referencia a sus características externas, esto es, a los «síntomas». Además, como sabemos, los métodos de la astrología tradicional pueden aplicarse no sólo al ser humano sino también a cosas, países, acontecimientos, negocios... Pocos autores astrológicos han desarrollado un modelo conceptual completo del ser humano en sus obras. En el ámbito europeo no hay consenso en lo referente a la constitución de la *personalidad* y el ser humano se suele contemplar como un aglomerado de las distintas partes que lo conforman.

La mayoría de libros de astrología contienen «recetas» para la interpretación de los horóscopos. Se suelen empezar con algunos puntos característicos como la posición del Sol o el Ascendente. Pero en mis investigaciones he llegado a la clara conclusión de que ningún elemento del horóscopo aislado puede darnos una imagen completa de la *personalidad* sino sólo un aspecto parcial de ésta.

Debemos hacer una clara distinción entre la *personalidad* como globalidad y sus (así llamados) mecanismos o partes funcionales. El concepto de *personalidad* no es fácil de comprender puesto que tiene un significado esencial específico. Las diferentes partes funcionales (escojo deliberadamente este término) se combinan e interaccionan entre sí de una manera

particular en cada individuo, dando lugar a una *personalidad* única. Si bien estas distintas «piezas» pueden estudiarse separadamente, este análisis no nos da una visión de la *personalidad*.

Nuestros procesos mentales, por ejemplo, no son nuestra *personalidad* sino tan sólo uno de sus «instrumentos», una de sus «herramientas». Nuestra capacidad de trabajo o de rendimiento no es tampoco nuestra *personalidad* sino una característica, una facultad aptitud de ésta.

Cada uno de los diez planetas de nuestro horóscopo simboliza una capacidad básica o un órgano que realiza determinadas funciones. Cada planeta está especializado en realizar determinadas tareas. Así pues, debemos distinguir entre la *personalidad* en sí, con su capacidad de tomar conciencia de sí misma, y los mecanismos que tiene a su disposición para abordar los diferentes cometidos en la vida. Esta distinción es de gran importancia cuando nos acercamos al horóscopo con el objetivo de obtener una comprensión adecuada de la *personalidad* con sus puntos fuertes y limitaciones.

La *personalidad* no es, evidentemente, algo inmutable. No hay ninguna regla que nos diga que la *personalidad* debe ser de una manera determinada. Si

así fuera, no sería una individualidad, un ser único y original. Cada ser humano es diferente, está estructurado de una manera particular e irrepetible y dispone de una sustancia esencial específica. Cada individuo es un ser original, la individualidad es siempre algo especial.

Éste es nuestro punto de partida. No hay ninguna fórmula que permita describir a una *personalidad*. Sería demasiado simplista. Y por eso es también incorrecto afirmar que la *personalidad* está definida sólo por la posición del Sol o el Ascendente.

Debemos intentar determinar cuáles de los diferentes elementos astrológicos (12 signos, 12 casas, 10 planetas y 7 aspectos) en sus combinaciones reflejan mejor nuestra *personalidad*. ¿Cuál es el elemento esencial que nos hace diferentes de los demás?

Supongamos el caso de una persona con el Sol o el Ascendente Aries. ¿Debería esta cualidad ariana (perteneciente a uno de los doce signos zodiacales) determinar todo el potencial de su *personalidad*? Este ejemplo pone de manifiesto las limitaciones de este modelo conceptual. Es demasiado simplista pretender dividir a la humanidad en doce grandes grupos. Este método no nos proporciona una visión adecuada de la individualidad.

Tampoco es cierto que el signo solar determine nuestra *personalidad*. En muchos casos no vemos la cualidad del signo solar de una persona reflejada en su comportamiento (¡Constatarlo resulta sorprendente!). Tal vez la Luna esté en una posición más fuerte que el Sol, de manera que éste no pueda mostrarse.

Esto es un ejemplo claro de que estas técnicas astrológicas tan simples no son suficientemente válidas. Desafortunadamente, este tipo de «recetas» astrológicas han sido y siguen siendo muy populares. No hay más que ver, por ejemplo, los horóscopos de la prensa.

Debemos pues identificar qué elementos astrológicos nos pueden proporcionar una visión de la conciencia de la *personalidad* global, de su cualidad específica.

Como veremos a continuación, no se trata de un sólo elemento sino de la combinación de varios. La «mezcla» individual de estos elementos y su interacción específica hace que cada persona sea distinta de las demás. Existen, evidentemente, similitudes con otras personas o grupos, pero cada *personalidad* es única en sí misma.

Los tres planetas principales como portadores de la personalidad

En nuestra búsqueda de los atributos de la *personalidad* partiremos de los planetas, que simbolizan nuestras capacidades esenciales específicas. Vamos a investigar si alguno de estos órganos o alguna combinación de ellos nos proporciona indicaciones válidas sobre la *personalidad* o si podemos considerar a algunos planetas como «portadores» de la *personalidad*.

Consideraremos, sobre todo, los tres planetas principales. En el pasado se tenían en cuenta sólo las luminarias: el Sol se relacionaba con el hombre y la Luna con la mujer.

En la fila central de la tabla de planetas de la página siguiente vemos los tres planetas principales. Estos planetas conforman lo que denominamos *personalidad tripartita*, que se compone de:

1. El nivel físico, el cuerpo, lo biológico
2. La psique, los sentimientos, las emociones
3. La mente, el intelecto, el pensamiento.

Saturno simboliza el cuerpo físico, la Luna representa la naturaleza emocional y el Sol es la cualidad











mental. En cada uno de estos tres planetas reside una parte de la conciencia de *personalidad* y en su conjunto constituyen la *personalidad* global. Puede suceder que, de estos *tres puntos focales del yo*, uno sea más relevante que los demás. Esto significa que la persona se percibe a sí misma más claramente en el nivel indicado por este planeta.

También puede ser que la conciencia de *personalidad* esté polarizada exclusivamente en uno de estos tres planetas. En este caso, el planeta en cuestión es el factor clave en el proceso de integración de la *personalidad* tripartita. Es sumamente importante saber qué planeta tiene la posición más fuerte en el horóscopo, pues este planeta está en disposición de mantener a los otros dos polos del yo en equilibrio, es decir, puede integrarlos.

En psicología astrológica hemos desarrollado una técnica para identificar cuál de los tres planetas principales está más fuerte en el horóscopo y, por lo tanto, representa el nivel de polarización del yo de la persona en cuestión.

Esta técnica está descrita detalladamente en nuestros libros *Las casas astrológicas* (capítulo: «La curva de intensidad») *El Reloj de la Vida* (anexo). Más adelante volveremos a hablar de este tema.

Tabla de planetas

<p>ÁMBITO DE ACCESO A LA ESPIRITUALIDAD</p> <p>ASPIRACIONES</p> <p>CRECIMIENTO ESPIRITUAL</p>	<p>Plano espiritual Espacio supraconsciente</p>	<p>INTELIGENCIA CREATIVA</p> <p>IMAGO  DE MADRE</p> <p>Ocultista MÉTODO Ideal de mundo perfecto Ordenar</p>	<p>AMOR UNIVERSAL (Cristo)</p> <p>IMAGO  DE HIJO</p> <p>Místico MEDIUMNIDAD Ideal de amor incondicional Servir</p>	<p>VOLUNTAD ESPIRITUAL</p> <p>IMAGO  DE PADRE</p> <p>Mago METAMORFOSIS Ideal de ser humano perfecto Crear</p>
<p>PERSONALIDAD (EGO)</p> <p>ROLES DEL YO Intereses y motivaciones</p>	<p>Plano personal Espacio consciente</p>	<p>CUERPO Autoconfianza</p> <p></p> <p>Inmunidad Economizar MADRE</p> <p>Seguridad Cerrar Heterónimo</p>	<p>SENTIMIENTOS Conciencia del tú</p> <p></p> <p>Sensitividad Aprender HIJO</p> <p>Simpatía Abrir Ambivalente</p>	<p>MENTALIDAD Conciencia del yo</p> <p></p> <p>Vitalidad Crecer PADRE</p> <p>Fuerza mental Irradiar Autónomo</p>
<p>Impulso-Instinto= RENDIMIENTO</p> <p>FUNCIONES DE MANTENIMIENTO DE LA VIDA</p>	<p>Plano de criatura Espacio inconsciente</p>	<p>Disfrutar ESTÉTICO</p> <p></p> <p>Asimilación Selección Mujer Fertilidad</p>	<p>Aprender COMBINATORIO SENSORIAL</p> <p> </p> <p>Formulación Información Persona Sensibilidad sensorial</p> <p>Valoración Percepción</p>	<p>Lograr MOTOR</p> <p></p> <p>Rendimiento Actividad Hombre Potencia</p>
		<p>Femenino Materia Espíritu Santo Shiva</p>	<p>Neutro Conciencia Hijo Vishnu</p>	<p>Masculino Espíritu Padre Brahma</p>

Si de los tres planetas principales (o *planetas de la personalidad*) el Sol tiene la posición más fuerte en el horóscopo, la persona se percibe como esencialmente mental y se mide a sí misma según criterios relacionados con las funciones intelectuales. Si la posición más fuerte es la de la Luna, la persona se polariza más en los sentimientos. Entonces lo más importante para ella son las vivencias emocionales, pues en estas cuestiones es dónde se experimenta más intensamente como *yo*. Si el planeta más fuerte es Saturno, la persona vive particularmente centrada en su cuerpo y sólo se siente bien y segura si sus funciones corporales y sus asuntos materiales están en orden.

En una persona adulta, estas tres *funciones del yo* deberían funcionar conjuntamente como una unidad integrada. Sólo así se puede lograr la autonomía de la *personalidad* o la individualidad. Pero, para «poner bajo un mismo sombrero» a estas tres funciones (que con frecuencia tienen intereses diferentes, cuando no contradictorios) se necesita una fuerza especial: *la voluntad*. Toda *personalidad* integrada tiene una voluntad desarrollada, cuya fuerza está directamente relacionada con su grado de conciencia.

Para conseguir cosas en la vida se necesita una voluntad fuerte. Si nuestra voluntad está debilitada por

cualquier tipo de perturbación psíquica, difícilmente conseguiremos alcanzar los objetivos que nos proponamos. El grado de desarrollo de la conciencia de *personalidad* es algo esencial en toda persona.

Si ninguno de los tres polos del *yo* está bien desarrollado, las posibilidades de lograr algo en la vida son escasas. La sociedad en la que vivimos (tanto en oriente como en occidente) valora a la *personalidad* según su capacidad de resolver las tareas y obligaciones que plantea la vida, según su cualidad, substancia, fuerza y fiabilidad. Por eso, el grado de *autoconciencia* de una persona nos dice en qué medida ésta puede confiar en su *yo* y si tiene posibilidades de convertir sus puntos débiles en fuertes, es decir, de integrar su *personalidad*.

La psicología actual no hace, en última instancia, otra cosa que medir los distintos grados de debilidad del *yo*, los complejos de inferioridad o superioridad u otras perturbaciones de la conciencia personal, y luego investiga de dónde provienen. Es de sobra conocido que, a excepción de las patologías psicóticas heredadas, todas las enfermedades psíquicas tienen relación con debilidades o enfermedades del *yo*. ¡Cuántas veces la constitución original de una persona no logra desarrollarse en su juventud tal y como es, debido a la influencia del entorno y la educa-

ción recibidas! En muchos casos, las características innatas de la persona no son aceptadas ni estimuladas sino rechazadas o reconducidas. Y esto hace que, a modo de reacción, el individuo desarrolle mecanismos de defensa psíquicos que se convierten en un problema para el desarrollo libre del ser.

Para progresar y conseguir éxitos en nuestra sociedad es imprescindible tener una *autoconciencia* fuerte y sana. Una persona así es capaz de emplear su energía de manera controlada en la dirección deseada en la vida. Conseguir ser el director de la propia vida o dejar que ésta quede a merced de las circunstancias depende, en gran parte, de lo fuerte o débil que sea la *personalidad*. Todos deberíamos ser capaces de dirigir nuestro destino de manera personal y creativa. Las «recetas generales» para conseguir el éxito que suelen encontrarse en algunos libros de autoayuda sirven de muy poco. El éxito sólo es posible empleando un método absolutamente personal. Lo esencial en este proceso es el *estado de salud del yo*.

En este sentido el horóscopo, empleado como instrumento de diagnóstico, es una herramienta excelente para toda persona que se encuentre en el proceso de búsqueda de sí misma. Es de gran ayuda para identificar el camino a seguir y avanzar en el

proceso de desarrollo que conduce a la persona a convertirse en un individuo, un ser humano completo y, por lo tanto, próspero.

Clarificación de conceptos

Es importante que nos familiaricemos con los conceptos de: *yo, autoconciencia, personalidad, individuo, individualidad, identidad e integración de la personalidad tripartita*. Estos términos pueden comprenderse de maneras muy diversas, pero nosotros debemos definirlos de manera que podamos emplearlos astrológicamente, es decir, que las definiciones que hagamos deben estar en consonancia con los principios astrológicos. No podremos integrar todos los conceptos, pues algunos no coinciden con la manera tradicional de pensar de la astrología, ya que proceden de estructuras de pensamiento diferentes. Es una cuestión de punto de vista.

En las siguientes páginas intercambio, de vez en cuando, los términos. Lo hago así deliberadamente porque no quiero ceñirme demasiado a determinados conceptos. Es mucho mejor trabajar con los símbolos que tenemos disponibles pues, creciendo con ellos, podremos comprenderlos más profundamente. Con los conceptos uno se puede quedar atrapado con más facilidad.

El concepto de *autoconciencia* es uno de los más utilizados. Significa *ser consciente de sí mismo*. Todo gira alrededor de mí. Tenemos tres contenidos (ser - consciente - sí mismo). Todo lo que tiene que ver con la capacidad de tener conciencia de lo que uno es (o no es) y de saber lo que uno es capaz de hacer (o no), tiene que ver con la *autoconciencia*. Se trata pues de la capacidad de conocerse a sí mismo y de persistir en lo que uno hace por sí mismo.

Esta definición es bastante compleja. Implica conocerse a sí mismo y tener fe en uno mismo. También podemos decir: «Existo, luego tengo el derecho a ser quien soy y los demás deben aceptarme así». Muchas personas tienen impedimentos para pensar de esta manera: «¡Deberías ser amable con la gente, ser más altruista!». No actuar así se considera egoísmo y suele valorarse negativamente.

No es fácil atreverse a ser uno mismo. Desafortunadamente, la *autoconciencia* no suele estar «bien vista» en el pensamiento colectivo normalizado. Creer en uno mismo y estar convencido de tener derecho a ser uno mismo se considera, en general, algo malo. Muchas teorías del pasado que glorifican el altruismo, la entrega y la fe en los dogmas están profundamente ancladas en nuestro interior y nos impiden

considerar al yo como un bien precioso que merece ser expresado en voz alta.

La recuperación del estado de salud del yo (y la asunción de la responsabilidad que esto conlleva) es una de las exigencias principales que la humanidad tiene en nuestro tiempo. Estamos ante un cambio de paradigma y debemos afrontarlo.

En el pasado, una persona autoconsciente no era bien vista; en cambio, hoy todos queremos ser individuos libres y fuertes, no sólo sombras de lo que podríamos haber sido. Si bien recibimos estímulos para conseguirlo, al mismo tiempo, nos encontramos también con obstáculos que nos frenan. Cuando nos llaman egoístas, nos empequeñecemos. No es fácil ser un yo. Por eso es importante aprender a emplear este concepto sin sentir temor y avanzar hacia la *autoconciencia* con toda la magnitud que el término implica.

Veamos ahora el concepto de *personalidad*. Para explicar en qué consiste debemos explicar sus diferentes facetas. La *personalidad* tiene, por una parte, tres instancias fundamentales en las que el yo tiene su sede. Estas instancias están simbolizadas por los tres planetas principales. Por otra parte, la *personalidad* dispone de una serie de instrumentos, que son

las capacidades representadas por los demás planetas del horóscopo (cada uno de los cuales puede ser de mayor o menor ayuda para la autorrealización).

La *personalidad* está pues conformada por la globalidad de todos estos factores. Desde el punto de vista astrológico, esto significa que para tener una visión completa de una persona debemos contemplar el horóscopo en su totalidad.

Abordemos ahora el concepto de *yo* que es, sin duda, el más difícil de comprender. En realidad el *yo* es sólo un punto que, según se quiera entender, tiene una gran extensión o bien carece de ella por completo. Algunos autores sostienen que el *yo* es una ficción. Otros, en cambio, afirman que es lo decisivo, lo central, aquello de lo que todo surge y a través de lo que todo se realiza. Las distintas escuelas psicológicas discrepan mucho respecto a este punto. Las hay que incluso rehusan emplear este concepto por considerarlo demasiado abstracto, otras no lo admiten por escrúpulos de orden moral y otras, en cambio, ponen al *yo* en un pedestal.

El *yo* es, esencialmente, el punto de referencia de nuestra conciencia. Es un punto que se puede definir como el ombligo del mundo. El *yo* dice de sí mismo: «Soy el centro de mi mundo».

Esta frase hace alusión a cualquier dimensión cósmica con la que el ser humano pueda relacionarse espiritualmente. Pero también puede referirse sólo al ser humano físico inmerso en el mundo material, esto es, cerca de la naturaleza y los animales. En este caso, el ser humano está limitado tanto en el espacio como en la conciencia.

Desde el punto de vista psíquico puede entenderse que la expresión se refiere al ser humano sumergido en el mundo emocional, donde depende esencialmente de sus deseos. Y si lo interpretamos desde la óptica mental, podemos imaginarnos al ser humano estableciendo libremente relaciones con todo mediante su pensamiento.

De todos modos, lo esencial para el *yo* es sentirse confirmado. La cuestión de dónde obtiene esta confirmación es algo de carácter secundario. El *yo* permanece siempre situado en el centro de su mundo. Y no hay dos mundos individuales iguales. Si así fuera, tendríamos seres humanos iguales, hombres y mujeres masificados, y no individuos.

Muchas orientaciones religiosas, filosóficas y políticas trabajan con el concepto de *ser humano estándar*, al que le atribuyen un comportamiento totalmente previsible y la necesidad de ser dirigido. Esta con-

cepción no es más que una ficción «deseada» en la que, desde el punto de vista colectivo, por razones de seguridad, se pretende hacer concordar los mundos individuales para construir un mundo igual, un mundo absoluto. Y, por supuesto, cualquier iniciativa individual privada se considera un peligro para la supervivencia de este estéril mundo absoluto.

Históricamente, la ciencia no ha dejado de esforzarse en su empeño por crear una visión abstracta del mundo que tenga (al menos teóricamente) una validez absoluta. Pero, hasta la fecha, siempre ha tenido miedo de ir más allá de los límites de su propia concepción. Ésta es la razón por la que rechaza enérgicamente cualquier disciplina paracientífica.

Sin embargo, en la evolución surgen siempre nuevas cosas que expanden las dimensiones conocidas o que muestran niveles intermedios o subniveles no descubiertos anteriormente. Personalmente tengo la firme convicción de que esto no tiene fin. El mundo que la ciencia imagina como algo finito es, en realidad, infinito y nunca podrá comprenderse totalmente con medios objetivos.

El ser humano está constantemente creando su mundo personal, eligiendo subjetivamente entre las

posibilidades existentes. Y los límites de su mundo dependen del radio de expansión de su conciencia.

Un científico puede formarse su propio concepto del mundo a partir de sus investigaciones, pero esta imagen no es otra cosa que él mismo. Y él mismo está también en el centro de la imagen que se ha creado (y que, en su opinión, es científica y objetiva).

Pero además es también un centro, esto es, un yo. Y, como tal, no puede evitar ser parte del gigantesco mundo que lo rodea. Convive con los demás en este mundo que ha concebido y todo lo que sucede en él le atañe. Les atañe a todos. Y precisamente en este acto de sentir que algo nos atañe es cuando experimentamos el yo.

De nuestra reacción personal surge este mundo subjetivo que creamos nosotros mismos y que nos concierne únicamente a nosotros. El lugar donde se dan estos «concernimientos» es un punto muy importante: el yo. Desde ahí medimos nuestro mundo (esto no es nada más que otra forma de expresar lo mismo). Estamos ahí, tenemos una determinada relación con el mundo y, con la razón, los sentimientos y los sentidos, podemos comprenderlo. Este mundo tiene unos límites pero podemos estrecharlos o expandirlos mediante nuestras posibilidades, nuestro

potencial, nuestra percepción, nuestra capacidad de reconocimiento o a través de la libre decisión de la voluntad. Podemos crearnos un mundo nuevo, pero siempre a partir del yo.



La mejor representación astrológica de lo que acabamos de exponer es el símbolo del Sol: un punto en el centro de un círculo. El punto es el yo y el círculo representa los límites de mi mundo así como mi capacidad de percepción e interpretación en los planos físico, psíquico y mental. Mi comprensión del mundo tiene sus límites: el círculo alrededor del punto.

El símbolo del Sol representa una de las principales facetas de la *personalidad*. Como factor de conciencia, el Sol es el más adecuado para percibir el mundo y percibirse a uno mismo. En la función intelectual, el yo puede separarse claramente de su entorno, experimentarse en su centro e incluso describirse.

Desde este punto de medición, el yo puede captar el mundo en un marco de referencia mucho más amplio de lo que sería capaz de hacerlo con las otras dos instancias de la *personalidad*, la Luna y Saturno.

Tanto la Luna como Saturno están más orientados a lo palpable y, a diferencia del intelecto, se experimentan más intensamente en la proximidad y lo cercano. La mente podría ocasionalmente llegar a creer (aunque sea en detrimento de la propia *personalidad*) que sería posible vivir sin cuerpo y sin sentimientos. Pero esto sería perder las proporciones. Todos tenemos estas tres instancias y sin ellas nos sería imposible vivir.

No creo haber definido de manera concluyente el concepto de yo. En todo caso, queda como un fenómeno volátil y espiritual que no se puede concebir como algo corporal. Es un concepto que no se puede delimitar de forma definitiva porque científicamente no se puede concretar de una manera objetiva. Pero para nosotros se trata de un punto esencial pues es el centro de nuestro mundo subjetivo.

Durante el siglo de las luces y posteriormente se realizaron muchos intentos para localizar la sede del alma en el cuerpo. La idea que entonces se tenía del alma es, más o menos, lo que hemos definido como yo. En la actualidad ya sabemos que el alma no reside en ningún órgano del cuerpo y, cuando hablamos del alma, nos referimos a otro concepto.

El yo como personalidad tripartita

Como hemos visto, el ser humano puede experimentar su yo de tres formas distintas, es decir, puede tener esta vivencia en cada uno de los tres niveles que conforman la estructura tripartita de su *personalidad*.

Puede hacerlo en tanto que es un ser dotado de un cuerpo físico, en tanto que es un ser emocional con sentimientos y en tanto que es un ser mental y pensante. Y la manera de experimentar el yo en cada uno de estos tres planos es diferente.

Veamos con más detalle estos tres niveles. Esto nos ayudará a distinguir con mayor claridad en qué nivel nos experimentamos más intensamente y cuándo cambiamos de un nivel al otro sin apenas darnos cuenta.

El hecho de saber cómo funcionamos, en qué situaciones saltamos de un nivel a otro y en qué plano solemos quedarnos atascados más tiempo incrementará nuestro grado de *autoconciencia*.

Si queremos emplear nuestro yo, debemos conocerlo bien y estar familiarizados con sus tendencias de comportamiento. Vaya por delante que no estamos ante una tarea fácil. Pero el horóscopo, y más con-

cretamente la disposición de los planetas principales, nos será de gran ayuda.

El Sol

Empecemos por el Sol ya que, debido a la manera de pensar actual, es la faceta de la *personalidad* con la que parece que estemos más familiarizados.

El Sol simboliza la *autoconciencia*. Cuando decimos que alguien tiene un grado elevado de *autoconciencia* (según la definición general del término) queremos indicar que se trata de una persona autónoma, un individuo fuerte, con irradiación personal y cierto éxito en la vida.

En un caso así, hablamos de una *autoconciencia* solar. Una persona con estas características se considera a sí misma (y así es también como la definimos astrológicamente) como esencialmente racional o mental: «Pienso, luego existo» (Descartes).

Tiene la capacidad de observarse a sí misma, lo que significa que, empleando su pensamiento, puede situarse fuera de sí, verse y describirse. Puede ver su propio funcionamiento, es decir, lo que hace, cómo lo hace y por qué lo que hace. Esto le permite analizar sus actuaciones críticamente y, con su voluntad, tie-

ne la posibilidad de modificar su comportamiento en el sentido que crea conveniente.

Todos tenemos esta facultad pero, evidentemente, en cada uno de nosotros se da de una manera más pronunciada o limitada. Se trata de observarnos conscientemente y decidir cómo queremos relacionarnos con el mundo.

Esta capacidad es muy importante para nuestro crecimiento personal pues nos aporta autoconocimiento, que es un prerequisite indispensable para el desarrollo de un pensamiento autónomo, de una forma de pensar que permite valorar las cosas de manera independiente asumiendo la propia responsabilidad.

Una persona con *autoconciencia* solar sabe estar sola y se reconoce como individuo o (si esto aún no se ha dado) aspira a convertirse en una *personalidad* independiente y original capaz de dirigir su vida según sus propios criterios. Es, en definitiva, una persona que sabe lo que quiere, que conoce bien sus capacidades y que, con su voluntad, las emplea para alcanzar sus objetivos.

Estos rasgos característicos que distinguen al individualista de conciencia solar están más enfatizados

en la forma de pensar que sustenta la civilización occidental.

El Sol simboliza también la *voluntad*. Las personas que están convencidas de tener una *autoconciencia* solar o intelectual, creen que todo puede conseguirse con la voluntad (la tengan o no).

Su premisa es que el individuo solar debe tener una voluntad libre: «Quien quiere, puede». Y lo siguiente es: «Sólo hay que pasar a la acción y hacer lo adecuado». Esto significa que la acción, entendida como expresión de la irradiación personal y de la capacidad de realización, forma parte de función de la voluntad.

En la tabla de planetas, los términos asociados al Sol son *mentalidad, conciencia del yo (autoconciencia), vitalidad, fuerza mental, crecer, irradiar, autónomo*. Muchos de estos términos pertenecen al ámbito de la energía, la vitalidad, el empuje y la irradiación.

Tener las ideas claras no es suficiente, la fuerza vital es imprescindible para dar forma a la substancia. La fuerza vital o la irradiación del Sol son tan importantes como la conciencia o (en sentido limitado) el intelecto.

Cuando hablamos de intelecto solemos pensar en la capacidad intelectual escolar o académica cuyo rendimiento se valora con exámenes y notas, es decir, un intelecto unilateral y estrecho que sólo se fundamenta en hechos exactos.

Pero esto no es a lo que nos referimos cuando hablamos de Sol. La inteligencia solar contiene potencial creativo, esto es, impulso vital e irradiación personal. Y esto es tan importante como la conciencia.

El término *mentalidad* describe la conciencia solar mejor (más ampliamente) que el de intelecto. La mentalidad (esto es, la forma de pensar o el tipo de pensamiento) puede mostrar cierta sintonía con algunas formas de pensar del colectivo pero, en su globalidad, caracteriza al individuo de manera determinante. La mentalidad muestra el modo de pensar personal y puede reconocerse en la posición del Sol por signo.

La Luna

Veamos ahora, a modo de contraste con el Sol, la Luna, la segunda luminaria, la luz de la noche (aunque un tercio de su recorrido por los cielos se produce durante el día).

Su efecto en la conciencia es menor que el efecto del Sol ya que, a diferencia de éste, la Luna no tiene luz propia. La luz que la Luna envía a la Tierra no es más que el reflejo de la que recibe del Sol. Vemos a la Luna gracias a la luz solar.

El Sol produce su propia luz e irradia su propia energía, esto es, tiene su propio impulso y voluntad y, como vimos, al observarse a sí mismo, produce *autoconciencia*.

La Luna, en cambio, no genera conciencia por sí misma sino por el hecho de «ser iluminada». Sólo brilla cuando refleja la luz del Sol. Cuando esto no sucede (por ejemplo en el caso de un eclipse) es tan sólo un disco oscuro. Su forma de autoexperimentarse es a través de la luz solar.

Así como la Luna necesita la luz del Sol para brillar, el yo lunar necesita el *contacto* con otro ser para sentirse confirmado. El yo lunar sólo se experimenta a sí mismo al ser objeto de la atención de otro ser. Por eso busca constantemente el contacto.

La Luna no dice: «Pienso, luego existo» sino «Estoy en contacto, siento, luego existo». El contacto puede ser piel a piel o verbal (aunque sea a través del teléfono).

La Luna es como un radar que percibe constantemente posibilidades de relación. Espontáneamente siente una cierta resonancia con el otro y esto despierta su necesidad de establecer contacto (aunque, como veremos más adelante, hay otros factores que son también determinantes para que éste llegue a producirse o no).

Esta percepción de la posibilidad de conectar es una vibración del yo, una reacción de lo que podemos describir como *yo emocional*. Como vemos, la cualidad del yo lunar es muy distinta de la del yo solar que, como sabemos, es autónomo e independiente.

El Sol se experimenta a sí mismo en su propia irradiación, en su efecto. Se dice: «Soy fuerte, tengo influencia, puedo conseguir lo que me proponga, nadie conseguirá someterme». Esto son funciones conscientes que tienen que ver con su reserva central de energía.

La conciencia solar es autónoma y existe por sí misma. El Sol no depende de las personas que le muestran reconocimiento. El mero hecho de reflexionar sobre sí mismo le demuestra que «es». Pensar sobre cualquier tema le permite constatar: «Yo pienso».

Como vemos, el Sol pone a nuestra disposición muchas funciones que no necesitan (al menos o no siempre) ni confirmación ni interacción con un entorno. Son funciones que se pueden utilizar para uno mismo. Es la *autoconciencia* autónoma.

La *autoconciencia* lunar, en cambio, necesita la interacción con el entorno, esto es, el contacto con personas, animales o plantas. De lo contrario no se percibe a sí misma.

Si alguien con un yo lunar fuerte no tiene contactos durante un período de tiempo largo, su frustración aumenta paulatinamente hasta que llega al punto en que, con tal de evitar la soledad y conseguir un poco amor, es capaz de hacer cualquier cosa. Entonces se adapta a las circunstancias por adversas que sean. La Luna no soporta la ausencia de contacto porque no tiene *autoconciencia* autónoma sino que depende de la relación con los demás.

Para experimentarse como yo necesita el intercambio con el mundo, el contacto, percibir a los demás y sentir que éstos la perciben. Como vemos, se trata de una forma de autoexperimentación completamente distinta de la solar.

Saturno

La tercera forma de experimentar *autoconciencia* está relacionada con Saturno. En este caso empleamos el término *corporalidad*. La experiencia más intensa del yo saturnino la obtenemos a través de nuestras funciones corporales y todo lo relacionado con ellas, esto es, mediante nuestra capacidad de establecer unos límites claros con respecto al entorno que nos proporcionen seguridad y cuidando de nosotros mismos.

Desde el punto de vista de la autopercepción saturnina, el yo es una delimitación constante. En determinadas circunstancias, durante períodos largos, la autopercepción saturnina no es más que una percepción de fronteras, de límites. Si logramos protegernos bien, de manera que nadie pueda atravesar ciertos límites que nosotros mismos hemos establecido, nos sentimos fuertes y seguros. Esto es algo típicamente saturnino.

El Sol irradia su energía hacia el exterior: quiere producir un efecto en el mundo, cambiarlo. Por el contrario, Saturno es esencialmente defensivo.

Saturno se percibe a sí mismo como una unidad cerrada y sólo se siente bien y seguro en la medida en

que pueda mantener en orden su espacio interior y sus fronteras. No necesita darse al entorno. Construye barreras para protegerse de las influencias externas, establece mecanismos de defensa y toma medidas de seguridad contra posibles intrusos para garantizar su inmunidad. Su tarea es preservar la seguridad del cuerpo.

Si alguien nos toca de manera inesperada y sentimos que ha invadido nuestro espacio, nuestra reacción, dirigida por Saturno, es una advertencia al otro: «¡Mantén la distancia, por favor!». Si la persona se nos acerca de nuevo, la reacción será en un tono más intenso: «¡Te he dicho que mantengas la distancia!». Al tercer intento, si el otro hace caso omiso a la negativa de contacto, el rechazo será mucho más agresivo.

Todos clasificamos el espacio que nos rodea en zonas de distinto nivel de seguridad. Estas zonas dependen de la distancia a nuestro cuerpo.

El límite de la zona de seguridad crítica se encuentra a 30-40 cm de nuestro cuerpo. Sólo permitimos el acceso a esta zona a las personas de máxima confianza, las personas queridas.

La distancia de 1 m delimita la zona de conversación. Quien, en una situación de diálogo, se acerca más quiere, sin duda, algo de nosotros.

La zona de tranquilidad empieza a la distancia de 3 ½ m. Si alguien se permanece sentado durante un cierto tiempo a menos de 2 m de nosotros, nos llama la atención. Significa que quiere algo de nosotros, aunque no sepamos qué. En un caso así, solemos retirar nuestra silla 1- 1½ m.

Estas distancias, que han sido determinadas científicamente, delimitan las diferentes zonas y los correspondientes niveles de confianza que Saturno admite. Saturno tiene un sistema de zonas de seguridad completo. La última frontera de seguridad es la piel, pero nadie puede acercarse hasta ahí a menos que sea imprescindible.

Si sólo tuviéramos a Saturno y no a la Luna, la humanidad no se reproduciría. No permitiríamos que se nos acercara nadie del otro sexo y no tendríamos niños. Para eso necesitamos a la Luna, que relaja los comportamientos restrictivos que, en su búsqueda de la seguridad absoluta, Saturno nos sugiere.

El mecanismo polar Luna-Saturno puede describirse como un dispositivo de «abrir y cerrar». La Luna abre, busca contactos nuevos para experimentarse a través de los sentimientos. Saturno, en cambio, cierra y cuando una situación de contacto no va del todo bien dice: «Ya te dije que esto no podía ir bien. No era el tipo adecuado. Sólo buscaba... ». Además, por lo general, suele decirlo antes de que la Luna se ponga en marcha. Sabe que activar las medidas de seguridad demasiado tarde, supone tener que cargar con las consecuencias.

Esto es sólo un ejemplo de por qué, en psicología astrológica, interpretamos la Luna como el hijo y Saturno como la madre. Son parte de un mismo mecanismo. El niño (la Luna) inicia una aventura y, si la madre (Saturno) cree que es demasiado arriesgado, corre hacia él, lo sujeta y le advierte con el objetivo de protegerlo.

Este mecanismo de «abrir-cerrar» lo experimentamos inicialmente en nuestra infancia, pero luego, cuando tenemos nuestros propios hijos, lo vivimos desde el punto de vista de los padres. Nuestras emociones nos ponen en marcha y nuestra necesidad de seguridad se inquieta. Son dos fuerzas opuestas. Y con frecuencia experimentamos la polarización. Si este mecanismo doble pierde el equilibrio,

esto es, si la Luna o Saturno actúan de manera demasiado intensa, pueden producirse enfermedades psíquicas o físicas.

Saturno dice: «Soy un espacio cerrado y en mi espacio hago lo que quiero. El mundo exterior puede ser peligroso y debo protegerme de él». De hecho, esto es un prerequisite esencial para nuestra supervivencia física. Después de todo, debemos comer, cuidar de nuestra salud y protegernos, de lo contrario no subsistiríamos.

Hasta que no están garantizados los requerimientos de seguridad material de Saturno, la Luna no tiene permiso para «salir a pasear» ni el Sol, que se encuentra en otro polo completamente opuesto, puede arriesgarse a emprender algo nuevo (lo que siempre es peligroso pues nadie sabe cuál va a ser el resultado). Estas tres instancias (el Sol, la Luna y Saturno) son los tres polos de la conciencia del yo. Funcionan en niveles muy distintos y pueden desencadenar procesos, conflictos y eventualmente, bloqueos.

En su conjunto conforman la *personalidad* que tenemos en nuestro interior y que es distinta en cada uno de nosotros. Son, en última instancia, el espacio vital del yo, de la *personalidad*, del individuo.

Posiciones fuertes o débiles de los planetas del yo

Hasta ahora hemos realizado una serie de definiciones básicas y generales. Era necesario tener unas delineaciones claras de *personalidad*, *individualidad* y *yo*, que nos permitieran trabajar con estos conceptos en el horóscopo. También hemos definido con cierto detalle los tres planetas principales o planetas de la *personalidad*.

Estamos pues preparados para ver la disposición de estos planetas de la *personalidad* en el horóscopo y describir en qué medida son importantes para la expresión del yo. La cuestión es: «¿Cómo podemos expresarnos, afirmarnos, desarrollarnos y participar de la mejor manera posible en el entorno que nos rodea?». Para responder a esta pregunta debemos considerar varios factores.

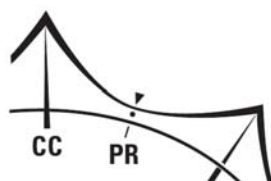
Cuando nos preguntamos acerca del estado de la *personalidad* de alguien, debemos empezar siempre por los tres planetas principales. Lo primero es comprobar las posiciones de estos planetas por signo y casa, y comprobar si forman aspectos con otros planetas (esto es, si tienen acceso a ellos). Los planetas principales son las tres instancias de decisión de la *personalidad* y, en principio, deberían ser capaces

de controlar a los demás planetas, empleándolos para el mejor despliegue posible de la *personalidad*.

Debido a su situación en la estructura de aspectos o a su posición por signo y casa, puede suceder que cada uno de estos tres planetas persiga metas distintas. Si están en signos y/o casas muy dipares, pueden pretender llevar a la *personalidad* en direcciones opuestas, ocasionándole discrepancias internas.

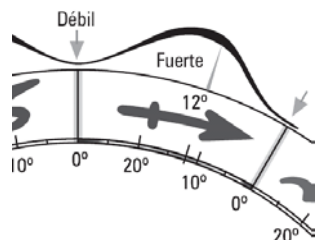
Determinación del grado de fuerza o debilidad de las posiciones de los planetas de la personalidad

La fuerza de un planeta por casa se determina de manera diferente que su fuerza por signo.



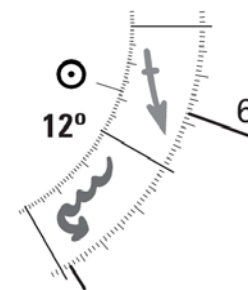
En las casas, la posición más fuerte es la cúspide y la más débil el punto de reposo.

En los signos, la posición más fuerte es los 12° grados y la más débil la frontera del signo (ya sea al principio o al final de signo).



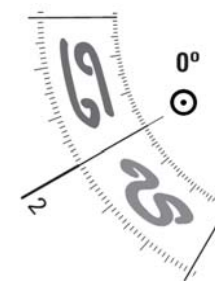
Para más información sobre esta cuestión, véase nuestro libro *Las casas astrológicas*.

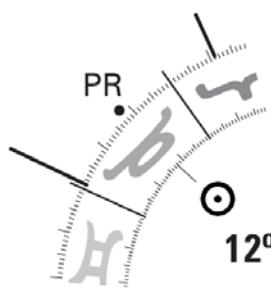
Un planeta de la *personalidad* cerca de los 12° y en cúspide se encuentra en una posición fuerte. Con un planeta así podemos iniciar muchas cosas, pues el entorno percibe su efecto claramente. Este planeta nos proporciona, con relativa facilidad, experiencias de éxito que son importantes para nuestro proceso de desarrollo personal.



Por el contrario, un Sol en el punto de reposo de una casa y cerca de la frontera de un signo tiene una posición notablemente débil. Dispone de poca fuerza vital por encontrarse cerca de la frontera de signo (los signos aportan energía) y, en el punto de reposo, no consigue producir efecto en el entorno, pues los demás no lo perciben. Está orientado hacia el interior.

Cuando un planeta está en una cúspide de casa y cerca de la frontera de signo se produce sobreexigencia. La persona debe fingir *autoconciencia* cuando, en realidad, tiene poca sustancia. Esto puede funcionar temporalmente pero, con el tiempo, los demás se dan cuenta y se apartan.





Por último, si el Sol u otro planeta del yo está en el punto de reposo de una casa y, al mismo tiempo, en la zona fuerte del signo, si bien la persona tiene la suficiente energía (que recibe del signo) para su *autoconciencia*, debido a la posición

débil por casa, no consigue ningún efecto en el entorno. Por más que lo intente, no consigue éxito en el exterior y siente insatisfacción.

En el tercer caso antes descrito (planeta fuerte por casa y débil por signo) la persona sale bien de las situaciones fingiendo, al menos temporalmente. En cambio, en este último caso (planeta fuerte por signo y débil por casa), tanto si se esfuerza en fingir como si no, siempre le sucede lo mismo: los demás la ignoran. Y esto suele ser doloroso.

Estas dos posiciones son, como vemos, casos extremos pero, como podemos imaginar, hay una gran variedad de casos distintos derivados de las posibles combinaciones.

Para determinar cuál es el planeta de la *personalidad* más fuerte debemos analizar la fortaleza de cada uno por separado y después compararlos. Si el Sol es el planeta más fuerte, la persona consigue éxito y

autoafirmación empleando su capacidad solar. Y esto fortalece su *autoconciencia*. Pero también puede suceder que el planeta más fuerte sea la Luna o Saturno. La mejor forma de desarrollar la *autoconciencia* es ejercitando la capacidad correspondiente al planeta de la *personalidad* más fuerte.

Recientes investigaciones psicológicas han constatado que reforzar los puntos fuertes de una persona produce mejores resultados en su desarrollo y bienestar que enfatizar sus puntos débiles.

Los profesores de hoy saben que elogiando las buenas capacidades de los alumnos se consiguen mejores resultados educativos que empleando el antiguo y desfasado método de «la letra con sangre entra». Nada refuerza más al ser humano que el éxito. La autoconfirmación está estrechamente ligada al fortalecimiento de la *personalidad*. Es un proceso de integración que, como resultado, disipa los problemas del yo.

El éxito que la persona tiene al emplear su planeta de la *personalidad* más fuerte y la autoconfirmación que esto le supone, produce un efecto positivo en los otros dos planetas y su eventual debilidad se desvanece poco a poco. El planeta más fuerte «tira del carro» y los demás lo siguen.

Por el contrario, insistir en emplear los planetas de la *personalidad* débiles no produce resultados satisfactorios. En lugar de éxito y alegría, lo que se consigue es frustración que, en definitiva, no hace otra cosa que alimentar el malestar personal, el sentimiento de inferioridad y el miedo al fracaso.

Permitirnos ser lo que, en realidad, somos es una experiencia liberadora. Cuando nos decimos «sí» a nosotros mismos, se activa un proceso autosanador que nos proporciona la energía necesaria para participar en la vida de manera positiva, liberarnos de miedos innecesarios y estructurar nuestra vida de manera creativa.

Intentar producir efectos en el entorno con los planetas inadecuados es una pérdida de tiempo y energía. El error más frecuente es fingir un Sol fuerte cuando, en realidad, tiene una posición débil. Esto puede proporcionar ocasionalmente éxitos mediocres o insignificantes pero, la mayoría de las veces, conduce al fracaso. Como resultado, la persona se siente frustrada y, en determinadas circunstancias, puede incluso enfermar.

En mi práctica astrológica he tenido numerosos casos de personas que, en un momento de su vida, se han visto inmersas en un intenso bajón psíquico que

las ha llevado de un psiquiatra a otro en búsqueda de la solución de su problema. Contemplando sus horóscopos desde la perspectiva clásica, no conseguía identificar ninguna configuración de planetas en signos, casas y con sus aspectos que explicara la situación que estaban viviendo.

Pero tras una investigación detallada descubrí que todas estas personas tenían bastantes planetas, especialmente planetas de la *personalidad*, en punto de reposo. Es decir, estos planetas estaban en posiciones débiles.

Como sabemos, la posición de un planeta por casa tiene que ver con la influencia que ha recibido del entorno. Pues bien, en todos los casos estaba claro que estas personas habían recibido una educación inadecuada que no les había permitido encontrar su potencial verdadero.

En otras palabras, estas personas habían crecido alejadas de su esencia y orientado su vida según criterios ajenos, esto es, habían vivido conforme a las exigencias del entorno. No haber tenido conciencia de este hecho o haberlo negado durante mucho tiempo, intentando seguir adelante con compensaciones o sobreesfuerzos, las había conducido a la frustración y el agotamiento.

Pero, de repente, todo esto había acabado. La causa de la crisis no era del tipo usual (como una esquizofrenia hereditaria) sino un estado de excitación producido por el entorno que había hecho irrumpir su disposición hereditaria en estado latente.

Cuando hay demasiados planetas en posición débil, sobre todo si lo están los tres planetas de la *personalidad*, la autorrealización se ve dificultada.

Todos vivimos inmersos en un entorno. Pero esto no significa que debamos esforzarnos en hacer algo que en realidad no podemos hacer, sólo porque el entorno nos lo exige. Intentarlo es un error que nos conduce inevitablemente al fracaso.

Nadie es completamente libre en el ejercicio de sus funciones. El mundo tiene una serie de condiciones y realidades que debemos tener en cuenta. Pero la *personalidad* debe poder funcionar de acuerdo con su propia constitución.

Por ejemplo, si alguien con una *personalidad* débil, cuyo punto fuerte no es la voluntad, recibe del entorno el mensaje de: «¡Si te esfuerzas lo conseguirás!» o «¡Sólo debes querer hacerlo!», lo mejor que puede hacer es reaccionar con humildad y honestidad, y

contestar: «¡No, esto no puedo hacerlo!» «¿Quieres alguna otra cosa de mí?».

Si la persona lo dice alto y claro, el entorno (de alguna manera) la escuchará y la aceptará. Si, en cambio, intenta hacer lo que le piden (sabiendo que no es su fuerte), el entorno le reprochará que no sea capaz de conseguirlo. Al intentar hacer algo que sabemos que no podemos hacer, nos quitamos la razón y se la damos al entorno.

Cuando nos mostramos tal como en realidad somos, convencidos de nuestros puntos fuertes y aceptando que también tenemos puntos débiles, el mundo nos acepta. Pero, si nos engañamos a nosotros mismos, tan pronto como tenemos un fracaso, el entorno nos castiga. ¡Así son las cosas!

Si conseguimos comprender bien nuestra *personalidad*, con sus capacidades y limitaciones, viviremos más plenamente y seremos más felices. El primer paso hacia la felicidad es que el entorno nos acepte, pero es importante que nos acepte tal como somos.

Si actuamos con autenticidad, reafirmando lo que somos y no fingiendo ser algo que no somos, estamos en el camino de la plenitud.

Las fases de desarrollo del yo en la progresión de la edad

Veamos ahora cómo es el proceso de desarrollo de la conciencia del yo en el ser humano. En un adulto, los tres planetas principales son los polos del yo que conforman la globalidad de la conciencia de la *personalidad*. Pero esto sólo se da a partir de una cierta edad. Durante la infancia, el niño debe desarrollar primero los cuatro planetas criatura (también llamados planetas herramienta) como instrumentos de la *personalidad*.

En la tabla de planetas, los planetas criatura (Venus, Mercurio, Júpiter y Marte) se encuentran en la fila inferior. En los estadios iniciales de su desarrollo, el yo descubre sus cualidades más simples y primitivas, que están simbolizadas por estos planetas.

La progresión de la edad nos permite hacer un seguimiento temporal de este proceso de desarrollo. En la casa 1 (de los 0 a los 6 años), las experiencias del yo del niño tienen que ver esencialmente con los planetas Marte y Venus. De los siete planetas clásicos, Marte y Venus son los polos físicos más fuertes, pues simbolizan nuestras funciones vitales básicas (incluido la sexualidad). Hasta los 6 años, el niño se experimenta a sí mismo en las funciones de nivel

criatura (el psicoanálisis freudiano diferencia las fases oral, anal y genital). Durante esta fase, el niño aprende el significado de comer y excretar (y muestra también la tendencia a jugar con sus heces). Esto forma parte de su proceso de experimentación de sí mismo. Poniendo en práctica sus funciones físicas básicas de nivel criatura, se experimenta como un yo corporal.

Un poco después del ecuador de esta fase, en el punto de reposo de la casa 1, sobre los 4 años de edad, el niño empieza a reconocer sus órganos sexuales y a jugar con ellos. No es el descubrimiento de la sexualidad ni tampoco tiene nada que ver con el amor. El niño simplemente experimenta con los órganos de su cuerpo físico.

En esta primera fase, el niño no presta demasiada atención al entorno sino que se ocupa más bien de sí mismo. Percibe al entorno sólo en la medida en que éste satisface sus necesidades. Y, cuando se dedica al entorno, lo hace de manera involuntaria.

Si el entorno espera que un niño de menos de 6 años haga cosas que no tienen que ver con estas cuestiones de nivel criatura, pueden producirse dificultades que distorsionen su estructura psíquica.

Pensemos, por ejemplo, en un aprendizaje intelectual excesivamente prematuro.

En esta fase, el niño quiere familiarizarse con su corporalidad, con los mecanismos físicos que tiene disponibles. Y no debemos olvidar que, en última instancia, estos mecanismos son los que, por sí solos, garantizan el desarrollo orgánico de su cuerpo y su salud. Los juegos también forman parte de este proceso pues, al jugar, el niño hace experiencias con su cuerpo. Trepar a un árbol o manejar un martillo son formas de autoexperimentarse físicamente.

Pero si estas actividades naturales del niño se frenan o se reprimen repetidamente (sustituyéndolas por alguna otra cosa como el aprendizaje intelectual), en la fase de adulto se producen perturbaciones y experiencias de fracaso.

En esta fase, el niño se experimenta a sí mismo físicamente, quiere experimentarlo todo a través de su cuerpo, tocándolo. Por eso también se acerca o los demás niños o a los animales con unas irrefrenables ganas (a veces, un tanto violentas) de probar qué pasa al tocarlos. Es una fase de gran importancia en el proceso de desarrollo del niño y, si se lo reprime o se lo bloquea (anticipando la fase siguiente), posteriormente pueden producirse problemas.

Aquí, el niño tiene una primera experiencia del yo, pero de manera indiferenciada e inconsciente. Todavía no se experimenta como el yo central sino como un ser que se prueba a sí mismo ensayando con todas las posibilidades que le ofrece su cuerpo. Y, en este momento, lo positivo para el niño es que la educación estimule este proceso. Esta primera fase está regida por la polaridad Marte-Venus.

La segunda fase va aproximadamente de los 6 a los 12 años y, en la progresión de la edad, corresponde a la casa 2. En esta fase (regida por Mercurio y Júpiter), la percepción sensorial (Júpiter) tiene una gran importancia. En el niño se activa la percepción del entorno. En todos los niños de 4 a 7 años se puede constatar un cambio en el que pasan de un fuerte egocentrismo a ser conscientes del entorno.

El niño empieza a prestar más atención a los otros niños de su edad y a los adultos. Su actitud hacia los animales también cambia repentinamente. Lo que antes era casi una «tortura» de los animales para comprobar qué pasaba al tocarlos, se convierte ahora en una relación esencial.

Empieza a darse cuenta de que los otros seres hacen cosas como él: comer, dormir, pasear... ¡Esto es percepción sensorial! Es como si, súbitamente, se

abriera una ventana. Antes, este ser (el niño) estaba como aprisionado en su cuerpo y sólo se experimentaba en él. Pero ahora «los cajones se abren de golpe», los sentidos se despiertan y empiezan a percibir conscientemente.

El niño siente repentinamente la necesidad de establecer comunicación con el entorno y empieza a emplear las funciones de Mercurio en el sentido que él quiere. De manera consciente, comienza a servirse del lenguaje como medio de comunicación. Hasta el momento había tenido poca relación interna con el lenguaje, pero ahora empieza a aprender cosas conscientes del objetivo que persigue. Colecciona información sobre el mundo que lo rodea y que no tiene de por sí. El yo se experimenta a sí mismo de una manera totalmente nueva. Ahora se percibe en relación con el entorno, en relación con el tú.

Así como la primera fase (de los 0 a los 6 años) estaba regida esencialmente por Saturno (el cuerpo) y, en ella, Marte y Venus desempeñaban los papeles principales como órganos de función, funciones de nivel criatura, procesos bioquímicos y rendimientos motrices, la segunda fase (de los 6 a los 12 años) es esencialmente lunar y, en ella, destacan las funciones relacionadas con Mercurio y Júpiter.

Así como en la fase anterior se trataba más bien de ser uno mismo, en esta segunda fase, el niño se abre a su entorno. Como yo lunar, se experimenta a sí mismo en el contacto con los demás, en la interacción con el entorno. Siente la necesidad de establecer todo tipo de contactos, aunque algunos sean desagradables. El yo se siente confirmado a través del contacto.

En esta fase lunar, el yo se expande notablemente. En la fase saturnina estaba encerrado en sí mismo, su mundo era sólo su cuerpo y lo esencial era la seguridad. En comparación con esto, la experiencia lunar es gigantesca puesto que puede abarcar todo el mundo visible.

Ahora el niño se percibe, casi exclusivamente, a través del contacto con el entorno. Esta manera de experimentar el yo es muy diferente de la anterior y se lleva a cabo fundamentalmente con los órganos relacionados con Mercurio y Júpiter. En esta fase, el niño quiere saber muchas cosas acerca del entorno que lo rodea. Por eso éste el período adecuado para recibir la educación escolar. Llevar a los niños al colegio antes es exigirles algo que corresponde a la fase siguiente, pues es en la segunda fase cuando se desarrollan los órganos adecuados para realizar este tipo de aprendizaje.

Hacia el final de la segunda fase, en el período de la prepubertad, se despierta lo que podríamos llamar erotismo o amor. El niño empieza a encontrar al tú simpático o interesante, comienza a amar al tú como individuo y se relaciona con el tú con una intensidad similar a como se relaciona consigo mismo. La frase bíblica: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» describe muy bien lo que sucede en este período. Este impulso lleva al niño hacia la tercera fase que, con el tiempo, lo convertirá en un ser social. Y, como efecto directo, surge la pubertad.

Un poco antes de iniciar la tercera fase, que va de los 12 a los 18 años y que, en la progresión de la edad, corresponde a la casa 3, se produce por primera vez la experiencia del yo solar. La intelectualidad emerge progresivamente como una cualidad pura y, con plena conciencia, el niño puede decir: «Yo».

En este período de los 12 a los 18 años se da la segunda fase de cabezonería. El joven insiste en que ya es un adulto y exige que se le tome en serio. A mediados de esta tercera fase suelen producirse disputas intergeneracionales que pueden alargarse hasta los 18 años o más porque el entorno no quiere aceptar al nuevo yo (ahora autoconsciente) que ha emergido tal como es y pretende obligarlo a que se

adapte: «¡Formas parte de esto...!» «¡Aún no puedes opinar...!» «¡No sabes de lo que hablas...!» «¡Todavía eres demasiado joven...!». Este tipo de frases pueden poner en peligro el posterior desarrollo de la *personalidad*.

Muchas personas no se toman en serio las exigencias que los jóvenes presentan a esta edad. Sus planteamientos son rechazados a veces de manera tan brutal que acaban «agachando la cabeza» y se ven obligados a «pasar por el aro».

El hecho de que, en la fase de la pubertad (de los 12 a los 15 años), el yo no consiga desplegar sus energías vitales puede ser incluso peligroso para su posterior desarrollo. Por eso se dan tan a menudo las turbulentas peleas intergeneracionales. Los adultos tienen el control de todo y se niegan a ceder parcelas de autonomía a los jóvenes, lo que puede eliminar o reducir considerablemente las posibilidades de desarrollo del yo.

Los planetas de la *personalidad* son ahora muy importantes pues en ellos se manifiestan fundamentalmente las funciones del yo.

De los 12 a los 18 años, el joven percibe por primera vez, de manera consciente, los distintos roles de la

sociedad en la que vive, pues las instancias del Sol, la Luna y Saturno simbolizan respectivamente también los roles de padre, hijo y madre.

La conciencia del individuo se divide ahora en tres roles del yo diferentes. Cada persona es, al mismo tiempo, padre, madre e hijo. El joven es inicialmente hijo, pero quiere ser padre y también madre, dependiendo de con qué rol (el de padre o madre) se identifique más intensamente. Es precisamente en esta fase cuando la identificación con los roles sexuales se da de manera más acentuada y el chico se ve como hombre o padre y la chica como mujer o madre. Y, como consecuencia, se produce una cierta competencia con la correspondiente parte paterna. Es la primera vez que el principio de la competencia aparece en el funcionamiento consciente.

Como vemos, en adelante, el joven dispone de imágenes de rol (modelos a imitar) que le sirven de ejemplo de cómo debe comportarse en determinadas situaciones para mostrar su *personalidad*. En esta fase llega a desarrollar una conciencia de *personalidad* adulta moderna que previamente no tenía. Con la llegada de la pubertad se forma una *personalidad* basada en los tres factores que ya conocemos: el Sol, la Luna y Saturno.

En estas imágenes de rol se refleja el hecho de que tenemos cuerpo, sentimientos y mente. Pero también que, en nuestra interacción con los demás, podemos adoptar un rol paterno, materno o infantil. Cada uno de estos roles tiene, evidentemente, una infinidad de variaciones posibles que, si bien se centran en un símbolo, se representan de manera diversa en culturas diferentes.

La elección de las imágenes de rol del joven está condicionada por el entorno en el que vive. Determinadas figuras destacadas le sirven de ejemplo: el padre, la madre, el maestro, el párroco, el político, el deportista de élite... Todas estas figuras le proporcionan «el material» con el que, durante esta fase de la vida, se crea sus propias imágenes de rol.

A través de los contactos que tiene con diferentes grupos en esta fase de la vida, en el joven se origina una conciencia que podemos calificar de «impulso gregario», esto es, una conciencia de pertenencia a un colectivo. Y, de paso, descubre también el egoísmo grupal. En el grupo, el joven se siente parte de un yo cerrado y se defiende de todo lo que viene del exterior. A esta edad se suele pertenecer a alguna una asociación o club. Todas estas experiencias contribuyen a la formación de la imagen vivencial de Saturno que, evidentemente, no es sólo la madre o

las posibilidades colectivas en pequeños grupos. Cualquier agrupación organizada con estructuras, como un partido político, la iglesia o el estado tiene también la impronta de Saturno. Todo lo que se constituye como corporación está bajo la regencia de Saturno.

En su proceso de convertirse en adulto, el joven deja en algún momento a su madre y, como sustitución, intenta formar parte de algún colectivo. Ésta es la siguiente fase de desarrollo que va de los 18 a los 24 años y que, en la progresión de la edad, corresponde a la casa 4.

De todo lo expuesto anteriormente se desprende la importancia de los tres planetas de la *personalidad* en el proceso de desarrollo del ser humano que, como vimos, se inició en los planetas situados en la fila inferior de la tabla de planetas.

Las imágenes de rol que se forman durante la infancia y la adolescencia son decisivas en la vida del adulto. Pero es esencial que las dos primeras fases de la vida (de los 0 a los 6 y de los 6 a los 12 años) se hayan vivido positivamente, esto es, pudiendo realizar las actividades que corresponden a cada fase.

El niño debe vivir dos tipos de infancia. Si el comportamiento natural de alguna de las fases se ve impedido o es demasiado dirigido, tal vez esperando demasiado del niño antes de tiempo o forzándolo a hacer determinadas cosas, las capacidades básicas (los planetas criatura, que los planetas principales necesitan como herramientas) pueden no desarrollarse suficientemente o sufrir malformaciones.

Y, si estas capacidades básicas no están disponibles cuando los planetas de la *personalidad* las necesitan, éstos tampoco no se podrán desarrollar adecuadamente. Como vemos, el tema de la *personalidad* es muy complejo. Decir que todo depende del Sol es una simplificación excesiva.

Las posiciones y las interconexiones de los planetas criatura y los planetas de la *personalidad* en el horóscopo nos proporcionan información acerca de los posibles problemas del yo y de su complejidad.

Si estamos, por ejemplo, ante una persona con un complejo materno, seguro que en su horóscopo encontraremos una posición problemática de Saturno. En otras palabras, examinando la posición de Saturno en el horóscopo de cualquier persona, podemos deducir si existe o no un problema con la madre. Y, además, probablemente encontraremos también

problemas con Venus o Marte. Del mismo modo, podemos encontrar problemas con Mercurio o Júpiter, y también con la Luna.

Esto significa que estas fases de desarrollo son decisivas para la posterior estructuración de la *personalidad* y, en ellas, debe ser posible la autoexperimentación sin que todavía no exista un *yo* consciente.

Para que la conciencia de *personalidad* pueda desarrollarse bien posteriormente, antes debemos experimentar suficientemente con las capacidades básicas que tenemos disponibles para, poco a poco, aprender a emplearlas.

La construcción de la conciencia de *personalidad* sólo es posible una vez que las cuatro funciones representadas por Marte, Venus, Mercurio y Júpiter están convenientemente desarrolladas y se pueden manejar de manera controlada. ¡No antes!

Como vemos, la educación de los hijos no es algo trivial. Los padres deberían estar familiarizados con estos procesos pero la mayoría no lo están.

Que el joven deje el nido familiar entre los 18 y los 24 años de edad (cuarta fase) porque ha encontrado su propio colectivo significa que está familiarizado

con el principio materno. Y, si al hacerlo, fracasa, es que el proceso de separación de la madre todavía no se ha producido. A veces, la situación se intenta resolver con un matrimonio prematuro pero no suele ser una buena solución pues se suelen repetir los mismos patrones de comportamiento y vínculos que se han vivido en el propio colectivo.

Las fases de la vida y su relación con los planetas de la personalidad

Como hemos visto, la etapa infantil es muy importante para el desarrollo de la *personalidad* pues, en esta fase, se establece el fundamento de lo que posteriormente experimentamos como conciencia de la *personalidad*. El establecimiento de esta base es esencial para que el desarrollo fluya normalmente.

Lo que hemos explicado hasta ahora es la construcción básica que, como hemos visto, requiere sobre todo que el individuo se experimente a sí mismo a través de los planetas de nivel criatura. Pero la vida continúa.

La progresión de la edad nos permite hacer también diferentes divisiones generales de las fases de la vida que nos proporcionan visiones distintas de la dimensión temporal del horóscopo. (Para más infor-

mación sobre este tema, véase nuestro libro *El reloj de la vida*). Dos de estas divisiones son:

a) La división en cuadrantes, desde un eje cardinal al siguiente (fases de 18 años).

b) La división en tercios, cada uno de 4 casas (24 años cada uno).

La división en tercios es especialmente interesante porque nos permite relacionar las tres grandes fases de desarrollo de la *personalidad*, vistas ahora desde el punto de vista de un adulto, con los tres planetas de la *personalidad*. Esto nos proporciona una visión global del desarrollo de la *personalidad* a lo largo de toda la vida.

Lo que hemos descrito hasta ahora corresponde al desarrollo en el primer cuadrante. En primer lugar tenemos una fase saturnina, con la ayuda de los planetas Marte y Venus. Después una fase lunar, la experiencia de sí mismo en el entorno, con Mercurio y Júpiter. Y, finalmente, una fase solar, el primer despertar de la *personalidad* consciente. Con esto finaliza, en cierto modo, un primer ciclo.

Pero estas tres fases se repiten, a continuación, en el segundo cuadrante. La casa 4 es saturnina y, du-

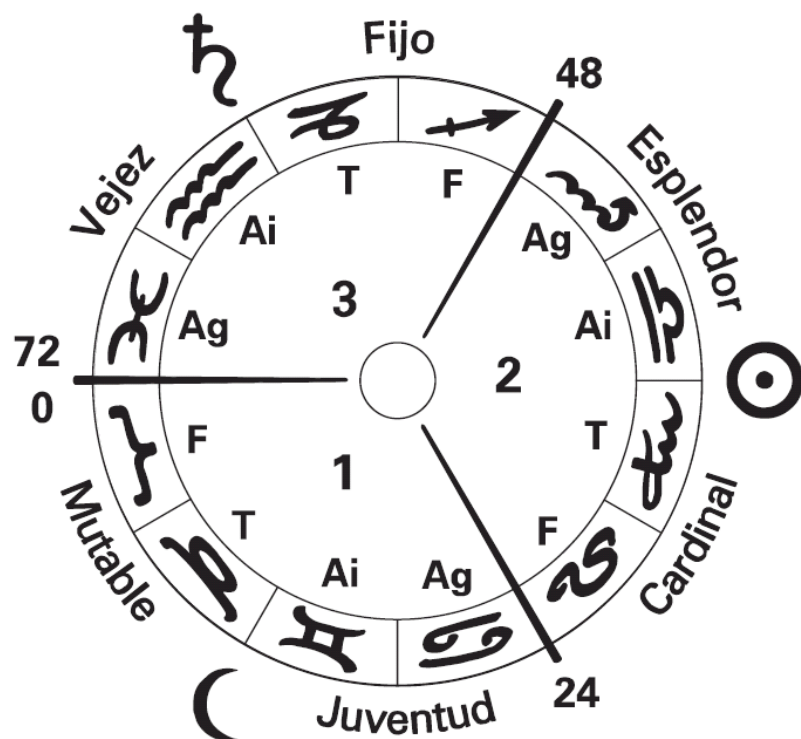
rante el paso del punto de la edad por esta casa, el individuo se enfrenta a la cualidad materna, al «nido» en el que ha crecido e intenta encontrar un nuevo «nido» donde pueda ser él mismo y donde (prácticamente sin el apoyo de su madre) pueda fundar su propio colectivo o familia.

La fase correspondiente a la casa 5 es nuevamente lunar y, en ella, el tema del contacto vuelve a estar en primer plano. La casa 5 está relacionada con la autoexperimentación erótica y la prueba de uno mismo frente al mundo, frecuentemente, en lo relativo a la carrera profesional.

En la fase de la casa 6 (nuevamente solar) el Sol sufre ciertas restricciones, pues suelen darse crisis profesionales, pero también descubre su verdadera magnitud al experimentar con la realidad, sobre todo, en el mundo laboral.

En cada cuadrante se repite el mismo esquema Saturno-Luna-Sol. Todas las casas cardinales están controladas por Saturno, las fijas por la Luna y las mutables por el Sol. Como vemos, se da una cierta contradicción con las correspondencias que conocemos de las tres cruces (la cruz cardinal con el Sol, la fija con Saturno y la mutable con la Luna). Este orden no es válido aquí.

También se produce una inversión de correspondencias similar en la división del horóscopo en tercios, esto es, en fases de 24 años.



El primer tercio va hasta la cúspide de la casa 5 y está regido por la Luna: es la infancia. Astrológicamente, esta fase se extiende hasta los 24 años, no sólo hasta los 18 ó 20. El segundo tercio, de los 24 a

los 48 años, está regido por el Sol y durante esta fase se desarrolla plenamente la *personalidad social*, que se impone mediante su propia fuerza.

El siguiente y último tercio corresponde a la vejez y está regido por Saturno. Esto está en sintonía con la relación que la astrología tradicional establece entre Saturno y la vejez. En esta fase el individuo se enfrenta mucho con su cuerpo, pues éste empieza a perder fiabilidad, debilitarse y enfermar. El cuerpo pasa, poco a poco, a ser la preocupación esencial.

Ésta es una división clásica y, por otro lado, muy lógica. La encontramos en muchas representaciones filosóficas (no astrológicas) de la Edad Media, con los correspondientes conceptos relacionados con las diferentes edades y fases de la vida.

En esta división tripartita, el punto de vista es diferente de la anterior. La vivencia de los primeros años es lunar porque corresponde a la infancia, entendida como una fase en la que el individuo no es responsable de sí mismo. En esta fase, el niño depende del mundo adulto. El entorno lo cuida, lo protege, le plantea exigencias y le pone límites.

La mayoría de personas dan por sentado que alguien va a cuidar de ellas hasta los 24 años o incluso

hasta el punto de reposo de la casa 5. No esperan que se les exija que se responsabilicen de sí mismos antes (lo contrario es una excepción).

En el segundo tercio, de los 24 a los 48 años, se desarrolla lo que generalmente entendemos como *personalidad*: un individuo adulto que se presenta ante el mundo con sus propias fuerzas y asume la responsabilidad de sus acciones. Ésta es también la fase de mayor éxito tal como lo entendemos hoy, esto es, esencialmente en relación con el Sol: irradiación de vitalidad, empleo de la propia energía, tener ideas propias, lograr imponerse, alcanzar los propios objetivos, convertir las ideas en realidad... esto es solar. Este segundo tercio es, en realidad, la fase de maduración del individuo.

El último tercio de la vida es saturnino y puede manifestarse en dos direcciones. En la primera, la persona vive a Saturno exclusivamente como corporalidad. Es el caso de personas que están intensamente atrapadas en lo físico, que piensan de forma materialista o que desde siempre han sentido miedo (a veces excesivo) con respecto a su cuerpo.

A esta edad, el cuerpo empieza a degenerar y las facultades físicas a menguar. Esto puede generar preocupaciones y adquirir tanta importancia en la

conciencia, que la persona sólo piense en el cuerpo y base todos sus argumentos exclusivamente en su estado físico. Si éste es el caso, esta fase tardía de la vida destaca por la ausencia de alegría y pronto aparecen síntomas de senilidad.

La otra dirección posible es la siguiente: alrededor de los 48 años (aunque frecuentemente algo antes), el individuo empieza a orientarse claramente hacia metas de carácter espiritual. Poco a poco, el espíritu se independiza de la corporalidad y, acompañe el cuerpo o no, busca sus propios caminos.

Una persona así vive a Saturno espiritualmente. Este planeta actúa, entonces, como fundamento espiritual, pues representa la suma de todas las experiencias de la vida. Estas experiencias pueden convertirse en un capital de enorme valor, no sólo para la propia persona, sino también para la nueva generación (aconsejar, orientar, asumir tareas).

En esta parte superior del horóscopo suelen desempeñarse por primera vez tareas de dirigente, por ejemplo, como político. Pero esta asunción de responsabilidades sólo es posible después de haber transformado la personalidad solar, orientada hacia lo mundano, en una personalidad saturnina, orientada hacia lo espiritual.

Así pues, tenemos tres grandes con la secuencia siguiente:

1. La Luna: juventud
2. El Sol: fase de madurez, éxito, estar orientado hacia el exterior, salir al mundo y estar activo
3. Saturno: replegarse en sí mismo, evaluar y valorar el fondo de experiencias propias. Suele ser el inicio de una nueva manera de vivir en la que los criterios de valoración esenciales son los espirituales, no los materiales.

Este punto de vista nos ofrece una perspectiva muy importante. Debemos saber que, a los 34 años, la persona está en una fase solar y que, para ella, los criterios válidos son los solares. Su estado es el de una persona solar: vive la autoconciencia como una función totalmente consciente, como una función mental. Por eso, en esta fase media de la vida, el individuo se comporta fundamentalmente como un intelectual que quiere actuar de manera clara y objetiva, funcionando de acuerdo con la razón.

Si tiene el Sol en una posición poco favorable, tendrá dificultades en esta fase vital. Tal vez sólo podrá vivirá plenamente durante la fase tardía de su vida (en

el supuesto de que la posición de Saturno sea favorable).

El modelo de familia

Como psicólogo, siempre me ha preocupado la siguiente cuestión: ¿Cómo puede ayudarnos el horóscopo a realizar afirmaciones psicológicamente útiles acerca de los vínculos paternos y maternos, y los complejos que de ellos se derivan?

Desde el punto de vista astrológico parece, en principio, una pregunta fácil de responder ya que, según la opinión de la mayoría de los astrólogos, la bibliografía especializada contiene suficientes indicaciones para la interpretación. Sin embargo, cuando un terapeuta en ejercicio quiere trabajar en este tema, se encuentra con una falta de claridad conceptual.

Comparando las diferentes fuentes existentes, observamos que algunos autores relacionan al padre con el Sol, mientras que otros lo hacen con Saturno o con la casa 10.

Si, con reglas astrológicas, intentamos obtener una imagen del *anima* y el *animus* en el horóscopo (como pretendió Jung), los resultados que obtenemos no concuerdan con la comprobación psicológica de la

realidad humana (basada en tests, debates analíticos, asociaciones libres...).

Debido a la decepción que me causó el material de interpretación astrológica existente, en la década de los 70 emprendí una amplia investigación que me permitió llegar a nuevas conclusiones. Los puntos siguientes resumen los resultados más importantes:

1. El horóscopo permite definir las características de las personas que ejercieron los roles de padre y madre para el niño. Y también el rol que el niño desempeñó en el entorno en que vivió su infancia.
2. Las conclusiones acerca de la personalidad del padre (o de las figuras sustitutorias) pueden deducirse de la posición del Sol (especialmente en las casas).
3. La personalidad de la madre no puede deducirse de la posición de la Luna, sino de la de Saturno (después entraremos en detalles).
4. Las características del niño se definen a partir de la posición de la Luna.
5. Las relaciones del niño con cada uno de sus padres y de los padres entre sí (tal como el ni-

ño las vivió subjetivamente) están reflejadas en los aspectos de los tres planetas principales (Sol, Luna y Saturno).

6. La disposición de estos tres planetas en el sistema de casas muestra el orden jerárquico de la familia (quién mandaba realmente en casa).

Sé muy bien que la astrología establecida está en total desacuerdo con lo expresado en el punto 3. Hay dos razones fundamentales.

En primer lugar, en toda la bibliografía disponible, desde las fuentes griegas hasta hoy, todos los autores (sin excepción) definen a la Luna como la madre.

En segundo lugar, la mayoría de los astrólogos consideran que identificar al «repulsivo y maléfico» Saturno con la dulce y amorosa figura de la madre y mujer es un contrasentido.

Esto último es comprensible pero, en parte, es un error. Saturno sólo simboliza a la mujer en cierta medida. La mujer como ser sexual está representada en el horóscopo por Venus (¡No por la Luna!). En cambio Saturno tiene, de por sí, algo asexual.

El rol de madre consiste esencialmente en proteger, alimentar, cuidar y enseñar al niño. Y, cuando una mujer se convierte en madre, se observa claramente que, durante un cierto tiempo, deja de ser erótica.

Los hombres se han quejado de esto desde que la humanidad existe. Todos los psicólogos saben muy bien que, con frecuencia, la frustración sexual de los «nuevos» padres es la causa de las primeras infidelidades. Al parecer, muchos hombres no soportan que su adorada Venus se convierta repentinamente en Saturno.

Y, en relación con Saturno, creo que ya va siendo hora de que eliminemos del vocabulario astrológico el concepto de «maléfico» que durante tanto tiempo se le ha atribuido pues, desde el punto de vista psicológico, carece de todo fundamento.

La valoración negativa de Saturno proviene del final del período helenístico. Según la información de que dispongo, Manilio es el primer autor que realiza estas formulaciones negativas sobre Saturno en su obra *Astronomicon* (ca. 9 d.C.).

El concepto de Luna como madre surge también en Grecia. Anteriormente (por ejemplo, para los babilonios, que son los padres y madres de nuestra astro-

logía), Saturno simbolizaba el principio materno, la madre primordial. Saturno es la Tierra, lo terrenal, el símbolo de la fertilidad y el embarazo, etc.

La Luna, en cambio, es el alma receptiva, continuamente cambiante, unas veces creciente y otras menguante. Es realmente sorprendente que, en la definición de la Luna que emplea la astrología establecida, no se distinga entre receptividad y fertilidad. ¡Los babilonios sí lo hacían!

La mujer es fértil y el hombre es potente. Pero ambos son receptivos, precisamente por el amor que los une. La Luna es el principio que nos impulsa a buscar el contacto, nuestra sensibilidad hacia el tú. Y esta receptividad no tiene sexo.

Con el erotismo de la Luna no buscamos experiencias sexuales, sino a una persona que nos ame y esté dispuesta a ofrecernos confianza, comprensión, entrega y ternura sin condiciones.

Precisamente esto es lo que, de niños, experimentamos por primera vez a través de la madre. La Luna es también aquella parte de nosotros que busca a la madre, la primera experiencia de amor con ella. ¡Pero no la madre en sí misma!

Naturalmente, todo bebé se identifica con su madre durante los primeros meses de su vida. Todavía carece de conciencia individual y, en todas sus funciones vitales, depende de su madre. Desde el punto de vista astrológico, podríamos formularlo de la siguiente manera: la Luna está en conjunción exacta con Saturno.

Pero este estado no dura demasiado tiempo, pues así lo dispone la naturaleza. El niño debe desarrollar sus propias funciones vitales para ser capaz de vivir. Y la madre debe ayudarlo a hacerlo. Ésta es su verdadera función. Por eso es tan difícil ser una buena madre. La tendencia a mantener al niño en un cierto grado de dependencia con respecto a los padres es una característica propia del ser humano (¡No sólo de la mujer!).

Los aspectos Luna-Saturno y Luna-Sol indican este tipo de dependencia de los padres (vínculos respectivamente materno y paterno) que, obviamente, tienen una cualidad diferente según la naturaleza del aspecto. Además, los vínculos paternos actúan de manera muy diferente a los maternos.

Por ejemplo, todos los aspectos Luna-Saturno (vínculo materno) dificultan la separación del hogar paterno, muestran una disminución de la capacidad de

asumir riesgos en la vida e indican una preocupación excesiva por la seguridad y la salud corporales. Las personas con este tipo de aspectos suelen compensar la falta de confianza básica que sienten, esforzándose en construir un «mundo sano» propio en su vida.

A diferencia de esto, los aspectos Luna-Sol (vínculo paterno) no parecen tener una función obstaculizante en nuestra sociedad actual, porque nuestra cultura patriarcal valora positivamente las fuerzas expansivas y la capacidad de rendimiento indicadas por estos aspectos, y las recompensa con experiencias de éxito. Esta confianza en la autoridad y sus formas de compensación, como el pensamiento orientado al éxito, la competitividad y la disposición a utilizar la agresión como medio para solucionar conflictos, se convierten a menudo en las motivaciones esenciales.

En este punto, es importante recordar que el modelo de familia ha evolucionado a lo largo de la historia. Los cambios en las valoraciones sociales se han traducido siempre en desarrollos considerables a lo largo de la historia.

Desde la perspectiva astrológica, la historia cultural de la humanidad puede dividirse en tres grandes períodos (no hemos considerado la protohistoria, esto

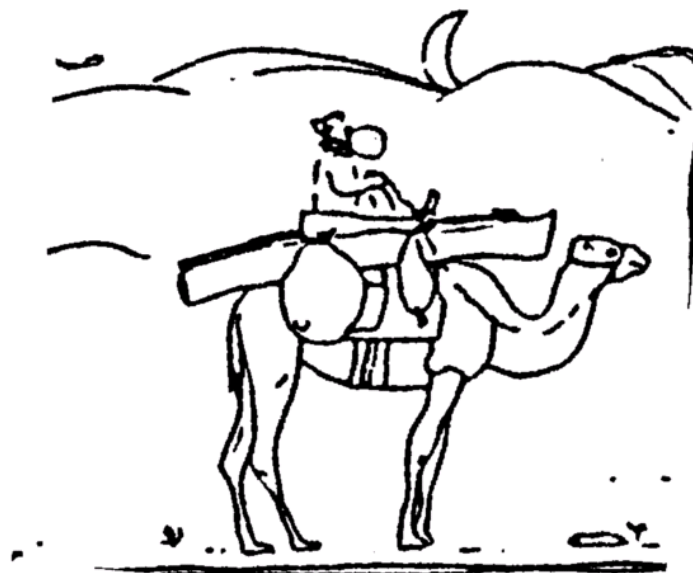
es, la época entre la prehistoria y la historia, porque sabemos muy poco sobre sus estructuras sociales):

1. Las culturas nómadas primitivas (por ejemplo los celtas y los nativos norteamericanos)
2. Las culturas matriarcales (ciudades-estado) como los caldeo-babilonios, los aztecas, los mayas y los incas
3. Las grandes culturas patriarcales de la Antigüedad y de nuestros tiempos, constructores de imperios como Roma, Bizancio o los actuales.

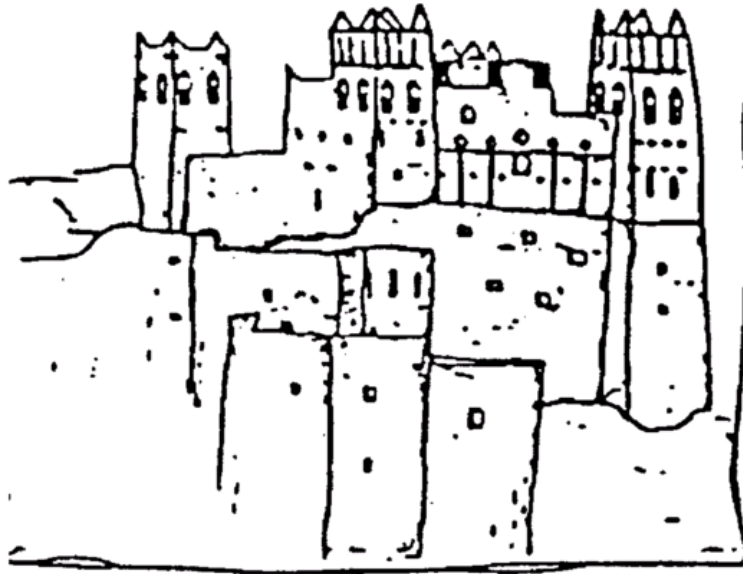
Estas tres formas culturales (que hoy aún existen) pueden relacionarse astrológicamente con diferentes modelos familiares.

La *cultura nómada* tiene características esencialmente mutables y corresponde a la Luna. Lo más específico de los nómadas la movilidad. No están vinculados a un lugar concreto, siempre van a donde las posibilidades existenciales son más favorables. No construyen poblados estables ni cultivan la tierra. La planificación y el almacenamiento de aprovisionamientos se consideran poco importantes en esta forma de vida. Sus posesiones se limitan a objetos

portátiles. Debido a estas características siempre han dejado pocos vestigios históricos y por eso, en general, sabemos muy poco de ellos (por ejemplo, de los celtas). Su concepción del mundo religioso está repleto de espíritus de la naturaleza (teúrgia, vudú, fetichismo...) y los conceptos trascendentales de Dios son escasos.



Las fábulas y los cuentos surgen de este espacio espiritual. Por eso se corresponden también con el mundo fantástico del niño contemporáneo. El desarrollo del niño pasa de un modo rápido por todas las etapas histórico-culturales importantes.



Las *culturas matriarcales* se originaron con la toma de posesión de tierras por parte de grupos que se asentaron en ellas. Las típicas ciudades-estado, por ejemplo de los sumerios, eran «islas» en medio de las tierras libres de los nómadas. Para subsistir tuvieron que delimitar sus fronteras y construir muros (ciudades amuralladas). Empezaron a cultivar la tierra y a guardar las cosechas en graneros.

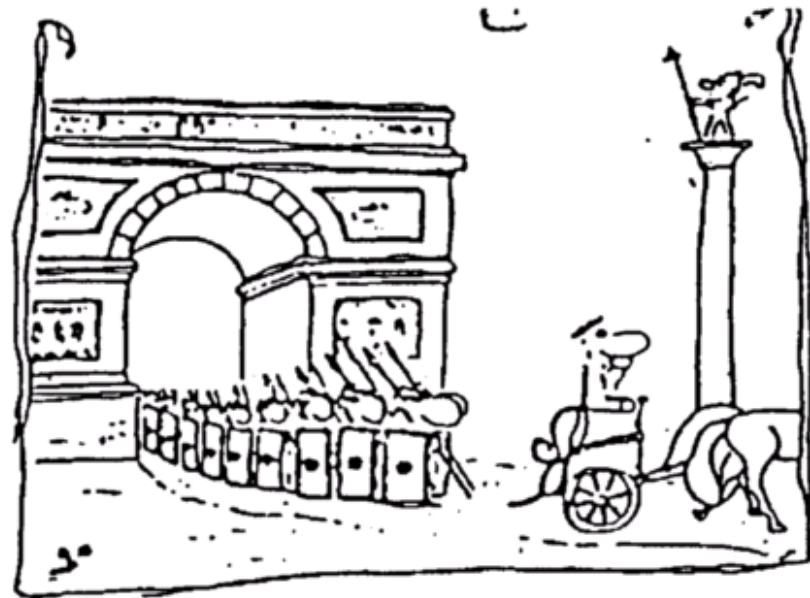
De este modo, dejaron de depender del éxito que tuvieran en la caza y las variaciones climáticas. Los conceptos de posesión, orden y adaptación pasaron

a ser de gran importancia para las nuevas sociedades. Lo esencial era la supervivencia del colectivo. El individuo no contaba, lo esencial era su función como integrante de una casta o clase dentro del orden jerárquico del estado. Esto era también aplicable a la clase dominante (los sacerdotes, la monarquía). Cada uno nacía en un estrato social que determinaba su especialidad profesional (pensamiento dinástico y de clase).

En esta etapa cultural se desarrolló la escritura y, por lo tanto, la memoria colectiva y la herencia cultural. El lugar de confluencia de todos los esfuerzos era la vida religiosa, a la que todo quedaba sometido. El politeísmo de la época es un reflejo de la vida comunal estrictamente jerarquizada.

En esta época se originó también la estructura básica de la astrología contemporánea, aunque inicialmente sólo se utilizaba en forma de astrología de presagios para predecir el futuro de la colectividad.

En las culturas matriarcales todos los esfuerzos estaban orientados a garantizar la seguridad, la defensa y el sustento del colectivo, esto es, Saturno. Por eso algunas de estas culturas duraron siglos e incluso milenios (Egipto, China).



Las primeras *culturas patriarcales* surgieron alrededor del año 1000 a.C. Sus características más típicas son la necesidad de una expansión dinámica y el individualismo que, como sabemos corresponden al principio solar.

El lema de esta cultura es: «Carta blanca a los que tengan capacidades». O como preferimos decirlo hoy: «Ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará» (Oligarquía = gobierno de los más capaces). El rey, el líder, el maestro, el padre... se convierten en los guías de la aspiración humana. La aspiración individual, el es-

fuerzo por destacar, es una característica masculina. Aunque, con frecuencia, olvidamos que todos tenemos cualidades masculinas y femeninas.

Visto históricamente, las naciones patriarcales (entonces aún primitivas y pequeñas) penetraron agresivamente en los sólidos baluartes matriarcales, imponiendo un régimen masculino/paterno. Como resultado de este cambio cultural, la mujer empezó a ser considerada como un ser de segunda categoría que sólo tenía posibilidades de sobrevivir como compañera de un hombre. Esto también se reflejó en la astrología.

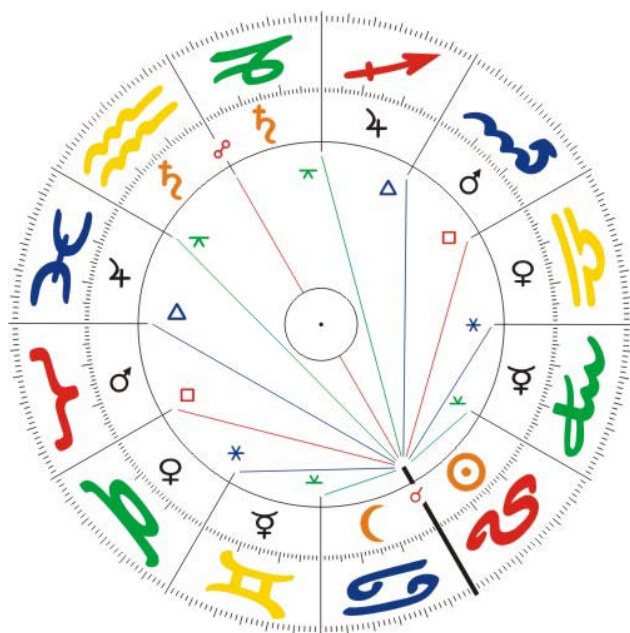
El Saturno maternal y preservador pero, a la vez, estático, tuvo que sacrificarse ante las exigencias perfeccionistas solares (o ante la aspiración a un Dios único: monoteísmo). Su necesidad de asegurar la existencia se consideró como algo primitivo. Finalmente, la dedicación a la corporalidad femenina y placentera fue casi prohibida (Saturno pasó a considerarse maléfico).

Como consecuencia, la mujer tuvo que adoptar forzosamente el papel de niño dependiente del padre. Pero, como no se subyugó por las buenas y mantuvo el control en algunas áreas especiales, actualmente estamos viviendo una extraña situación de mezcla

cultural en la que coexisten culturas verdaderamente patriarcales con otras pseudo-patriarcales y, en muchos lugares, con otras claramente matriarcales.

El orden jerárquico

Hace quince años, cuando decidí investigar astrológicamente la problemática del padre y la madre, inicialmente tuve problemas para elaborar una hipótesis de trabajo útil. En primer lugar, tropecé con las posiciones establecidas de las correspondencias astrológicas:



Según el antiguo modelo ptolomeico válido en la actualidad, el Sol y la Luna se consideran respectivamente los regentes de Leo y Cáncer (como se ve en la parte inferior del zodíaco adjunto).

En el lado opuesto encontramos a Capricornio y Acuario, regidos por Saturno. Anteriormente, en un intento de reclasificación que no fructificó, ya había logrado confirmar la regencia (que yo prefiero describir más bien como «participación en los signos») tanto de estos planetas como de los restantes. Por eso, no tengo razones para cuestionar estas asignaciones.

Dado que, en simbolismo y particularmente en astrología, los conceptos de «arriba» y «abajo» son valoraciones esencialmente jerárquicas, podría entenderse que la situación de Saturno (véase zodíaco con regentes adjunto) equivale a «regir» y la situación del Sol y la Luna es equivalente a «ser regidos».

En una cultura patriarcal como la nuestra, esto debería significar que Saturno es quien manda, o sea, el padre. Esto hace comprensible que la Luna se vea como la madre (y puede explicar la circunstancia de que, en el idioma alemán, a diferencia de las lenguas latinas, el género del Sol es femenino).

Pero mi investigación produjo un resultado inesperado: cuando, en el sistema de casas, Saturno se encontraba en una posición más elevada que el Sol y la Luna, la persona había crecido en una familia de características marcadamente matriarcales.

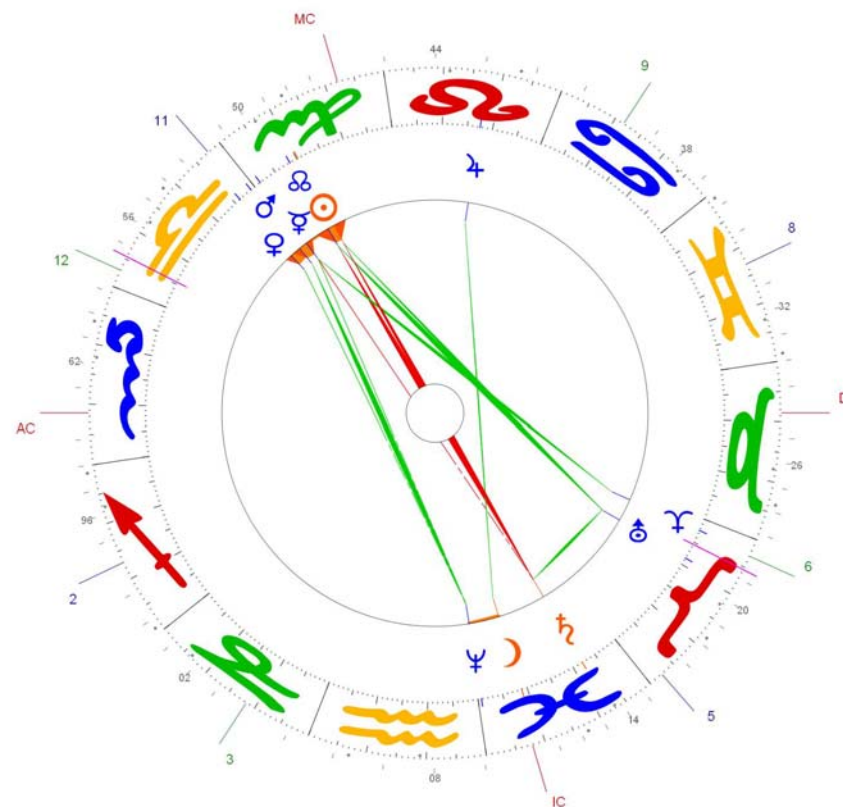
Los casos más llamativos eran las posiciones de Saturno en las casa 9 ó 10. Estas personas se caracterizaban por haber tenido una infancia con falta de «calor de hogar» y de «contacto de piel a piel». Consideraban a sus madres desde «listas» a «omniscientes» (casa 9) o desde «dominantes» a «tiránicas» (casa 10).

Si bien esta constatación contradecía la idea inicial con la que estaba trabajando, me abrió la puerta hacia hipótesis útiles:

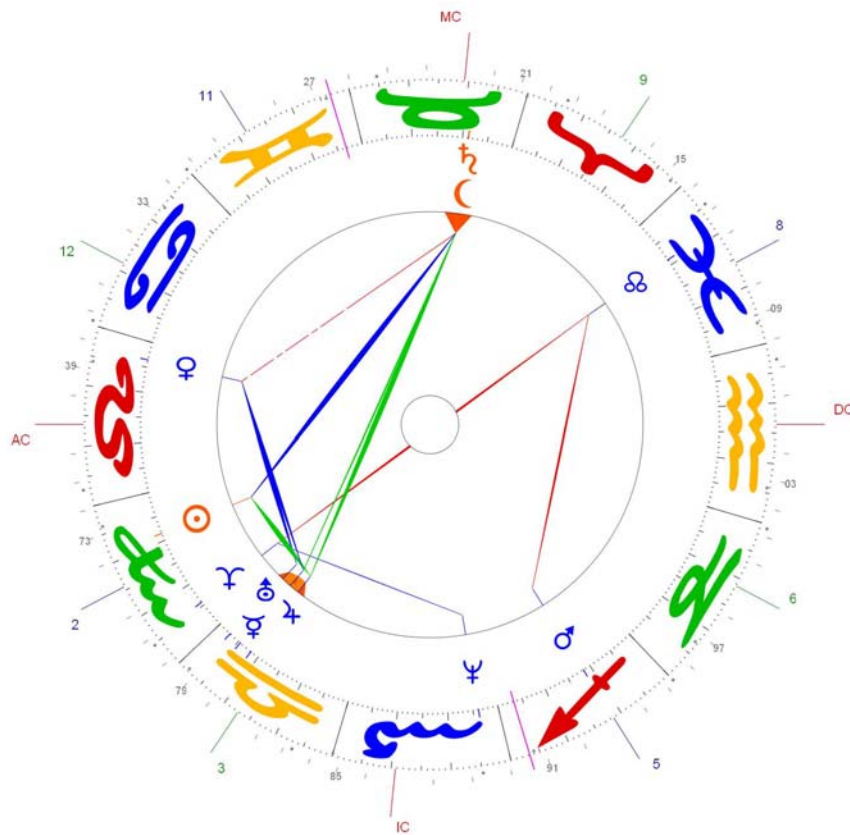
1. La madre es Saturno
2. La jerarquía en el sistema de casas no es la misma que en el Zodíaco.

Finalmente, al avanzar con la investigación e incluir también la figura de padre, se puso de manifiesto que las relaciones familiares «ideales» (y esto significa evidentemente patriarcales) se daban cuando el Sol se encontraba en las casas 8, 9, 10 ó 11, y Saturno en las casas 2, 3, 4 ó 5.

El horóscopo de Suiza es un ejemplo claro de un horóscopo patriarcal. Es un estado en el que, tal como se demostró en diversas votaciones, las mujeres no quisieron votar la gestión política hasta hace unos diez años.



Suiza, Constitución federal 12.09.1848, 11:12, Berna



Libia, 01.09.1969, 04:00, Trípoli

Este horóscopo es el ejemplo de un estado matriarcal. Libia es un país en el que las madres y los niños son la verdadera fuerza estatal. Expresándolo en términos de astrología mundial: lo realmente determinante son los caprichos del pueblo (la Luna) y la

jerarquía estatal administrativa y económica (Saturno). Gaddafi (el Sol) debe comportarse según el rol que se le ha atribuido (la impresión externa induce a error, tal como puede saber por personas allegadas al gobierno).

Finalmente llegué a una formulación aún más diferenciada: «Cuanto más alto se encuentra un planeta en el sistema de casas, más significativa es la persona que éste representa en la familia».

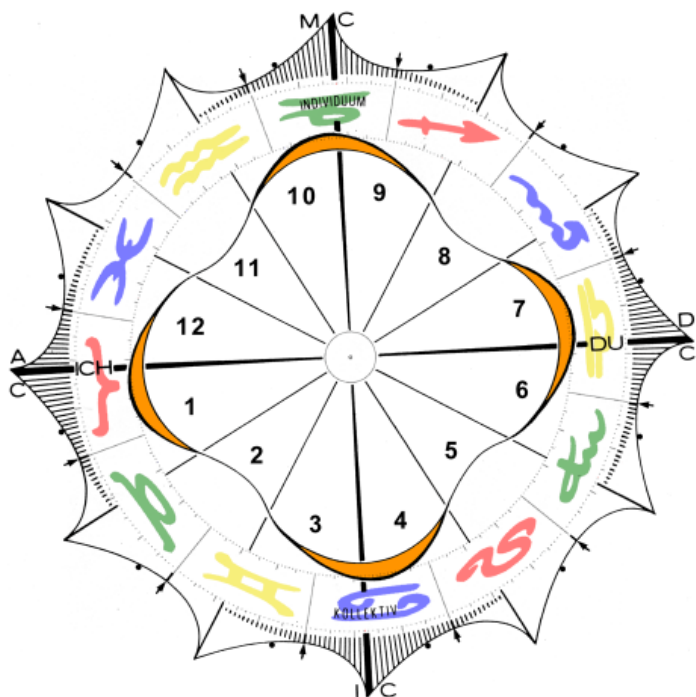
El Sol muestra el rol de padre, Saturno el rol de madre y la Luna el rol que el propietario del horóscopo desempeñó como niño en el entorno colectivo en el que creció.

Lo que, en el horóscopo, nos da información sobre la distribución de roles en la familia es la posición de los planetas de la *personalidad* (el Sol, la Luna y Saturno) en el sistema de casas. ¡No en el zodiaco!

Y esto pone de manifiesto una idea posiblemente revolucionaria: si en el zodiaco la posición más elevada corresponde a Saturno (la madre) y en el sistema de casas sucede lo contrario, pues la posición más elevada corresponde al Sol (el padre), esto significa que el zodiaco refleja un estado de evolución históri-

ca más antiguo (el matriarcado) que el que refleja el sistema de casas (el patriarcado).

A lo largo de los años, como resultado de mis investigaciones, he llegado a la convicción de que el zodíaco refleja todo lo que, tras un largo proceso de experiencia, ha alcanzado una cierta «densidad genética» y, de esta manera, se ha convertido en un componente fijo del comportamiento humano (conocimiento arquetípico).



Este conocimiento primordial (todo el zodíaco) del que nosotros recibimos una selección individual por vía genética (a través de la posición de los planetas en el horóscopo personal) está contrapuesto al «conocimiento cultural» que se refleja en el sistema de casas. Los conceptos y valores que recibimos a través del sistema de casas son el resultado de la historia más reciente, es decir, son características de la cultura en la que hemos nacido y que nos son transmitidas a través de la vida en comunidad y la educación.

En el horóscopo, pues, el sistema de casas es una estructura más mutable que los signos zodiacales. Las casas reflejan los valores de la cultura en que estamos inmersos. Por eso no es sorprendente que a lo largo de los últimos 2.000 años hayan surgido más de veinte sistemas de casas diferentes, de los cuales seis o siete están todavía en uso. En cambio, hay sólo dos sistemas zodiacales.

Indicaciones de uso práctico

En el transcurso de una consulta puede suceder que alguien con una posición elevada de Saturno en el horóscopo se defiende enérgicamente cuando se le diga que su madre era la persona dominante de la familia.

Esto no significa necesariamente que se incumpla la regla de interpretación que hemos establecido pues, en una sociedad patriarcal, «lo que puede ser, no puede ser».

Puede ser que las circunstancias hayan obligado a que una madre «lleve los pantalones en casa» pero otra cosa es que esto se acepte «oficialmente». Por eso, el verdadero estado de las cosas queda ya reprimido en el subconsciente durante la infancia. Además, por lo general, la madre procurará no ejercer su inevitable dominio tan notoriamente como suelen hacerlo los hombres.

Los roles de padre y madre

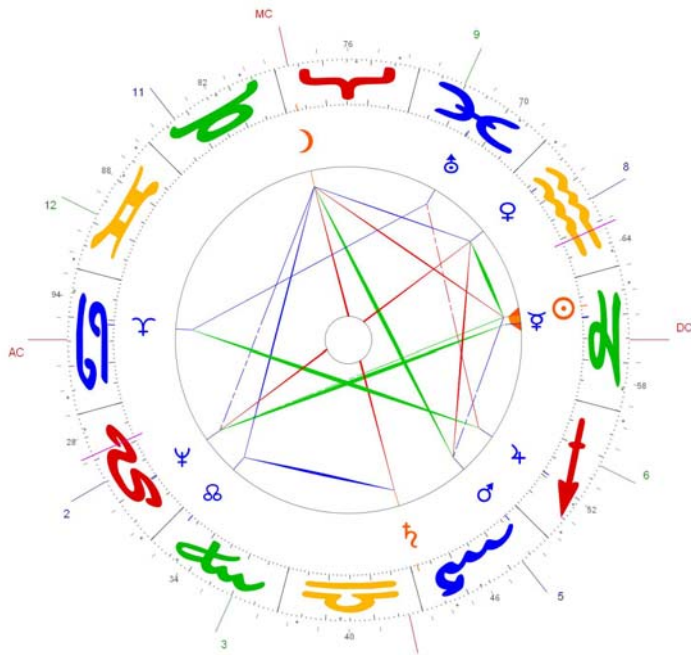
Los roles de padre y madre experimentados subjetivamente por el niño pueden comprenderse gracias a una definición más específica de las posiciones del Sol y Saturno por signo y casa. En lo que se refiere a la función que desempeñan los padres, lo más relevante es la posición por casa y debe concedérsele prioridad. El signo suele tener un significado más oculto y normalmente muestra una motivación del padre o la madre vivida sólo parcialmente.

Esta circunstancia se observa frecuentemente con posiciones del Sol (padre) en las casas más bajas

y/o en punto de reposo, así como también con los soles ubicados en el lado derecho del horóscopo (especialmente cerca del DC: ¿Una sociedad sin padre?). El entorno colectivo (casas 3 y 4), las obligaciones profesionales o de su carrera (casas 6 y 7) o su propio «pavoneo» (casas 2, 5, 7 y 8) impiden a estos padres el total despliegue de sus capacidades innatas.

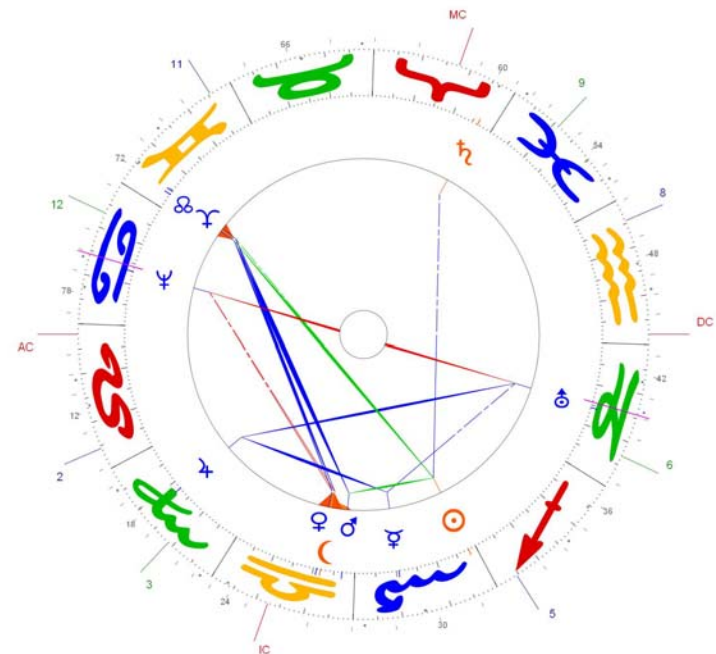
Algo similar sucede con las posiciones de Saturno en la zona del yo (casas 12 y 1), pues ambas son posiciones de miedo (miedo personal o al fracaso, que se transmite a los hijos). Lo mismo es aplicable también a las posiciones de Saturno en las casas 9, 10, y 11 (miedo a las responsabilidades, que suele producir sobrecompensaciones). Saturno, no obstante, es mucho menos sensible a las posiciones de punto de reposo que el Sol.

Como vemos, las reglas que hemos formulado son bastante concisas (se recomienda una segunda lectura). Vamos a ver ahora algunos ejemplos.



TMS

TMS es la hija de un médico. El padre está completamente absorbido por los compromisos con sus pacientes. La madre hace de ama de casa. Ambos padres han puesto grandes expectativas en su hija. El mensaje recibido de la madre es: «Debes comportarte...» (Saturno oposición Luna) y el del padre: «... esforzándote para ganarte el favor de la gente» (Sol cuadratura Luna). La actitud y el esfuerzo son aún evidentes actualmente en la madurez. De niña le hubiera gustado ser cantante.



FGB

FGB es el hijo de una familia de empresarios en la que la madre dominaba subrepticia y sutilmente (Saturno en el punto de reposo de la casa 9). El padre daba órdenes (Sol en signo interceptado y abajo). El hijo estuvo muy aferrado a la dependencia familiar y la busca de armonía (Venus conjunción Luna en el IC). Cierta tendencia maníaco-sexual (conjunción Marte) hacia su esposa, quien se divorció de él en la madurez. El hijo mostró una excesiva adoración por su madre hasta una edad avanzada.

El rol de niño (la posición de la Luna)

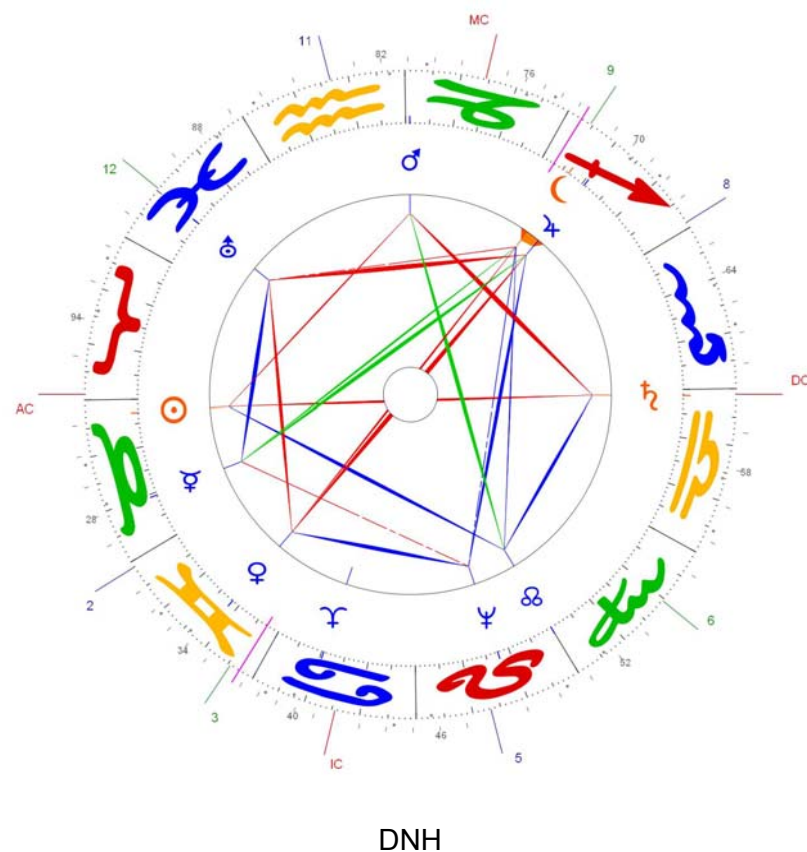
En este caso estamos tratando también del mundo de vivencias subjetivas del niño que, en el adulto, suele distorsionarse en el recuerdo. Estas vivencias dependen de cómo los padres, en sus esfuerzos educativos, interpretaron al niño o le explicaron su situación.

La posición de la Luna (de nuevo por casa y signo, y en esta secuencia) determina la disponibilidad para el contacto, la capacidad de establecerlo y, en última instancia, el grado de satisfacción que se obtiene al llevarlo a cabo (por ejemplo, las caricias que se reciben de adulto).

Los contactos cualitativamente satisfactorios se dan, sobre todo, con posiciones de la Luna cercanas al horizonte. En las casas 1 y 12 el contacto es menos frecuente porque en niño estuvo muy encerrado en sí mismo. En las casas 6 y 7 la frecuencia es mayor porque el niño tuvo más posibilidades de ejercitar el contacto con otros niños.

Cuanto más arriba en el sistema de casas está la Luna, mayor fue el estímulo que el niño recibió de sus padres o de las circunstancias para agradar a «su público». Tal vez los padres estaban orgullosos

de lo «especial» que era su hijo o (en caso de posiciones débiles de los planetas paternos) quisieron que a su hijo «le fueran las cosas mejor que a ellos». Estas posiciones son también la causa de que se produzcan sentimientos de soledad «en medio de la multitud». Las lunas en la parte baja del horóscopo indican intensos lazos familiares o colectivos.



DNH es la hija del propietario de un grupo de empresas. El padre es una figura patriarcal, inescrutable, rígido, tiránico y posesivo (Sol en Tauro, cerca del AC en Aries). La madre es una «gran dama» que hace de mecenas de las artes (Saturno en el DC, en Libra). Ambos padres tienen grandes expectativas puestas en la hija con relación a sus logros intelectuales y artísticos (aspectos trígono-sextil de la Luna).

Los padres desempeñan roles claramente establecidos pero internamente están alejados (Sol oposición Saturno). Un modelo de familia extremo (aunque saludable). La hija sintió la obligación de realizarse hasta una edad avanzada.

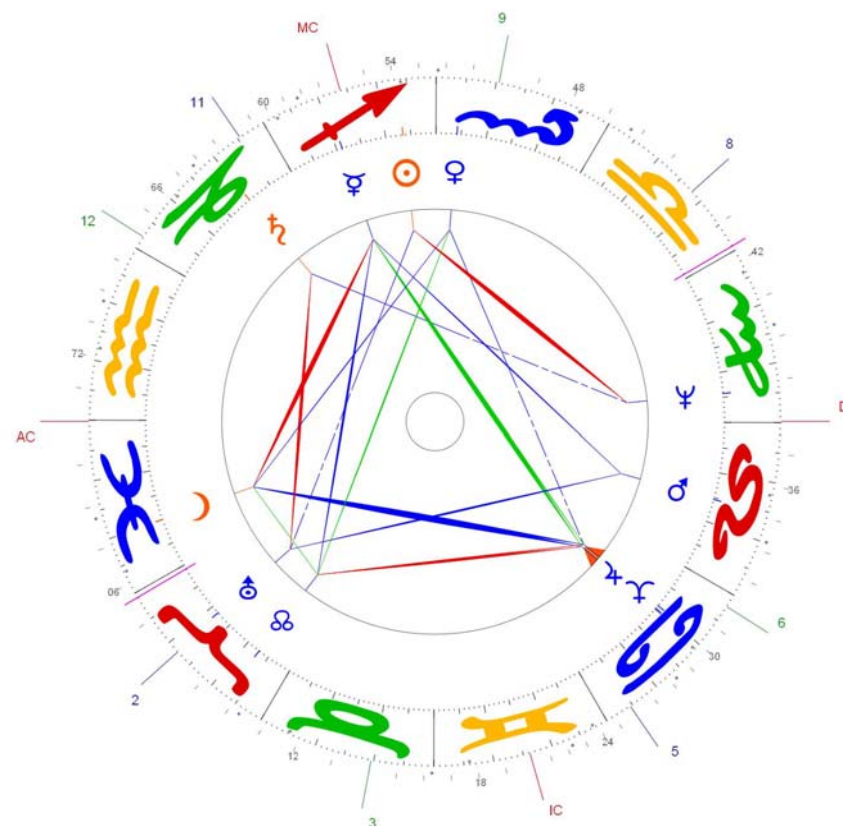
Los Aspectos

Los aspectos entre los planetas de la *personalidad* muestran las relaciones entre los miembros de la familia. Distinguimos entre dos clases de aspecto:

1. Aspectos Luna-Sol y Luna-Saturno

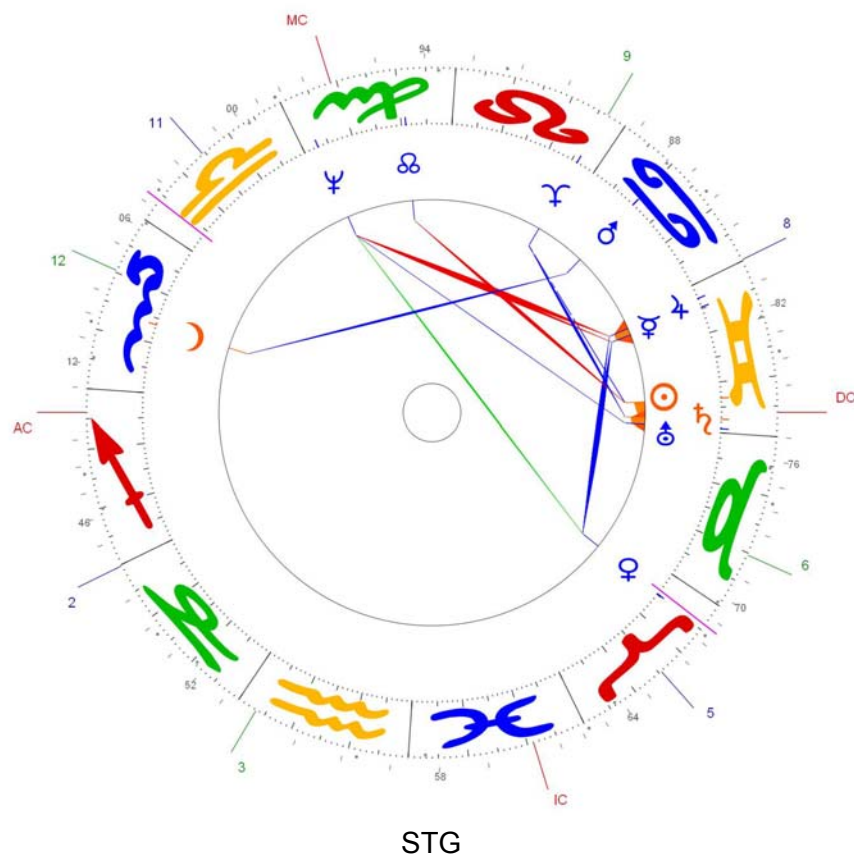
Estos aspectos indican vínculos evidentes o incluso dependencias entre el niño y la correspondiente figura paterna. El tipo de aspecto describe la cualidad de la relación. Si la Luna está conectada indirectamente

con el Sol o Saturno, a través de terceros planetas, nos encontramos con relaciones relajadas que muy rara vez se experimentan como un déficit (este tipo de relación indirecta o funcional es, estadísticamente, la más frecuente).



Bruno Huber, 29.11.1930, 12:55, Zurich

Cuando no hay conexión entre la Luna y alguno de los planetas que simbolizan a los padres, el niño experimenta un déficit substancial en la relación.



En lo referente a la relación hijo-padres, el recuerdo del adulto con respecto a la realidad que vivió en su

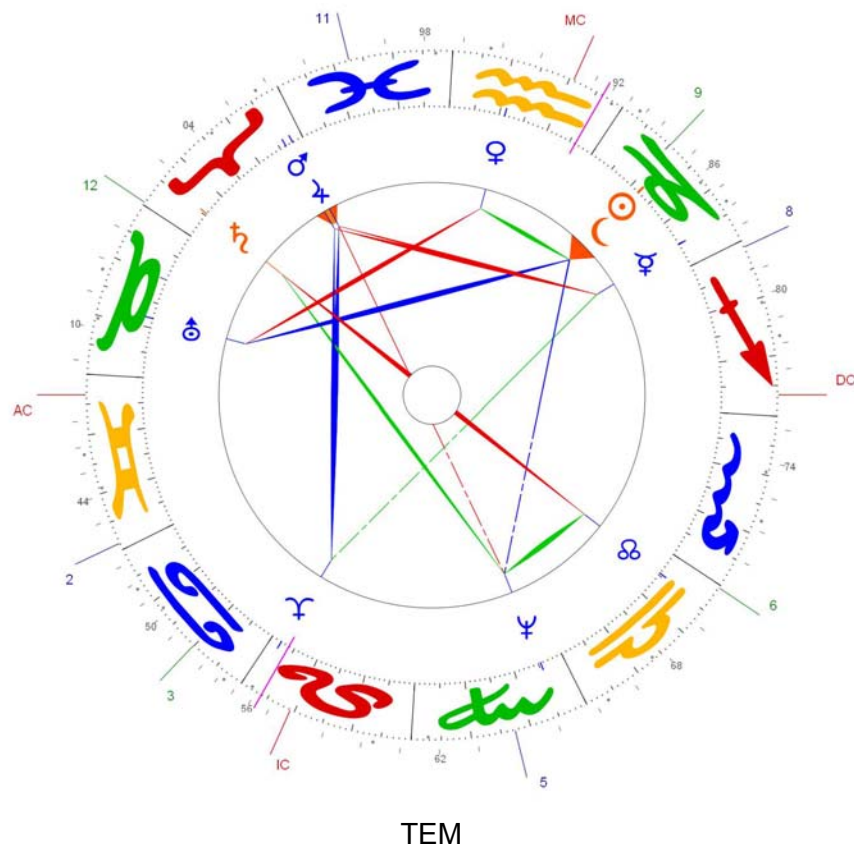
infancia puede estar también totalmente distorsionado debido a las mismas razones expuestas antes (caso de Saturno en una posición elevada). Es el efecto que se conoce como «piedad paternal».

STG es la hija de propietario de un periódico y mecenas de música. La familia (incluido la madre) llevaba una vida cultural muy abierta: «Siempre había gente en casa» (Sol, Saturno y Urano en conjunción en el DC en Géminis). La niña permaneció en segundo plano y relativamente sola. A menudo se la castigaba «excluyéndola de la vida familiar» (Luna en la casa 12, en una figura separada del resto de la estructura de aspectos). De adulta, la hija se separó completamente de la familia para formar la suya (y hacerlo mejor). Durante un largo período de tiempo sintió temor de fracasar como madre. Como sabemos por la psicología, las relaciones paternas determinan intensamente la conducta selectiva del adulto en su búsqueda de pareja.

2. Aspectos Sol-Saturno

Estos aspectos reflejan la vivencia subjetiva que el hijo tuvo de la relación entre ambos padres. Una vez que el niño se ha convertido en adulto, tiene tendencia a repetir los roles paternos en su propia relación de pareja (aunque las consecuencias sean nefastas).

Estos aspectos (o su ausencia) se valoran también según el modelo antes descrito.



TEM es hijo de un pastor y artesano (Sol, Luna, Venus y Urano). Fuerte vínculo entre el padre y el hijo y tendencia de éste a emularlo (ligero tic social). La madre (ama de casa) tenía miedo al fracaso (poco

emancipada), constantes preocupaciones existenciales y se caracterizaba por su rigidez moral con matices histéricos (Saturno casi en la cúspide de la casa 12). Los padres estaban completamente alejados entre sí (Sol y Saturno sin aspecto). El niño recibió muy poco afecto de la madre (ausencia de aspecto Saturno-Luna). Véase también la carta de DNH.

Imágenes-guía de la conciencia del yo

Veamos ahora las funciones de rol en relación con los planetas principales y sus posibles mecanismos de compensación. Como hemos visto, el yo suele estar polarizado (focalizado) en uno de los tres planetas principales. Si bien puede estarlo también en los tres planetas a la vez, la mayoría de las veces, el punto focal del yo se sitúa preferentemente en uno u otro de estos planetas.

Si el Sol se encuentra en una posición débil, la persona no puede servirse de la capacidad solar para conseguir éxito en la vida y, con facilidad, puede darse algún tipo de compensación. Entonces, comprensiblemente, la persona tiende a utilizar otro planeta para conseguir sus fines (no tiene que ser necesariamente otro planeta principal sino que puede ser un planeta de las filas inferior o superior de la tabla de planetas). Esto es muy frecuente.

En lo referente al número de aspectos, existe una regla muy clara: «Cuanto más aspectos tiene un planeta, más intensamente se manifiesta en la globalidad de la personalidad. Cuantas más interconexiones tiene, mayor es su efecto sobre los demás planetas».

Esta regla es importante, sobre todo, al considerar los planetas principales ya que, como instancias del yo, estos planetas quieren ejercer la función de dirección. El yo quiere tener el control de la estructura de aspectos y de los diez planetas que cuelgan de ella.

El planeta que dirige lo tendrá más fácil si es el mismo planeta que el entorno espera que realice esta función o es el más fuerte de los tres planetas de la *personalidad*. Y cuantos más aspectos tenga, mejor podrá realizar su función.

Debemos, pues, establecer criterios para determinar el estado de los planetas principales y tener en cuenta sus posibles compensaciones. En este sentido, hay una regla fundamental: «En nuestra conciencia (entendida como conciencia diurna), los planetas principales tienen una función de imagen de rol» (NT: *Una imagen de rol es un modelo a imitar o en el que basar el comportamiento propio*).

Estas imágenes de rol se desarrollan a partir de la relación entre el niño y sus padres. Es, en realidad una imagen de rol triangular. La imagen de rol de niño se refleja en la Luna y la del padre, normalmente en el Sol, si su función no es completamente errónea. Esta imagen se forma a partir de la actitud del padre (o de la persona sustitutoria), de cómo se comporta en la familia en tanto que hombre y que padre. La imagen de rol de madre se plasma en Saturno y depende de la actitud de la madre (o de la figura sustitutoria que haya desempeñado esta función). Evidentemente, estas funciones de rol persiguen, como principio fundamental, el objetivo garantizar ciertas funciones básicas del yo.

La imagen-guía de padre (el Sol)

La imagen-guía de padre tiene la misión de activar en nuestro interior las fuerzas de crecimiento, la capacidad de actuar de manera autónoma. Esta imagen debe mostrarnos cómo expresar nuestra vitalidad y, llegado el momento, poner en marcha nuestras energías creativas.

El Sol nos induce a tomar las riendas de nuestra vida asumiendo la responsabilidad de nuestras acciones. Nos capacita para realizar todo tipo de funciones y adoptar actitudes de carácter ofensivo. El adjetivo

«ofensivo» no debe entenderse aquí como belicoso sino en el sentido de enfrentarse al mundo con un pensamiento propio y tomar iniciativas. Con el Sol queremos producir efectos en el mundo, pretendemos cambiarlo.

Normalmente es el padre quien, con su actitud, nos muestra cómo hacerlo ya durante la infancia. El padre debería, por tanto, ser un individuo fuerte que abordara las tareas valerosamente y consiguiera resultados positivos. El vigor, la valentía, la fortaleza y el coraje cívico son, entre otras, algunas de las características de este rol. La actitud del padre se traduce en una imagen concreta de nosotros mismos, es decir, de cómo deberíamos ser.

A partir de lo que observamos en el padre (o en la figura sustitutoria) nos construimos una imagen de cómo nos gustaría ser de mayores. Ya de niños empezamos a formarnos esta imagen: la imagen paterna, que se desarrolla a través de la persona del padre.

Si el padre comete equivocaciones graves o es demasiado saturnino, esto es, si (como muchos padres hacen hoy, incurriendo en un error) otorga una importancia excesiva a la seguridad en lugar de enfrentarse a la vida con el valor necesario, está asumiendo

las tareas que le corresponden a la madre. Un padre así es mitad Sol y mitad Saturno pues, con su comportamiento, nutre también la imagen-guía de madre que el niño debería tomar de la madre. Desde la perspectiva del modelo de padre es entonces una figura (en parte) triste.

Si se muestra temeroso cuando los demás pasan a la acción o no demuestra bastante coraje cívico o si siempre salen de su boca grandes palabras pero nunca logra nada en la vida, etc., la imagen-guía de padre se ve dañada.

El niño sabe (inconscientemente) cómo debería ser esta imagen-guía y, cada vez que el comportamiento del padre se desvía de esta imagen-guía de fortaleza, lo registra como un error. Si estas «desviaciones» son frecuentes o importantes, se traducen en una limitación de la *autoconciencia*, porque la figura del padre se relaciona con el propio yo. Nos identificamos con las cualidades paternas que, a su vez, nos proporcionan la cualidad de nuestra *autoconciencia* (reflejada en el Sol).

La imagen-guía de madre (Saturno)

La función esencial de la madre consiste en garantizar y asegurar la vida del niño. La madre enseña al

niño cómo debe cuidarse, protegerse y comportarse en las diferentes situaciones de la vida, de manera que su conducta le aporte seguridad. Tiene una gran influencia en el comportamiento del niño en el contacto con los demás. Le enseña formas de comportamiento seguras. El objetivo fundamental es que el niño subsista, que las funciones vitales mínimas que lo mantienen vivo operen correctamente.

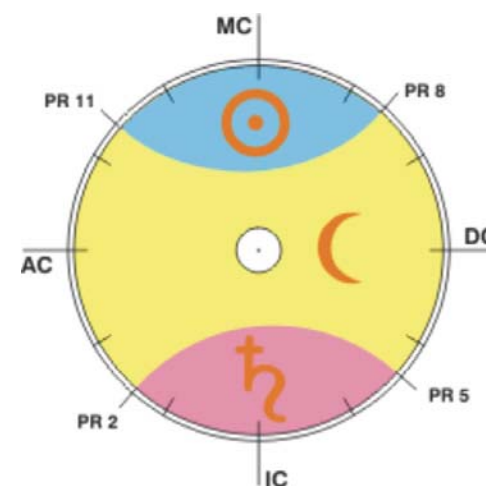
En nuestros días, una gran parte del esfuerzo educativo está orientado a que el niño tenga un buen comportamiento social. Para las madres jóvenes de hoy, lo esencial no es cómo el niño coge la cuchara sino cómo se comporta con el vecino, cómo se integra en la sociedad. Pero cada madre es diferente e influye de manera específica en su hijo.

La posición de Saturno en el horóscopo nos indica cómo la madre educó al niño: si consideraba más importante la cuchara, la posición social o que el hijo se convirtiera en una persona amable y servicial. Si lo más importante era el uso correcto de la cuchara, Saturno estará probablemente en las casas 4 ó 5, o también en la casa 3. Si lo importante era imponerse en la sociedad, Saturno estará en las casas 8 ó 10. Si la madre tenía miedos relacionados con la seguridad existencial, lo más probable es que Saturno esté en la casa 6. La posición de Saturno por casa mues-

tra que enfatizó la madre con su forma de educar y su comportamiento.

Con su actitud y comportamiento, algunas madres consiguen los mismos efectos educativos que otras que dedican mucho tiempo a persuadir verbalmente a sus hijos. Y esto es válido también para el Sol. La actitud del padre, esto es, cómo vivió y «lo que siempre decía» se refleja en la posición del Sol.

Existen también reglas generales sobre la distribución espacial de los planetas principales en el sistema de casas, que permiten realizar una valoración cualitativa, en contraste con la valoración cuantitativa que se desprende de la posición fuerte o débil antes descrita.



Como se desprende del gráfico adjunto, la posición más favorable para el Sol es la parte superior del horóscopo (como corresponde al rol de padre). Saturno, en cambio, está mejor en la parte inferior.

Arriba tenemos la zona del individuo (casas 9 y 10 o, más exactamente, desde el punto de reposo de la casa 8 hasta el de la casa 11). Aquí, la persona desarrolla su madurez y grandeza completas, y se convierte en lo que llamamos «una autoridad»: una persona madura con una gran capacidad de valorar las situaciones y las cosas, y actuar en consecuencia, asumiendo su responsabilidad.

Si un padre ha desarrollado su propia autoridad, tiene seguridad en sí mismo, actúa según sus propios criterios y tiene la fuerza y el ánimo de expresar y defender sus opiniones, el Sol estará casi siempre en la parte alta del horóscopo o, al menos, en las casas 8 ó 11. Una persona así muestra un elevado grado de *autoconciencia* en el desempeño de su función de padre y esto se refleja también en un buen nivel de *autoconciencia* en el niño.

Pero si el Sol está abajo, en realidad, se encuentra en el espacio materno. Esta parte es la zona del colectivo (casas 3 y 4 o, más exactamente desde el punto de reposo de la casa 2 hasta el de la casa 5).

En esta zona nos sentimos vinculados al colectivo (= madre, seguridad, psicológicamente visto). La madre nos da seguridad en la infancia y el colectivo nos la proporciona de adultos (formamos parte de él). El colectivo nos ofrece todo lo que tiene como fruto del esfuerzo común (carreteras, ferrocarriles, teléfono, toda la infraestructura de la sociedad humana, de la colectividad estatal). Disponemos de todo esto por el mero hecho de ser ciudadanos de un estado, de una comunidad. El colectivo nos garantiza el funcionamiento de todas sus estructuras e infraestructuras, pero nos impone una condición previa: debemos atenernos a sus leyes y costumbres (tanto las escritas como las que no lo están).

Todo esto está situado en la parte inferior del horóscopo. En este espacio, la madre actúa como representante del colectivo. Nos enseña todo lo que debemos saber para formar parte del mismo. Ésta es su misión y en el colectivo es donde mejor se encuentra.

Si el Sol está abajo, el padre se comportó según las normas del colectivo. Tal vez fuera un hombre cariñoso y amable pero probablemente no desarrolló demasiado las características típicas de padre como la capacidad emprendedora, el valor, el coraje cívico, la irradiación personal... o, si lo hizo, fue de la mane-

ra aceptada por el colectivo. Quizás gozó, por ejemplo, de la simpatía de los miembros de una asociación que lo describían como: «Un hombre fabuloso, que nos anima y hace reír a todos» o «Se encarga de la contabilidad de la asociación y lo hace muy bien, siempre se puede contar con él»...

Pero estas características no son las típicas del padre sino funciones normalizadas dentro del colectivo. Por eso el Sol está en la parte inferior del horóscopo.

Saturno (la madre) se encuentra bien situado en la parte inferior del horóscopo. Su función esencial es enseñar e inculcar los mecanismos de seguridad. Si Saturno está arriba, la madre se comportó como si fuera el padre. Probablemente tuvo la autonomía y el individualismo característicos de la figura paterna. Hoy esto es bastante frecuente pero, en las condiciones actuales, produce dificultades en el desarrollo del niño.

Las imágenes de rol de padre y madre cambiarán probablemente de una forma tan profunda en las próximas décadas que, en el futuro, deberán valorarse de manera distinta.

Hasta ahora hemos visto las posiciones de los planetas principales en las partes superior e inferior del

horóscopo, esto es, en las casas de la individualidad y el colectivo. A continuación, nos referiremos a las posiciones en los niveles del contacto, es decir, a la izquierda y la derecha del horóscopo.

El Sol y Saturno en el nivel de contacto

En las casas fijas, el Sol adopta una cierta cualidad saturnina, se comporta de manera formal y su irradiación vital se ve reducida. El Sol es un elemento vital que necesita moverse y las casas fijas limitan su movilidad.

Saturno, en cambio, se siente bien en la cruz fija. Su esencia se ve reforzada pues, en las casas fijas, lo fundamental son los roles, las formas, los comportamientos normalizados...

Un Sol situado en el lado izquierdo del horóscopo (casas 1 y 12, zona del yo) está aún saliendo y debe luchar para recibir el reconocimiento de los demás. Es intensamente egocéntrico debido a que se siente excluido del entorno. Un Sol en la zona del yo piensa más en sí mismo que un Sol en una posición elevada, que también exige responsabilidades a los demás y que, al estar frente al colectivo, es natural que asuma responsabilidades por los demás.

Para un político, un Sol arriba es mejor que en el lado izquierdo, donde fácilmente se comporta de manera defensiva.

Si el Sol está en la zona del tú (casas 6 y 7) adopta cualidades lunares. Tiende a adaptarse al tú, sólo se experimenta a través de la interacción con los demás, esto es, a través del reflejo en el tú. Por eso le resulta difícil desarrollar su propio perfil individual (tan característico del Sol). Es un Sol que sólo puede verse en un espejo.

Reconocer esto suele ser una experiencia dolorosa para la persona. Cuando se le dice que depende mucho de su entorno, que lo necesita acercarse a los demás para reconocerse a sí mismo, en el mejor de los casos puede exclamar: «Pero, ¿es que los demás no lo hacen así también?». Al principio no comprenderá que existen otras posibilidades, pero con el tiempo se dará cuenta.

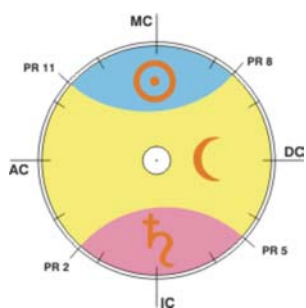
Con un Sol en el DC puede producirse una cierta pérdida del yo como resultado de la tendencia de la persona a volcarse demasiado en el tú en busca de la confirmación en el contacto. También puede suceder (esto depende del signo) que la persona quiera controlar férreamente al tú, incluso de manera que, al hacerlo, se caiga nuevamente en la dependencia del

tú para dominarlo. Son mecanismos diferentes pero están basados en la misma necesidad de «dejarse confirmar por el tú», un tipo de dependencia que no corresponde al Sol sino más bien a la Luna (que se siente muy bien en esta posición ya que, en el nivel del contacto, tiene acceso al tú y puede establecer cantidad de contactos).

Saturno se siente en apuros en el nivel del contacto. Como sabemos, es el «mecanismo de cierre» y, en este espacio donde se producen tantos contactos, se siente bajo presión. Puede suceder que dé la impresión de estar abierto pero no es más que un comportamiento aprendido, no se trata de una apertura espontánea. No es una actitud que corresponda a su propia sustancia, aunque puede haberlo aprendido (en el mejor de los casos, de una madre muy sociable que le haya dado lecciones de cómo comportarse en el contacto).

Cuando alguien con una cierta sensibilidad habla con una persona que tiene a Saturno en la zona del contacto, se da cuenta de que su actitud en el trato no es más que una postura artificial, pues no llega a percibir su esencia interior. Es como si estas personas estuvieran protegidas por una pared de cristal o tuvieran una piel de plástico. Sencillamente porque el contacto no es algo consustancial a Saturno. Su fun-

ción natural es la de «cerrar», no la de «abrir» y, en este caso, debe habituarse a hacer algo que no tiene ni puede hacer.



Estos distintos emplazamientos producen ciertas condiciones básicas. Cada uno de los tres planetas principales tiene una posición preferida donde puede desarrollarse de acuerdo con su naturaleza con relativa libertad y otras posiciones donde se ve más o menos frenado

o bloqueado porque se le exigen cosas que no puede dar.

Pero no debemos caer en el error de decir: «El Sol abajo y Saturno arriba están mal». Este planteamiento no es correcto.

Estas posiciones indican puntos de partida más o menos favorables, creados por el entorno educativo y formativo de la persona, a partir de los cuales hay que trabajar. Comprendiendo bien el significado de estas condiciones preestablecidas, la persona puede hacer lo necesario para conseguir un resultado óptimo. Pero si, por el contrario, no dispone de esta información, puede engañarse creyendo que son características consustanciales y caer repetidamente

en el error de intentar hacer algo que no puede y presionarse para conseguirlo. Pero estos intentos sólo conducen al fracaso y la frustración.

No debemos preocuparnos por el hecho de tener posiciones poco favorables en nuestro horóscopo (todos las tenemos). Sólo significa que las condiciones de partida tienen ciertas limitaciones. Si comprendemos esto bien, podremos realizar una valoración más adecuada de nuestro contexto y sabremos hacer lo más conveniente para nosotros.

Si nuestro Saturno está arriba, evidentemente, no podemos cambiar su posición y situarlo abajo. Ni tampoco podemos pasar un Sol de abajo a arriba.

Si tenemos un planeta de la *personalidad* en una zona poco favorable, no debemos forzar su funcionamiento pretendiendo sacar el máximo de él. Es mejor distanciarse internamente de estos roles forzados, considerarlos como características preestablecidas y centrarse en desarrollar más la totalidad de la *personalidad*.

A menudo nos quedamos atascados intentando maximizar el rendimiento de alguna posición poco favorables y nos olvidamos de que tenemos otras

herramientas. ¡Tenemos diez planetas (no sólo uno y además mal situado)! ¡Y podemos emplearlos!

El desgaste que nos produce el hecho de insistir en conseguir resultados con un planeta de la *personalidad* mal situado suele ser, en términos absolutos, mucho mayor que el beneficio que obtenemos al emplear otro bien situado.

No sirve de nada irritarse al comprobar que un planeta de la personalidad bien situado de otra persona funciona mejor que uno nuestro mal situado. Debemos valorarnos basándonos en criterios propios, no ajenos. Y esto es precisamente lo que nos ayuda a hacer astrología: evaluarnos según nuestros propios criterios de valoración y hacerlo basándonos en criterios ajenos.

Cuando caemos en la trampa de medirnos con criterios ajenos, lo hacemos porque el entorno ejerce sobre nosotros una presión contra la que, en general, no podemos argumentar. Pero, precisamente, nuestro horóscopo es un argumento excelente para defendernos de la presión del colectivo. Nos recuerda que tenemos derecho a ser como somos (la humanidad está conformada por una enorme variedad de individualidades diferentes).

La imagen-guía de niño (la Luna)

En el horóscopo, la Luna simboliza al niño. Un adulto es, en realidad, también niño cuando ama. En el amor se ve obligado a situarse en el mismo nivel que su pareja (tanto si se trate de una persona sencilla o de alguien especial). El amor es un encuentro de persona a persona, una interacción entre dos en el mismo nivel. De otro modo, el amor no fluye. Esto nos obliga a adoptar una actitud natural y espontánea como la de un niño: no descartar ninguna posibilidad, estar completamente abiertos y prestar atención para ver y experimentar lo que viene del otro, lo que surge en el proceso de intercambio. En esta función no tenemos otra alternativa que comportarnos como niños. Por eso, si bien somos adultos, de vez en cuando (aunque a veces sucede de manera frecuente) contactamos con el niño que hay en nosotros y también en la persona amada.

La Luna, como símbolo del yo emocional, es un principio reflector comparable a la sustancia acuosa. Al principio, el yo emocional se experimenta aún sin los límites de la personalidad. Así como el agua fluye hacia donde no encuentra barreras, el yo emocional nos impulsa a seguir nuestro instinto. La ausencia de límites y restricciones del mundo emocional se pone de manifiesto también en el hecho de que no se ve

delimitado por el principio de la realidad (simbolizado por Saturno).

El ser humano se ve impulsado por sus sentimientos, su deseo de amar, su afán de conocer al mundo (que se manifiesta en su curiosidad) y por el placer de moverse. Pero siempre tropieza con límites que lo frenan, ya sea protegiéndolo o causándole sufrimiento, límites que lo canalizan en direcciones determinadas y que debe también enfrentar.

Al topar con estas barreras, aparte de aprender a adaptarse a las realidades de la vida, la persona se va dando cuenta de la existencia del yo emocional, que se experimenta como algo diferente y opuesto al entorno y, de este modo, se vuelve cada vez más consciente.

La experiencia del yo va siendo cada vez más posible en este nivel (aunque al principio sólo emocionalmente) a medida que la persona tiene vivencias en las que se siente profundamente tocada por el amor o en las que choca con Saturno, las necesarias limitaciones y leyes sociales. De esta manera, en el proceso de experimentar la polaridad, la persona aprende a valorarse mejor a sí misma y a valorar mejor a los demás.

En el horóscopo, la Luna se siente bien en la zona del contacto, esto es, en las cuatro casas situadas entorno al horizonte, el espacio donde los contactos se activan de manera dinámica: el eje AC-DC o eje de encuentro (o de relaciones yo-tú). En estas casas (12, 1, 6 y 7), la Luna se siente lo bastante bien porque puede realizar contactos (aunque, por diferentes razones, en ocasiones puedan darse condiciones que no sean no tan agradables).

Incluso en la casa 12 (la casa del aislamiento), donde a veces se dan pocos o ningún contacto durante largos períodos de tiempo, la conciencia lunar está programada para el contacto. Esta posición proporciona un buen grado de *autoconciencia*, a pesar de que generalmente se considere que se trata de una casa pobre en contactos. Una Luna en la casa 12 no se siente frustrada (a no ser que tenga aspectos que la atenacen exageradamente y, tal vez, la bloqueen). Estas cuatro casas conforman el espacio clásico del contacto y en ellas, la Luna se siente bien.

En los sectores solar (arriba) y saturnino (abajo), en cambio, la Luna suele sentirse fatigada, pues el entorno espera que actúe de una manera que no corresponde a su naturaleza. Los comportamientos de seguridad que son la norma en la parte inferior del horóscopo le resultan agobiantes. La Luna quiere

relacionarse libre y espontáneamente siempre que surja la posibilidad y, en el espacio de abajo, no puede hacerlo con total libertad porque no le está permitido: «¡Esto no se puede hacer! ¡Qué van a pensar los vecinos!».

En este espacio, la Luna debe comportarse según las normas del colectivo pero, dada su necesidad de espontaneidad, lo vive como una limitación. En este caso, lo más sencillo es dedicarse a colectivos pero esto no resulta suficientemente satisfactorio para la Luna que busca, sobre todo, el contacto personal e individual.

En el espacio superior de horóscopo, la Luna debe comportarse como una especie de Sol y esto la fatiga. Para realizar tareas en la zona del individuo hay que tener irradiación propia y la Luna no la tiene. Como consecuencia, debe adoptar un rol, interpretar un papel con el que consiga producir una impresión en los demás. Y el único rol que la Luna puede interpretar con una cierta naturalidad es el rol de «simpático». Debe desplegar su simpatía, su parte más agradable, mostrarse siempre cariñosa y afectuosa: de esta manera recibe cierto *feedback*.

Esto es algo que se observa frecuentemente en las personas que de jóvenes se convierten en «estre-

llas». Lo esencial de su trabajo es «caer simpático». No necesitan tener un talento especial, con sólo gustar a su público pueden conseguir la fama durante un cierto período de tiempo. Esto es lo que, fundamentalmente, puede aportar una Luna situada en la parte superior del horóscopo.

Pero la fama suele estar ligada a la juventud y, con el tiempo, se desvanece. Como sabemos, la Luna está sometida a fases crecientes y menguantes, pues no tiene irradiación propia.

Las casa fijas (2, 5, 8 y 11) tampoco son posiciones favorables para la Luna pues, en ellas, se siente como «congelada», atrapada y sin posibilidad de moverse. En las casas fijas rige la estructura y la Luna se ve obligada a adoptar roles normalizados muy rígidos.

La estructura, en este caso, no proviene de la gran masa vital popular (que está en la parte inferior del horóscopo) sino de algún colectivo grande o pequeño, de instituciones sociales o de una minoría de la que forma parte, por ejemplo, una minoría espiritual (iglesia, secta o similar). La Luna debe comportarse aquí según los roles establecidos en el grupo al que pertenece, debe seguir la norma y no puede permitirse contactos fuera de la misma. En estas casas, el

miedo suele tener un papel importante. La persona es consciente de que está emocionalmente encajonada (es lo que llamamos una Luna «bocadillo»).

Aspectos entre los planetas del yo

Llegamos ahora a un elemento astrológico esencial para conseguir una comprensión adecuada de la *personalidad*: los aspectos entre los planetas principales.

De manera general, puede decirse que la Luna representa la experiencia que el niño tuvo de sus padres, entendidos como polos de referencia. La actitud de los padres en lo relativo a las cuestiones humanas y existenciales son, para el niño, un ejemplo en el que basará su comportamiento una vez adulto.

Los padres tienen pues la función de hacer de modelos de rol (ejemplos a emular). Primero, el niño imita estos roles, a medida que crece los va asimilando y, finalmente, se identifica con ellos (eso sí, con ciertos retoques, pues no copia exactamente a los padres sino que también incorpora cambios derivados del desarrollo de las imágenes guía).

Pero esto no es lo único que aprendemos de nuestros padres. También nos sirven de ejemplo de conducta lunar, esto es, nos muestran cómo debemos comportarnos en el amor. Esto lo hacen, por una parte, mediante la impronta que nos dejan en el desempeño de sus roles y, por otra, a través del comportamiento que exhiben en su relación. En el horóscopo, todo esto se ve reflejado en los aspectos que forman entre sí los tres planetas principales.

En el horóscopo del niño, la Luna muestra las fases vivenciales infantiles y, en especial, la actitud del niño con respecto a los padres. Esto se ve claramente en los aspectos entre la Luna, el Sol y Saturno (o en la ausencia de éstos). La existencia de aspectos indica la existencia de las relaciones correspondientes (hijo-padre/madre o padres entre sí).

Relación padre-niño y madre-niño

Los aspectos Sol-Luna indican cómo fue la relación entre el padre y el hijo. Y los aspectos Saturno-Luna, cómo fue la relación entre la madre y el hijo. De manera general, pueden diferenciarse los significados siguientes:

- **Conjunción** = Vínculo muy fuerte
- **Cuadraturas y oposiciones** = Relaciones con tensión o fricción, o exigencias de rendimiento
- **Trígonos y sextiles** = Relaciones armónicas y suaves, pero también vínculo fuerte. A menudo, obligación de portarse bien
- **Semisextiles y quincuncios** = Relaciones indeterminadas, anhelo de relación, relaciones muy mentales o pronunciadamente sensoriales. Depende de los signos y las casa involucradas.

Cualquier tercer planeta en conjunción puede indicar necesidades o condiciones adicionales.

Aspectos azules ✖ △

Los aspectos azules (sextil o trígono) indican que la relación fue agradable, armónica, poco complicada o con una gran dedicación en sentido positivo (sobre todo, muy imparcial). El niño mostró una gran confianza hacia los padres y aceptó incondicionalmente el tipo de comportamiento que le sugirieron.

Aspectos rojos ☊ ☋ ☌

Con aspectos rojos (cuadratura y oposición) la relación con los padres fue tensa o cargada de conflictos. Esto no significa necesariamente que hubieran peleas y golpes, tal vez fue sólo una constante tensión subliminal. Quizás el niño fue sermoneado a menudo o se sintió incomprendido y relegado.

Los aspectos rojos indican la existencia de una tensión intensa que, en el caso de la oposición, puede manifestarse incluso como hostilidad o distancia hacia el padre o la madre.

Aspectos verdes ♁ ♋

La existencia de aspectos verdes (30° y 150°) indica que la relación se caracterizó por una cierta ambivalencia. Fue una relación que no dio demasiado de sí, que osciló entre la esperanza y la renuncia (aunque, precisamente por esto, se creó un vínculo fuerte. El niño siempre esperaba recibir pero recibía poco. A veces, el vínculo está confirmado sólo por el hecho de que el niño tuvo que renunciar constantemente, aunque en su interior continuaba esperando algo los padres.

El semisextil indica que la relación no fue intensa, sino más bien de un intercambio de información que el niño no siempre se tomó en serio. El quincuncio (que se extiende hasta el otro lado de la carta) señala una cierta distancia con respecto al padre o la madre que el niño pudo haber vivido como algo desagradable o doloroso. Pero, de ahí también la esperanza de encontrar, algún día, el camino hacia el padre o la madre (aspecto de anhelo).

La relación de los padres

La relación entre los padres está representada en el horóscopo por los aspectos entre el Sol y Saturno. Esta relación es enormemente importante para el niño, que la observa cuidadosamente. Si el aspecto es una cuadratura o una oposición (aspectos rojos), la relación es tensa o de distanciamiento.

En el caso de la cuadratura, se dan discusiones intensas entre los padres que, en casos extremos, pueden incluso traducirse en violencia física. La oposición se manifiesta como una actitud rígida entre los padres, un comportamiento en el que cada uno desempeña su rol de manera muy estricta y con una gran distancia entre ambos. Podemos imaginarnos a los padres sentados frente a frente en los extremos de una larga mesa con muchas sillas vacías y el niño

sentado en una de ellas. Esta imagen refleja muy bien una oposición entre el Sol y Saturno: los padres en sus respectivos roles rígidos sin encontrar vías de acceso del uno al otro. Con este aspecto, una vez adulto, el individuo puede tener dificultades en el amor porque, inconscientemente, buscará a una pareja con la que pueda repetir el comportamiento según roles que ha visto en sus padres.

En caso de aspectos azules, la relación entre los padres fue armónica, distendida y tal vez extremadamente cariñosa (aunque esto depende también de los signos).

Si el Sol y Saturno están unidos por aspectos verdes, estamos ante una relación ambivalente y de carácter informativo. Los padres vivían juntos y, de vez en cuando, se comunicaban para mantener la relación viva. El quincuncio indica una cierta frialdad entre ambos, pero sin llegar a la rigidez de la oposición. Es más bien una relación mental sin profundizar.

La conjunción tiene siempre la característica de fusionar los dos planetas en un sólo factor. Si el Sol está en conjunción con Saturno, los roles del padre y la madre se mezclaron tanto, que resulta imposible distinguirlos. ¿Quién hizo de padre y quién de madre? Las imágenes de rol no están claramente dife-

renciadas en la conciencia del niño y las vive como una función única. Esto continúa así en la vida y, como la persona desempeña los roles de padre y madre, tiene dificultades para ser un verdadero hombre (si es varón) o una verdadera mujer (si es mujer).

La persona cae, una y otra vez, en uno de estos comportamientos extremos, lo que resulta irritante para el entorno, pues lo percibe como algo raro. También se producen dificultades con la pareja, que desea vivir el rol que le corresponde a su sexo.

En el caso de la conjunción Luna-Saturno o Luna-Sol, el niño se identificó intensamente (de una manera que casi roza el complejo) con la correspondiente parte paterna. En este caso es importante tener en cuenta el sexo. La identificación con la figura paterna del otro sexo puede ser una de las causas de una futura homosexualidad. La identificación de un niño varón con la madre a través de una conjunción Luna-Saturno, es *una* de las posibles condiciones previas para la homosexualidad. Del mismo modo, la identificación de una niña con el padre debido a la conjunción Luna-Sol, puede ser la base de una posible orientación lésbica en el futuro. No obstante, este efecto en la orientación sexual se producirá sólo si,

al mismo tiempo, los planetas de la libido (Marte y Venus) contienen también estos componentes.

Ausencia de aspectos

Hasta ahora hemos visto los aspectos entre los planetas principales. Pero en muchos casos, estos aspectos no existen.

No podemos partir de la base de que para que exista algún tipo de relación entre los padres o entre cada uno de los padres y el niño, deban existir necesariamente aspectos entre el Sol y Saturno o entre éstos y la Luna. La ausencia de aspectos es lo más frecuente y, por lo tanto, normal.

Todo aspecto Luna-Sol o Luna-Saturno indica una dependencia del niño con respecto al padre o la madre y dificulta el proceso de deshacerse adecuadamente de los vínculos paternos en el momento de la emancipación del hijo. Es como tener una ancla atada a la pierna. Esto es válido para ambos padres.

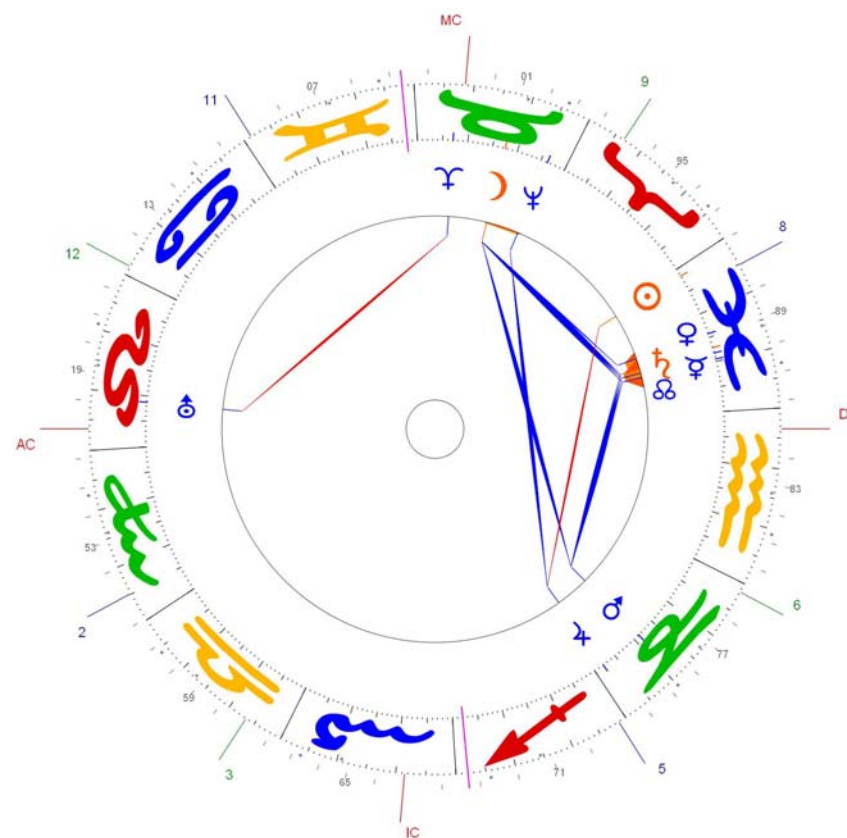
Si los planetas principales no tienen aspectos, tenemos el caso contrario. Si se trata de Saturno inaspectado, no existió relación con la madre. Tal vez fue una madre muy activa con el síndrome de la «gallina clueca», pero no logró establecer una relación que

fuera provechosa para el niño. Lo mismo es válido para un Sol sin aspectos: el niño no obtuvo nada esencial del padre, no desarrolló ninguna tendencia emocional o de otro tipo hacia él, no hubo relación. Si el Sol y/o Saturno están inaspectados o se encuentran en una figura separada de la parte de la estructura de aspectos en la que se encuentra la Luna, el niño no pudo desarrollar una relación profunda con el padre o la madre. Es como si fuera huérfano de padre o madre.

Si la Luna no tiene aspectos con ningún otro planeta, es como un niño sin padres. Se siente desarraigado, como un niño abandonado o huérfano de ambos padres. No pudo desarrollar una relación auténtica ni con el padre ni con la madre.

Ejemplos prácticos

Veamos ahora, en la práctica, lo que hemos explicado como teoría. Para ello, nos centraremos en los horóscopos de algunas personas notables e intentaremos constatar si nuestra interpretación de los planetas principales concuerda con sus vidas.



Edgar Cayce, sanador y vidente
18.3.1877, 15:30, Hopkinsville/KY/EUA

¿Cuál es el planeta de la *personalidad* más importante en el horóscopo de Edgar Cayce: el Sol, la Luna o Saturno? Como sabemos, tenemos unos criterios de valoración exactos para responder a esta pregunta. Un planeta está fuerte por signo cuando se encuen-

tra cerca de los 12°. A principios y finales de signo, está débil. La Luna está a 11° de Tauro, es decir, se encuentra en la parte del signo que consideramos fuerte. En cuanto a su posición por casa, se halla cerca del punto de reposo (orbe entre 2° y 5°, según el tamaño de la casa). Así pues, la Luna está fuerte por signo y débil por casa.



El Sol está a 28° de Piscis. Es una posición débil por signo. Por casa se encuentra cerca del punto de inversión. En la cúspide, las energías actúan intensamente hacia fuera, esto es, de manera expansiva. En el punto de reposo actúan hacia dentro, de manera introspectiva, hay fuerzas de freno que dificultan los efectos externos. Y en el punto de inversión, las fuerzas expansivas de la cúspide se encuentran con las fuerzas de freno del punto de reposo. Las cosas se concretan. En su utilización optimizada, las fuerzas pueden emplearse como un rayo láser, de manera concentrada y dirigida, apuntando hacia el tema principal.

Este Sol cerca del punto de inversión tiene la justa medida y puede emplearse como un rayo de energía vital para producir efectos en el entorno de manera

dosificada. Así pues, el Sol está débil por signo (28°) pero relativamente fuerte por casa.

La posición más fuerte del Sol es cuando se halla en la cúspide de una casa. El Sol, como principio de expansión y símbolo de la fuerza vital, tiene cierta similitud con la cúspide de una casa porque actúa hacia el exterior.

Saturno está casi a 13° de Piscis y en punto de reposo, esto es, fuerte por signo y débil por casa.

Resumiendo, dos planetas principales se hallan en punto de reposo y uno en punto de inversión. No hay, por lo tanto, ningún factor de cúspide.

Esto da la siguiente posibilidad de interpretación del conjunto de la personalidad: como no hay ninguna posición en cúspide, no estamos ante una personalidad que pueda actuar de manera extrovertida, produciendo efectos en el exterior. El éxito, el reconocimiento, etc. que están asociados a las posiciones de cúspide, no son importantes para esta persona. La Luna y Saturno en punto de reposo indican que esta personalidad está esencialmente orientada hacia el interior. Las exigencias del yo ante el mundo no se ven satisfechas fácilmente. Esta persona experimentará desilusiones en la vida y estará contenta por el

hecho de que estas energías vitales, que normalmente se dirigen hacia fuera, estén orientadas hacia dentro.

Los puntos de reposo son caminos de acceso al centro (representado por círculo central del horóscopo), que es la sede de nuestra esencia, de nuestro *yo superior*. Los puntos de reposo son posiciones en las que la persona puede sintonizar con la voluntad central. El paso del punto de la edad por un punto de reposo es siempre un período de introspección.

Una persona que ha nacido con las fuerzas de la *personalidad* y del *yo* orientadas hacia el interior está siempre en un constante intercambio con su centro. Si es consciente de esta orientación interior y emprende el camino de la espiritualidad, podrá alimentarse de sus fuentes interiores.

Éste es el caso de Cayce. Sabemos quién fue, qué anhelo en su vida y tenemos pruebas de que tenía contacto con otras dimensiones. Tenía capacidades parapsicológicas que están indicadas en su horóscopo.

Neptuno en conjunción con la Luna (en el pasado, esta conjunción se conocía con el nombre de aspecto de médium) tiene que ver con capacidades parapsicológicas, especialmente en punto de reposo. Es-

tas personas están abiertas a influencias trascendentales. Si desarrollan estas capacidades conscientemente a lo largo de su vida, si siguen el camino interior, estas capacidades se refuerzan. El triángulo azul indica un talento que se activa sin esfuerzo.

Saturno se encuentra bien en punto de reposo pues su cualidad sintoniza bien con el principio de la contracción de fuerzas, la cristalización y la estabilización. Si se halla en punto de reposo, que es un punto de contracción de energías, está en una posición que corresponde a su cualidad. Así pues, la posición por casa de Saturno es más fuerte que la de la Luna. ¿Por qué?

La Luna se encuentra también en punto de reposo. Saturno está casi a 13° y la Luna a 11°. Con esta pequeña diferencia no podemos afirmar que Saturno esté más fuerte que la Luna. Hay, además, un intercambio en el sentido de que Saturno está en un signo mutable y la Luna en un signo fijo.

La Luna es el principio mutable y receptivo, que debería estar siempre abierto y, en un signo fijo, se ve limitada. Por su parte, Saturno se halla en un signo mutable (donde la Luna quisiera estar). Desde el punto de vista de los signos, estos dos planetas están cada uno en un signo que le va mejor al otro.

A modo de conclusión podemos decir que Saturno es el planeta más fuerte, seguido de la Luna. En cuanto al Sol, si su posición es cerca del punto de inversión está bien, recibe muy poca energía del signo pues está a 28°.

Veamos ahora la estructura de aspectos. ¿Cuál es el planeta del yo más fuerte, esto es, cuál está mejor escoltado? Es Saturno, pues es el que tiene más aspectos. El Sol está unido a la figura de aspectos sólo a través de una cuadratura con Júpiter.

Al prestar atención a estos elementos, no debemos caer en el error de hacer una valoración parcial. Lo esencial es la valoración global de la personalidad. ¿Cómo actúan estos tres factores conjuntamente?

La posición por casa y signo de Saturno, el yo físico, indican que Cayce tiene tendencia a retraerse en sí mismo y que no muestra grandes exigencias del yo.

La cualidad del signo de Piscis (o de la casa 12) tiene que ver con la abnegación y la disolución del yo. Las personas Piscis tienen tendencia a retirarse, a interiorizar y, (lo siguiente es válido para todas las personas) cuando la progresión de la edad pasa por este signo, surge el interés por buscar el contacto con el ámbito trascendental, con el alma.

En lo referente a las cuestiones materiales, a Saturno en Piscis no le resulta difícil conformarse con el sacrificio, con las necesidades no satisfechas. En este sentido, Cayce no tuvo una vida materialmente holgada y nunca consiguió los recursos económicos para realizar lo que pretendía. Pero, como podemos ver en la posición de Saturno en Piscis y en punto de reposo, tampoco lo consideraba importante.

La Luna, el planeta de los sentimientos, tampoco tiene grandes exigencias cuando está en punto de reposo. Y, en caso de tenerlas, sólo conseguiría satisfacerlas de manera limitada. Tauro necesita afecto personal, piensa mucho sí mismo y tiene que desarrollar un yo fuerte. Una Luna Tauro tiende a manifestar claramente sus necesidades (es un signo de tierra) y quiere satisfacerlas. En el caso de Cayce, si bien los aspectos ayudan a hacerlo, la posición en punto de reposo indica que no lo hace en voz alta, de manera exigente y sin inhibiciones, sino más bien de manera sutil, introvertida y con un gran idealismo.

¿Por qué lo interpreto así? Para comprender bien a la Luna, hay que tener en cuenta también a Neptuno que, como sabemos, representa el ideal del amor superior. En la tabla de planetas, la Luna y Neptuno están en la columna central. Simbolizan los principios del amor (en realidad, los principios de contacto) y su

posición en la tabla muestra la sintonía que hay entre ambos planetas.

En el horóscopo de Cayce, para interpretar a la Luna, el principio receptivo, debemos tener en cuenta que está en punto de reposo, en conjunción con Neptuno y que ambos tienen aspectos azules. No hay ningún aspecto de tensión que pudiera generar perturbación. Con los aspectos azules, las energías o las necesidades fluyen en perfecta armonía.

La Luna de Cayce, en su calidad de yo emocional, refleja a Neptuno. Los sentimientos están siempre abiertos (recordemos el símbolo de la Luna) y quieren recibir reconocimiento. La Luna necesita un tú a quien amar y, con Neptuno, un ideal de amor humano universal. Hemos identificado a la Luna con el niño. Un niño necesita su capacidad de reflejar para que el entorno lo reconozca, proteja, cuide y eduque.

Cuando hablamos de espíritu, alma y cuerpo, relacionamos el principio de la Luna con lo anímico. En este sentido, podemos decir que esta Luna está abierta hacia arriba y hacia el interior.

Hacia arriba en dirección a Neptuno, símbolo del principio superior del amor, lo trascendental y el amor divino. Pero, por su posición en punto de repo-

so, está abierta también hacia el interior. Y, por tratarse de una Luna Tauro, muestra inclinación hacia los valores emocionales y los placeres.

La Luna tiene, además, un sextil con Saturno que, como sabemos, representa el yo físico, el impulso del ser humano a mantenerse vivo físicamente. Un impulso de conservación que tiene que ver con la seguridad, la capacidad de cerrarse y la percepción del espacio del yo en lo referente a lo físico.

Como Saturno tiene que ver con la conciencia de la realidad, existe la posibilidad de asegurarse un lugar en el mundo. Una persona con un buen Saturno, puede crearse un espacio físico donde establecerse y defenderse de posibles ataques. Confiere estabilidad.

Y, si se halla en el signo trascendental de Piscis, en el punto de reposo de la casa 7, con Venus, Mercurio y el Nodo Lunar, en sextil con la Luna y Marte... ¿Cómo puede conseguir seguridad en este caso el yo físico?

Ya hemos destacado una característica espiritual desde el punto de vista de la Luna: un ego refinado. Pero ¿qué sucede en el plano físico? En cuanto al signo también estamos ante un ego sutil, porque Piscis es un signo mutable, de agua y permeable. Se

puede decir que el Saturno de Cayce es permeable a la vida interior y, en el punto de reposo, también lo es a las fuerzas espirituales.

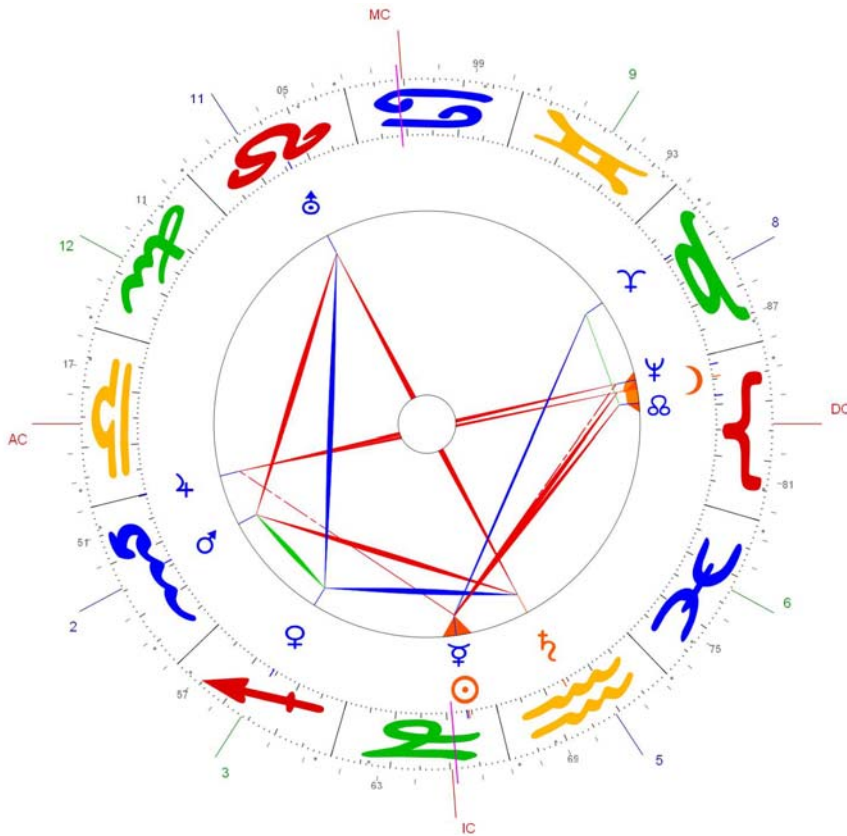
Según mis observaciones, las personas con Saturno en Piscis no tienen tendencia a cristalizar físicamente (esto sucede más bien con Saturno en signos fijos), porque Piscis refina a Saturno, lo hace permeable, lo ablanda. En sus «lecturas» en estado hipnótico, Cayce daba indicaciones de cómo sanar el cuerpo de sus consultantes. Daba una gran importancia a la espiritualidad. Aconsejaba cambiar de vida y poner en orden los pensamientos (casa 9, Mercurio y Venus). La casa 9 exige conciencia, pensamiento propio, responsabilidad y dominio de uno mismo.

Veamos ahora el Sol como último factor. La función del yo consciente en el nivel mental está caracterizada por cualidad de Piscis (28°). Las personas nacidas en Piscis no pueden demostrar fácilmente su *autoconciencia* a través del intelecto, pues son personas más bien emocionales. No les resulta fácil percibir conscientemente este yo en sí mismas en el nivel mental. Un Sol Piscis en la casa 8 sufre bajo la estructura de la sociedad, bajo los mecanismos de obligación y al tener que enfrentarse a las exigencias del tú, del entorno y de las estructuras.

El Sol está unido a la estructura de aspectos sólo a través de la cuadratura con Júpiter, lo que nos indica que no está completamente integrado. Esto nos permite concluir que la capacidad del triángulo de talento azul no pudo ser integrada desde el pensamiento. Esto debió ser un problema para Cayce y, probablemente, fue la causa de que la sociedad sospechara de él. El hecho de que no le tomaran completamente en serio, de no sentirse plenamente aceptado le hizo sufrir.

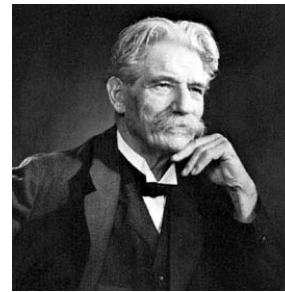
Júpiter es la percepción a través de los sentidos, la capacidad de valorar. Con una cuadratura Sol-Júpiter, la persona se valora mal a sí misma o está mal valorada por el entorno. La capacidad de valorar se ve perturbada porque Júpiter no percibe las proporciones correctamente.

Si tenemos los sentidos despiertos, vemos si las cosas encajan (o no) allí donde se encuentran y nos damos cuenta de sus interrelaciones. En el pasado, Júpiter se consideraba el planeta de la fortuna y el éxito: los sentidos despiertos permiten funcionar y reaccionar correctamente.



Albert Schweitzer
14.1.1875, aprox. 23:50, Kaysersberg (Alsacia)/F

El Sol de Albert Schweitzer está a 24° de Capricornio, justo después del IC, entre la cúspide y el punto de inversión de la casa 4. Saturno, a 14° de Acuario (signo en el que se siente bien, pues es fijo), está un poco antes de la cúspide de la casa 5.



Como sabemos, el Sol se encuentra mejor arriba y Saturno abajo. En este caso, Saturno está más fuerte por signo y casa que el Sol, que se encuentra situado en la parte baja del horóscopo.

La Luna está 26° de Aries, en el punto de inversión de la casa 7. El signo y la casa son cardinales y la energía por signo es débil, pues está a finales de signo.

Saturno, el principio físico, la forma, la cristalización y la estabilización es, pues, en Acuario y cerca de la casa 5, el planeta de la *personalidad* más fuerte, seguido de la Luna (que, como principio de contacto, se encuentra bien en el lado del tú) y después del Sol. Debe destacarse también que el Sol y la Luna forman (con el Nodo, Neptuno, Júpiter y Plutón) una figura separada del resto de la estructura de aspectos.

La cuadratura Sol-Luna indica la existencia de una relación conflictiva entre el padre y el hijo, una relación fuerte pero tensa. La Luna, el principio sensitivo, el deseo de contacto y amor, sufre con la cuadratura y debe reaccionar de alguna manera para compensar el conflicto con el padre.

Como el Sol simboliza la *autoconciencia*, esta cuadratura se vive como un problema de *autoconciencia*, un problema de motivación del *yo*, a pesar de la existencia de la conjunción Luna-Neptuno, que es la capacidad de unir el *yo* emocional (Luna) con una dimensión del amor más elevada (Neptuno). Neptuno es el amor humano universal, el principio humanitario, algo que quiere llevarnos a la negación del *yo*, a metas transpersonales, a ámbitos más elevados del amor y de la ayuda a los demás en un marco más amplio.

En el caso de Schweitzer, el ideal del amor está unido a los deseos del *yo*, pero no sin conflictos. Hay una lucha: debe buscar un camino de desarrollo para poder entregar al tú los ideales superiores de Neptuno junto con los sentimientos del *yo* de la Luna (Luna-Neptuno en la zona del tú).

La situación de la Luna en el punto de inversión indica que, de alguna forma, quiere hacer realidad este ideal superior (el punto de inversión siempre exige realización). Pero la cuadratura del Sol está permanentemente ahí, es decir, en este proceso se proyecta un problema del *yo* en forma de motivación colateral. Y la Luna Aries (debido al signo) pide también reconocimiento de su valía, confirmación del *yo*.

¿Cómo se intenta proyectar y resolver el problema del *yo* con el Sol en el IC? Pues en un colectivo determinado, en el que Capricornio pueda dejar su impronta (no un colectivo difuso como podría ser en el caso de Cáncer o algún signo mutable). Como sabemos, Capricornio y la casa 10 tienen que ver con la vocación, y las personas Capricornio siempre desean que se les confíe alguna tarea para poder experimentarse a sí mismas (necesitan una profesión en la que emplearse a fondo y poder realizarse plenamente).

Schweitzer necesitaba tener poder sobre un colectivo determinado. La motivación es muy importante para conseguir una buena comprensión del *yo*.

Mercurio está cerca del Sol. El pensamiento está conectado al *yo*. La capacidad intelectual está orientada siempre hacia sí mismo. Se trata de un pensamiento subjetivo.

La cuadratura Júpiter-Sol significa que las capacidades físicas se valoran mal. Schweitzer juzgó mal muchas cosas: su *autoconciencia* (Sol), el problema con su padre y las situaciones reales de su entorno. Por eso proyectó en su trabajo el ego que el entorno no le había reconocido. Tuvo contrariedades en su tarea

en el colectivo, que no correspondían al ideal que exigía su Neptuno.

Debemos tener en cuenta también el Nodo Lunar que nos señala en qué dirección dar el primer paso para avanzar en el proceso de desarrollo. El Nodo está cerca del punto de reposo de la casa 7 (orbe de 5°), indicando que ahí hay que desarrollar algo: la capacidad de enfrentarse conscientemente al tú con la sensibilidad que ya se posee. La conjunción Luna-Neptuno da una gran sensibilidad porque permite a la Luna reflejar un espectro mayor.

Albert Schweitzer pudo, finalmente, emplear ambas cosas para el bienestar del tú. Ésta era realmente su aspiración, en su actividad de ayuda a los demás. Asumir esta tarea con personas de países en vías de desarrollo fue muy importante para él pues representó la posibilidad de solucionar su propio problema.

Psicosíntesis astrológica

La psicosisíntesis astrológica se fundamenta en las ideas del Dr. Roberto Assagioli (Florencia, Italia, 1888-1974) que, ya en 1911, postuló lo siguiente:

1. El ser humano posee un centro espiritual que constituye su esencia vital: el *yo superior*
2. La *personalidad* se construye alrededor de este centro.

Mis tres años de trabajo como ayudante de Assagioli en Florencia me dieron la oportunidad de profundizar en los principios y las técnicas de la psicosisíntesis y, sobre la base de estos conocimientos, empezar a elaborar un nuevo modelo conceptual astrológico. Progresivamente surgió en mí una psicología que unía los conocimientos psicológicos modernos con el fondo de saber astrológico.

Esta síntesis de psicología y astrología permite (1) obtener una comprensión diferenciada de la personalidad y (2) llevar a cabo un proceso de integración y remodelación del ser humano como globalidad: una psicosisíntesis.

Este nuevo punto de vista hace posible reconocer las raíces de la causalidad del comportamiento de las personas y hacer justicia al ser humano en su verdadero ser. Por eso, también, las valoraciones de tipo «bueno» o «malo» quedan descartadas.

La integración de la *personalidad* tripartita se realiza a partir del planeta del *yo* más fuerte y la psicósíntesis se produce en el centro esencial del ser humano.

El círculo central que dibujamos en el horóscopo simboliza este centro esencial del ser humano. Es importante destacar que, en la representación, lo dejamos en blanco, sin atravesarlo con los aspectos.

Assagioli describe este centro como un espacio unificador que todos (consciente o inconscientemente) anhelamos alcanzar y se refiere a él como *yo trascendental* o *yo superior*.

En realidad, Assagioli distingue entre el *yo*, el *yo personal* (*la personalidad*) y el *yo superior* (que considera lo mismo que la conciencia trascendental). El objetivo de la psicósíntesis es tomar conciencia de este centro como fuerza productora de la síntesis.

El hecho de que, en psicología astrológica, dejemos el círculo central del horóscopo (símbolo del centro

del ser humano o del *yo superior*) abierto y sin líneas, es una invitación a ir en su búsqueda.

En mis cursos he observado numerosas veces como, el mero hecho de exponer esta nueva concepción del ser humano a los alumnos, les estimula a empezar a contemplar su vida de una manera nueva, a valorarla de otro modo e incluso a introducir cambios importantes en su actitud y su realidad vitales.

Considero que este trabajo es un aprendizaje excelente para avanzar en el proceso de expansión de conciencia y de remodelación de la personalidad. Este proceso en el que, mediante el horóscopo, la persona toma conciencia de cómo es en realidad, se identifica con lo que descubre sobre sí misma y, al remodelarse como globalidad, llega a una nueva síntesis, se denomina *psicósíntesis astrológica*.

Los tres planetas transpersonales (Urano, Neptuno y Plutón) juegan un papel esencial en este proceso puesto que producen una transformación de la conciencia hacia los ámbitos espirituales de la percepción humana.

Los tres planetas espirituales: Urano, Neptuno y Plutón

La visión global del estado de la *personalidad* tripartita que hemos obtenido hasta ahora nos proporciona una base sólida para comprender y afrontar las dificultades y crisis que se producen en el proceso de crecimiento espiritual.



Pero nuestro modelo astrológico nos ofrece también soluciones para estas crisis: la clave está en los tres planetas espirituales, que son las fuerzas transpersonales esenciales. Hace 500 años, las posibilidades de las que hablaremos a continuación no existían en la misma medida que en la actualidad o, en todo caso, estaban sólo al alcance de pocas personas.

Desde el punto de vista astrológico, esto se debe a que en el pasado estos planetas aún no se conocían y, en consecuencia, su funcionalidad no estaba disponible para la humanidad.

Hay una diferencia de gran importancia entre los tres planetas transpersonales y el resto de planetas. Los

siete planetas clásicos se ven a simple vista, en cambio, los nuevos planetas sólo se pueden ver con la ayuda de un telescopio. No podemos comparar estos dos grupos de planetas pues, como vemos, ya en el nivel físico nos encontramos con que pertenecen a órdenes diferentes.

La perspectiva histórica nos permite comprender que los nuevos planetas tienen que ver, en realidad, con nuevas capacidades del ser humano que antes no estaban activas en la humanidad (al menos como fenómeno de masas).

Son características nuevas del ser humano: capacidades inmateriales, es decir, espirituales. El hecho de que no podamos ver los nuevos planetas a simple vista significa que se hallan en un nivel espiritual, en un plano más sutil que no somos capaces de percibir con nuestros sentidos. Debemos, pues, considerarlos de una manera distinta de cómo contemplamos a los demás planetas. Por eso, en la tabla de planetas, los agrupamos como una clase especial.

Desde el punto de vista cualitativo, la forma de funcionamiento de estos planetas nos resulta bastante familiar (podemos establecer relaciones con las tres cruces). Pero estos planetas pertenecen a otra dimensión: el ámbito transpersonal. Sus efectos son

diferentes de los que producen los planetas clásicos. Tienen connotaciones de nivel superior. Cualitativamente, Urano tiene afinidad con Saturno, Neptuno con la Luna y Plutón con el Sol. Esto nos da, ya, ciertas indicaciones de su significado pero, para llegar a comprender las cualidades puras que definen de manera decisiva a estos planetas, debemos matizar, pulir y elevar de nivel las cualidades conocidas de las que partimos. En cierto modo, debemos llevarlas a «una octava superior».

En los planetas de la *personalidad*, el concepto clave es el *yo*. Pero, para comprender los nuevos planetas, debemos trascender el *yo*. Las funciones de los planetas transpersonales son puramente espirituales y, si bien cualitativamente muestran una sintonía con las funciones de Saturno, la Luna y el Sol, hay una diferencia esencial: no contienen ningún *yo* (el ego está excluido).

En mi trabajo de asesoramiento y terapia, he constatado numerosas veces la importancia de tener en cuenta estos órganos espirituales. Su empleo como «nuevos factores de integración» es especialmente adecuado en el caso de dificultades en el ámbito de la personalidad, pues este enfoque permite resolver problemas que no se pueden solucionar en los niveles (inferiores) que nos son más familiares.

Es esencial que comprendamos bien este planteamiento básico porque, de lo contrario, nos formaremos una imagen distorsionada y exclusivamente negativa de los planetas transpersonales (como la que reflejan numerosas obras de la bibliografía astrológica disponible).

Parece que, en general, no se comprende que estos planetas tienen que ver con niveles de referencia completamente diferentes de los normales. No son ámbitos de la personalidad en el sentido habitual, sino octavas más altas de estos ámbitos, situadas en el plano espiritual. Por supuesto, es fácil malinterpretar a estos tres planetas: en primer lugar si no tenemos ningún concepto sobre las dimensiones espirituales y, en segundo lugar, si los utilizamos egoístamente para mejorar la imagen de nuestro *yo*. En estos casos, no los experimentamos como características individuales sino como puntos de conexión fatales con el destino del colectivo. Aunque el individuo no sea consciente de ello, estas fuerzas actúan sobre él.

En este caso son los verdaderos puntos de contacto con los acontecimientos que tienen lugar en el colectivo y que reciben el nombre de «destino colectivo». Ésta es también la razón de que, inmediatamente después del descubrimiento de los nuevos planetas,

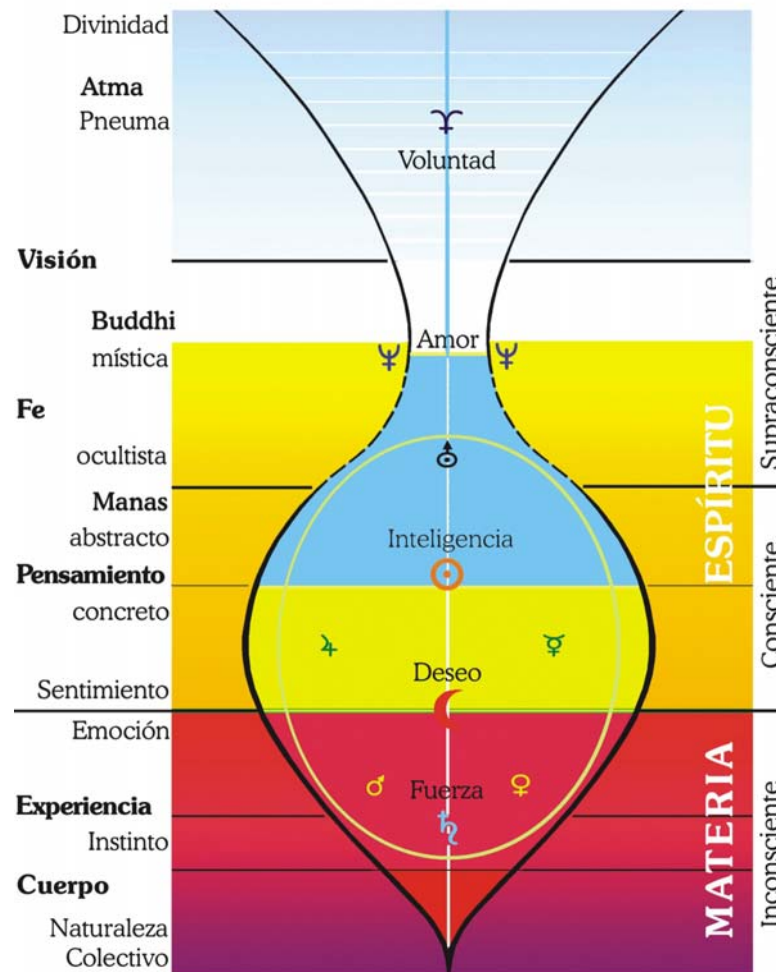
se constataran sus efectos negativos: acontecimientos sensacionales, destrucciones, catástrofes, perversidades, etc. Si la persona no vive y cultiva los planetas transpersonales en el plano individual, se ve automáticamente envuelta en el destino colectivo.

El colectivo se ve sometido a perturbaciones que no son características del individuo en sí, sino de la unión de las muchas personas que viven en colectividad y se reconocen como tal.

Los efectos positivos de los tres nuevos planetas sólo pueden ser experimentados por una conciencia individual que sintoniza con las motivaciones supra-personales y transpersonales, y puede convertirlas en realidad. Esto es algo que cada vez más personas pueden hacer en la actualidad. Y éste es el camino que conduce a la *psicosíntesis astrológica*.

Para facilitar la comprensión de este proceso, he creado un modelo de constitución del ser humano que llamo «ánfora» o, simplemente, «botella». Distingo entre la conciencia individual o personal en el vientre de la botella y la conciencia espiritual en la parte superior.

Ánfora Modelo de transformación



Niveles de desarrollo de Saturno a Plutón

La constitución del ser humano

En el dibujo del ánfora o botella, los planetas están dispuestos en la vertical, indicando que esta alineación conduce a una sincronización de la personalidad tripartita con las funciones superiores simbolizadas por Urano, Neptuno y Plutón.

Neptuno, como función de amor superior, representa el «cuello de botella» por el que debe pasarse en toda evolución hacia un nivel superior. Saturno, en cambio, se encuentra en el punto más bajo, como si fuera el peso de una plomada, indicando el anclaje físico y, al mismo tiempo, la firmeza interior. Un enfoque completamente nuevo, que contempla a Saturno como principio corporal-material, conduce a la liberación y la transformación de toda la personalidad, posibilitando la síntesis de los tres planetas superiores con los tres planetas principales.

La botella tiene unos límites tangibles y experimentables: el cristal de la botella. A medida que subimos hacia arriba, en el hombro de la botella, la pared se vuelve algo permeable. También hay un cuello de botella... ¡Como debe ser! En la parte exterior hay unos conceptos que describen los diferentes niveles. Se podría decir que los dos niveles inferiores (tres en el interior de la botella) son los que el ser humano

medio emplea en su vida cotidiana. Esto corresponde a lo que hemos descrito como *personalidad*: Saturno (el cuerpo físico), la Luna (la psique, el mundo emocional, el mundo de los sentimientos) y el Sol (el intelecto, la razón, el conocimiento...). Los diferentes niveles se dibujan separadamente para facilitar su comprensión pero, en realidad, estas funciones se interpenetran de manera distinta en cada persona.

Tenemos tres sectores principales caracterizados por los tres planetas principales. En ellos reside lo que hemos definido como *yo* en sus tres formas de representación y experimentación.

En el nivel inferior vemos a Marte y Venus, y en el nivel central a Júpiter y Mercurio. De esto se desprende que el desarrollo del ser humano empieza con su nacimiento y avanza a través de los diferentes niveles hasta convertirse en adulto.

Pero el desarrollo no acaba aquí. En su vida sucede al menos una cosa a la que no puede oponerse bajo ninguna circunstancia, algo espiritual: el amor. El amor produce (también en el ser humano corriente) las irrupciones de avance más intensas. Ya hemos hablado de la función del amor en relación con la Luna. La Luna es capaz de amar *per se*, pero este amor está siempre acompañado de un: «Yo también

quiero ser amada», es decir, que el yo desempeña un papel en este proceso. A través de este: «Quiero ser amada», la persona se experimenta como yo lunar.

Pero, en algún momento de su vida, el ser humano puede amar sin ser amado y, no obstante, parecerle bien. Esto es una irrupción que proviene del amor verdadero. Este amor no es egoísta. En estos momentos la persona ama pero no necesita ser amada, no quiere poseer a la otra persona. Intenta vivir un amor sin condiciones que corresponde a un ideal: Neptuno. Son irrupciones que provienen del espíritu, ámbito al que la persona tiene un acceso más fácil en estos momentos de la vida.

Hay también otra manifestación que, si bien no resulta fácil de definir clara y conscientemente como espiritual, también lo es. Se trata de la irrupción de lo espiritual que se da, a menudo, en los científicos: Urano. No me refiero al típico académico, sino al verdadero científico e investigador.

Hay muchas personas situadas al margen de la investigación científica establecida, que se esfuerzan por buscar soluciones que no se encuentran en los lugares habituales y conocidos. Emprenden caminos no explorados que conducen a conocimientos nue-

vos. Lo vemos claramente en el caso de la astrología. Los astrólogos trabajamos con Urano. Nos esforzamos por llegar más allá de lo conocido. No encontramos soluciones dentro del saber establecido y buscamos más allá, traspasando las fronteras de lo que se considera «normal». Al trabajar con la astrología, nos situamos fuera de la ciencia oficialmente reconocida y, de esta manera, dejamos atrás la seguridad que proporciona la ciencia (pues el saber establecido confiere seguridad).

La capacidad de investigar en un espacio normal y conocido se ejerce con el Sol, con la ayuda de Júpiter y Mercurio, y esto conduce a unos conocimientos seguros. Pero, en cierto modo, estos conocimientos precipitan hacia el ámbito de Saturno (zona inferior del ánfora) y es ahí donde quedan almacenados. Las academias y universidades son instituciones físicas que transmiten los conocimientos que se han ido acumulando y reelaborando ahí abajo. El saber cristaliza y adopta formas físicas en la zona saturnina del cerebro físico, los libros y los ordenadores (que son equivalentes al cerebro).

Entre los muchos científicos académicos, hay pocos que sean también investigadores. Muchos son solamente «guardianes» de los conocimientos tradicionales y bloquean toda innovación. ¿Por qué debería

moverse Saturno si no tiene una buena razón para hacerlo? Ésta es una máxima que también siguen los científicos. El científico es también un ser humano que depende de lo que tiene. Utiliza lo que tiene disponible y, de esta manera, puede funcionar. Pero cuando aparece algo nuevo, el viejo orden se ve perturbado y esto supone dificultades.

Urano es distinto. Tiene que dejar atrás los límites del pensamiento y la observación. Penetra en espacios que antes eran desconocidos. Asume muchos riesgos que, tal vez, puedan conducirle a un desierto en el que no encuentre nada o sólo inseguridades. La investigación con Urano supone esfuerzo, pensamiento concentrado, meditación y búsqueda sistemática para, finalmente, llegar a un resultado.

A diferencia de esto, el amor neptuniano se precipita sobre nosotros como un «tsunami» y nos deja completamente expuestos e indefensos. Como mucho, tal vez podamos intentar razonar posteriormente sobre la experiencia vivida. Pero, en todo caso, tenemos que pasar por el cuello de botella. Debemos hacer este esfuerzo y tener el valor de responsabilizarnos de lo que hemos hecho conscientemente (Urano) o hemos experimentado (y, en realidad, deberíamos aceptar interiormente). En el cuello de la botella debemos sacar fuerzas de flaqueza y situar-

nos fuera de la normalidad. Pero esto sólo lo logran las personas que ya han alcanzado un cierto nivel de conciencia y quieren seguir avanzando.

Los demás prefieren permanecer dentro del cuerpo de la botella, pues es más seguro. Ahí se mueven de un lado para otro, dando vueltas y viviendo una y otra vez las mismas experiencias con algunas variaciones. Así se sienten felices. No buscan el crecimiento sino, como máximo, cambios y distracciones. Pero esto es distinto de lo que hablábamos antes, para esto no se necesita atravesar el cuello de la botella.

En la parte más alta de la botella se encuentra Plutón, que puede definirse con el concepto de *voluntad*. Quien se atreve a ascender por el cuello de la botella corre el peligro de caer fuera de la misma, pues esta zona no es tan densa sino que se hace permeable y se puede perder el control. También suele darse el miedo a perder el perfil de la propia personalidad. En este punto, el yo empieza a vacilar. Tiene miedo a disolverse, a no ser como antes, tan seguro de sí mismo. Evidentemente, la disolución no llega a producirse. Lo que sí sucede es que el yo adopta criterios nuevos y empieza a medirse según ellos. El yo perdura, pero ya no es el mismo.

La psicología transpersonal, que se ha extendido mucho en los últimos tiempos, se ocupa de lo que se encuentra en la parte superior de la botella. Esta psicología parte de la base de que el hombre puede trascender sin perderse a sí mismo. Porque el yo no debe disolverse, sino que debe permanecer. Pero, alertados por las experiencias del pasado, percibimos el riesgo de disolución. Los seres humanos de hoy debemos hacer el camino conscientemente. Debemos arriesgarnos y así llegaremos a ser capaces de hacer nuestra voluntad.

En la zona del pensamiento distinguimos entre pensamiento concreto y pensamiento abstracto. El primero se refiere a la forma de pensamiento limitada del intelecto (que tanto se valora en la actualidad porque nos proporciona el sustento diario).

El segundo hace referencia a la función mental superior, una función uraniana que puede actuar más allá de la personalidad. No sólo en las habituales vías del mundo físico y del saber establecido, sino también adentrándose en los arriesgados caminos de la auténtica investigación que va más allá de lo conocido.

El espacio mental tiene pues dos posibilidades: la forma de pensamiento intelectual, limitada y relacionada con lo físico y la forma superior uraniana que

puede reconocer también las realidades y regularidades inmateriales.

Neptuno, el principio de amor superior, hace posible la identificación del individuo con otros seres. Quien ama, se identifica con el otro, y ésta es una capacidad que tiene que ver con Neptuno. También el amor se transforma por el efecto de Neptuno y nos lleva a dimensiones superiores. Esto sucede de manera intuitiva, ya que el amor se puede calificar de intuitivo.

Finalmente llegamos al planeta situado más arriba en el ánfora. La voluntad de Plutón es visionaria, su aliento convierte al individuo en visionario. En todas las capacidades, incluso en las parapsicológicas, se puede constatar que Plutón se expresa de manera visionaria en la conciencia del ser humano. No tiene que ser necesariamente una imagen óptica, puede ser una imagen auditiva, olfativa, gustativa o táctil. Plutón puede manifestarse a través de todos los sentidos.

Los aspectos de conjunción u oposición de Plutón con la Luna indican la existencia de capacidades de percepción paranormales (en el caso de la oposición el efecto es más intenso). La persona tiene sensaciones, ve imágenes y percibe cosas con un alto grado de complejidad. Por ejemplo, puede ver algo,

olerlo y, al mismo tiempo, oír voces. La Luna, con su gran fondo de personalidad y de vivencias emocionales, sirve aquí de instrumento para presentar las percepciones.

La existencia de un aspecto entre Plutón y Júpiter que, como sabemos simboliza lo sensorial y está relacionado con las imágenes, podría traducirse en una capacidad de clarividencia, en el sentido de una cualidad visionaria. El vínculo entre Plutón y Mercurio puede indicar clariaudición. Las capacidades parapsicológicas pueden verse claramente en el horóscopo. Dejémoslo, de momento, en estos ejemplos.

Estas capacidades parapsicológicas son pasos previos o instrumentos de ayuda en el proceso de desarrollo espiritual. Hay bastantes personas que tienen facultades de este tipo. Por ejemplo, las personas con la conjunción Plutón-Júpiter suelen tener muchas visiones, lo que les permite decir cosas sorprendentes a los demás pero, normalmente, se quedan atrapadas en esta capacidad, sobrevalorándose en exceso por el hecho de tenerla.

Nacieron con esta capacidad pero no se esfuerzan por sacarle un provecho espiritual, no la desarrollan. Como resultado, no avanzan pues no se esfuerzan por hacerlo. Esto es un inconveniente y pone de ma-

nifiesto que la existencia de capacidades parapsicológicas no es una garantía de que la persona vaya a avanzar en el camino de la espiritualidad. Sólo indica que hay una buena predisposición.

No obstante, lo cierto es que disponer de estos instrumentos puede ser de gran ayuda (en comparación con no tenerlos).

El ánfora nos ofrece una visión concreta del ser humano en su globalidad, incluyendo sus posibilidades espirituales. Podemos partir de la base de que pasamos la mayor parte de nuestra vida en la parte inferior de la botella. Allí no nos hacemos demasiadas ilusiones pero, de vez en cuando, sentimos una cierta atracción hacia arriba. Deberíamos tomarnos en serio esta atracción, dedicarnos a ella e intentar hacer algo para nuestro desarrollo espiritual. Porque, con frecuencia, muchas de las dificultades que no logramos resolver en el ámbito material, se solucionan casi por sí mismas en el camino hacia arriba.

Pero hay una condición previa: primero debemos poner en orden el ámbito material. No me refiero sólo a la imagen de la personalidad que nos hemos creado a partir de los tres planetas principales, sino también a los cuatro planetas restantes, los órganos vitales Marte y Venus, que son funciones puramente

corporales (de nivel criatura), y Mercurio y Júpiter, en su calidad de instrumentos esenciales para las funciones de la conciencia.

En los cuatro planetas puede haber funcionamientos erróneos que deben subsanarse. Cuanto más abajo debamos ir para solventar estos problemas, más difícil es la corrección. Hacer cambios en la parte inferior (esto es, junto a Saturno, Marte y Venus) es muy difícil o casi imposible porque allí encontramos modelos de comportamiento profundamente arraigados. Es muy difícil acercarse a ellos. Lo único que podemos hacer es bloquearlos, pero esto conlleva efectos secundarios inmediatos o posteriores, compensaciones o represiones difícilmente controlables. Esto sería como reprimir con violencia la naturaleza impulsiva.

Es más fácil empezar por el ámbito de la Luna, Júpiter y el Sol. Supongamos que uno de estos planetas está en contacto con un planeta espiritual y la persona desarrolla una capacidad precognitiva o de clarividencia. Si no está suficientemente «equipada», entre las cosas correctas y acertadas que diga, se filtrarán también percepciones erróneas. Éste es el fenómeno que siempre plantea problemas en la investigación parapsicológica pues, en las pruebas científicas que se realizan para comprobar el funcionamien-

to de este tipo de capacidades, se producen fallos para los que no se encuentra explicación. Y entonces, la ciencia lo considera un engaño. Todavía no se han encontrado los factores que expliquen por qué en unos casos se dan errores y en otros no.

El problema reside, sin duda, en el estado de los planetas inferiores (que, en conexión con los planetas superiores, hacen posibles estas capacidades). Si los planetas inferiores no están suficientemente desarrollados (depurados), los resultados son erróneos sin que la persona se dé cuenta.

En este proceso son esenciales las funciones de estos cuatro planetas como sentidos. Las dos luminarias son más bien puntos de coordinación de los sentidos: la instancia volitiva o pensante del yo (el yo mental) y la instancia de los sentimientos y los deseos del yo (el yo emocional). Ambas pueden tener el control de una parte o de la totalidad de la personalidad durante mucho tiempo. Que uno u otro planeta tenga el control depende de su posición (fuerte o débil) en la estructura de aspectos y el sistema de casas.

Si analizamos la posición del Sol y la Luna, comprobaremos cuál de los dos podemos emplear mejor y esto nos permitirá tener una percepción más correcta

de nosotros mismos. Entonces no intentaremos ser personas de razón si, en realidad, somos personas de corazón (o viceversa). Y, al aceptar esto, daremos con la forma correcta de actuar. Podremos mezclar de manera óptima las posibilidades que tenemos disponibles. Pero aún así, es posible que se den errores en la combinación con los planetas superiores.

En lo referente al desarrollo de los planetas espirituales es, por tanto, esencial que primero desarrollemos bien las funciones de los sentidos. No debemos olvidarlo, porque es muy importante. Las funciones sensoriales pueden contener malfuncionamientos de base que se traducen en errores al emplear las capacidades parapsicológicas. Entonces, al emplear estas capacidades se producen fallos que hacen que el entorno las considere carentes de valor o, en todo caso, de fiabilidad dudosa.

Así pues, primero debemos desarrollar los cinco sentidos. A modo de ejemplo, en general no tenemos conciencia de que, al comer, utilizamos dos planetas. Está claro que empleamos el gusto, pero el olfato también participa. La nariz nos ayuda a distinguir más sutilmente entre los alimentos. Venus sólo distingue cinco gustos: ácido, dulce, salado, amargo y metálico. Pero las células olfativas, que se encuen-

tran por millones en la cavidad nasal (Marte = sentido del olfato), pueden añadir muchos matices a las cinco distinciones básicas.

Los humanos somos seres subjetivos. Cuando observamos, cada uno de nosotros pone el énfasis en puntos diferentes. Pero nuestra observación debería ser tan buena que nos diera una visión global completa de la persona, evitando que el énfasis de la subjetividad se centre sólo en algunas partes y obvie otras. La mejor herramienta que tenemos para conseguir esto es Júpiter que, en las diferentes posiciones posibles del horóscopo, nos ofrece los resultados correspondientes.

La condición previa es, pues, desarrollar, cultivar y refinar los sentidos en cierto grado. De este modo podrán también trabajar en conexión con los ámbitos espirituales. Los nuevos planetas no pueden penetrar la conciencia sin más, sino que necesitan estaciones de conexión en nuestro aparato sensorial. Por eso, los órganos de la parte inferior de la botella deben ser los que reciban y retransmitan lo que los planetas transpersonales nos envían en forma de reconocimiento e intuición. La interpretación que los planetas inferiores hagan de lo que reciben del ámbito espiritual depende de su grado de desarrollo. Como vemos, puede haber también engaños e ilusio-

nes. El funcionamiento espiritual no es tan fácil: requiere la existencia de una buena infraestructura. Tenemos que continuar trabajando también en la parte inferior. No podemos subir hacia arriba en la botella y olvidarnos de la parte baja.

Aspectos con los planetas espirituales

El hecho de que Urano, Neptuno o Plutón no tengan aspectos con los planetas del yo no significa nada. En este caso, hay que empezar a trabajar con los planetas de nivel criatura aspectados con los planetas espirituales.

Un aspecto Plutón-Mercurio, por ejemplo, indica que el sentido del oído es extremadamente sensible. Los reconocimientos o visiones espirituales no se transmiten, en este caso, a través de imágenes sino que se oyen o cristalizan en algún tipo de formulación conceptual.

Tal vez el reconocimiento se produzca al expresar lo que la persona presiente de manera poco clara en su interior. En este caso es recomendable que la persona desarrolle su oído y su capacidad de expresión oral y escrita tanto como sea posible para, de este modo, facilitar que se produzca el efecto necesario.

Así pues, para avanzar en el camino espiritual, no es necesario que existan aspectos entre los planetas transpersonales y los planetas de la *personalidad*. Incluso puede ser más favorable porque, de lo contrario hay una parte de la *personalidad* que resulta más difícil de controlar (la que recibe un aspecto transpersonal) y el yo reacciona de una manera más personal y limitada. El hecho de que no haya contacto entre los planetas transpersonales y los planetas principales es, pues, una ventaja.

Si un planeta transpersonal está inaspectado, resulta difícil emplearlo directamente como órgano específicamente espiritual. Pero, en ocasiones, puede irrumpir de manera inesperada y repentina en la conciencia, manifestando reconocimientos o visiones que, a menudo, son difíciles de integrar en la personalidad. En este caso, hay dos maneras de reaccionar:

1. Enfrentarse intensamente con la percepción y esforzarse buscando información y haciendo de todo lo posible para poder integrar la vivencia en la conciencia, o...
2. Negarlo y decir «¡Se me ha ido la olla!». Pero al reprimir la percepción, poco a poco, ésta se desvanece. De esta manera, tal vez se deje escapar la fortuna durante toda la vida. Esto es común en el caso

de un planeta transpersonal inaspectedo y suele suceder varias veces en la vida aunque, la mayoría de las veces, la persona no se lo toma en serio.

También es posible que este tipo de manifestaciones se den en la infancia pero que sean rechazadas por el entorno. Un niño cuenta con toda su inocencia algo que ha experimentado y el entorno no le hace caso: «¡Tonterías! ¡Esto son imaginaciones tuyas!». Como resultado, el niño deja de prestar atención a este tipo de manifestaciones y tiende a reprimirlas durante toda su vida (lo que se debe al efecto del entorno).

En caso de aspectos de tensión con los planetas superiores, se pueden desarrollar cualidades espirituales que van más allá de lo normal. Evidentemente, los aspectos rojos tienen que ver siempre con procesos dinámicos. Los aspectos azules indican más bien que la persona ha traído consigo algo que desarrolló en el pasado. Sin embargo, debe gestionar y emplear este instrumental en esta vida, en el aquí y ahora. Los aspectos rojos implican esfuerzo: ¡Nada cae del cielo! No tiene sentido hablar de aspectos agradables/desagradables, buenos/malos o tensos/distendidos.

Neptuno tolera muy poco los aspectos rojos y suele sufrir con ellos. La oposición Neptuno/Saturno produce generalmente problemas psicológicos. Esta oposición es bastante frecuente en nuestra generación, a pesar de que sólo se da cada 30 años aproximadamente y es efectiva durante unos tres años. La persona se ve obligada a hacer algo con esta oposición, pues en ella concurren dos principios que se bloquean mutuamente. Estos principios tienen un cierto parentesco pero, en cuanto a su constitución, son completamente distintos. En Neptuno tenemos, desde el punto de vista psicológico, el ideal del amor. El ideal de amor que la persona lleva dentro cristaliza en Neptuno. Es una visión (imagen guía) del amor propia de la persona que se ha ido desarrollando paulatinamente (y que depende del entorno).

La idea del amor personal, el deseo de amar y ser amado que vemos en la Luna (no el ideal del amor), el «quiero ser amado de tal manera y por tal tipo de persona» está relacionado con Neptuno. Se construye a partir del contacto del niño con los padres, de la relación de los padres entre sí y, posteriormente, a través de todas las relaciones de amor que el niño observa. Si esta idea del amor cristaliza (en un proceso normalmente inconsciente), Neptuno compensa todas las decepciones que la persona ha experimen-

tado con la Luna. Neptuno debe contener siempre algún tipo de compensación, de lo contrario la persona se queda enganchada a la Luna con todas sus frustraciones. Esto nos ocurre a todos en cierto grado, pero es algo que no puede quedar así.

La naturaleza ha previsto que Neptuno tenga un efecto sobre nosotros, aunque no se manifieste como una función puramente espiritual (como en ocasiones sucede): Neptuno recoge la idealización del amor en un proceso inconsciente y la presenta a la persona como ideal del amor. Por esto, cada ser humano se esfuerza, consciente o inconscientemente, por experimentar un amor total en la vida.

En el caso de Neptuno oposición a Saturno, el comportamiento de la madre suele haber planteado contradicciones serias con respecto a esta visión del amor ideal de la persona. Tal vez vivió y enseñó al niño una visión del amor muy limitada, probablemente con un claro sentido práctico. Esto origina una tensión en la capacidad de amar, porque el ideal ha sido desvirtuado, limitado y modificado, lo que finalmente conduce a una restricción importante en la capacidad de amar.

Aunque la Luna tenga una posición excelente y aporte toda clase de experiencias amorosas, el ideal de

amor tiene tendencia a producir frustraciones que, normalmente, la persona reprime (pues la oposición estimula la represión). Si la oposición está distendida por la existencia de aspectos laterales azules y verdes, casi siempre se dan compensaciones.

Pero las compensaciones no son ninguna solución, sino sólo una válvula de escape para que la oposición no se cargue excesivamente. Una oposición debe tener posibilidades de distensión, de otro modo no funciona. Es un aspecto doblemente saturnino. En lo referente a los aspectos, Saturno tiene dos formas de actuación: la mutable (150°) y la fija (180°). La forma flexible (quincuncio) es un movimiento constante, unido al esfuerzo de «querer llegar lejos». La oposición produce un efecto saturnino estático y estable. Es el efecto de cristalización, de rigidez.

La Oposición

Cuando dos planetas están en oposición, la energía de cada uno se queda estancada entre ambos (cada planeta tiene su propia energía). Como los dos planetas se retienen mutuamente, ambos utilizan su energía para intentar dirigir la oposición, en la que se encuentran encallados. La energía se va acumulando

do progresivamente, como en una batería y en algún momento debe producirse la descarga.

La descarga puede producirse a través de los aspectos que van desde la oposición hacia un tercer planeta. La existencia de un aspecto es suficiente para garantizar la distensión. Entonces la energía puede fluir, ya sea de manera continuada o a impulsos, y se transforma en rendimiento o placer. Esto es la compensación: dejar escapar vapor o aire. Pero de este modo no se avanza. En cambio, si la persona se esfuerza, también se pueden liberar fuerzas creativas. Esto presupone cultivar en cierta medida la conciencia personal (algo que no sucede automáticamente).

También puede darse el caso de una oposición suelta, sin otros aspectos y que, en cierto modo, flota libremente en el espacio. Una oposición así no tiene ninguna forma de descarga natural y tampoco puede compensar. Tiene, además, otro inconveniente: es comparable a un condensador (que también se carga con tensión). Cuando está completamente cargada, debe descargarse y en algún momento salta la chispa. A diferencia de la descarga a través de aspectos, que es una compensación, la descarga de una oposición suelta no puede dirigirse y es como una erupción.

Cuando una oposición suelta entra en erupción para descargarse, la liberación de energía es tan grande que puede causar daños y tener repercusiones negativas para la persona. Por eso, la distensión mediante aspectos es más adecuada para poder emplear la energía de manera constructiva. En este caso, la tensión acumulada puede tener efectos creativos. Es, pues, un camino que tiene que ver con el proceso de desarrollo.

El papel de Saturno en el desarrollo espiritual

Saturno se siente bien en la parte inferior del ánfora (es como el peso de un tentetieso) pero, además, es también la pared de cristal del ánfora, es decir, algo estable. Toda forma, toda corporalidad es saturnina.

La oposición a Saturno es, tal vez, el aspecto que más nos obliga a subir por el cuello de la botella. Saturno, que según el esoterismo es el *Guardián del Umbral*, nos impone una condición para permitirnos el acceso a la parte superior del ánfora. Podemos imaginarlo sentado en el umbral del cuello de la botella, diciéndonos: «Para pasar, antes debes resolver los problemas en la parte inferior».

No es un trabajo fácil ni agradable porque, en la parte superior, la pared de cristal es permeable y tene-

mos miedo a perder la seguridad que Saturno nos ha dado anteriormente.

Muy a menudo se dice que Saturno sólo significa renuncia. En mi opinión el concepto de «renuncia» es un tanto peligroso en este contexto o, cuando no, puede dar lugar a malentendidos. Es cierto que la renuncia tiene, a veces, un papel importante en las cuestiones relacionadas con Saturno. Pero no se debe identificar a Saturno con la renuncia sino con los límites.

Si queremos avanzar hacia la espiritualidad, no podemos aferrarnos a la seguridad. Debemos atrevernos a saltar hacia donde nos indica la intuición. Desde nuestra posición en el trampolín, todo lo que está más allá nos parece desintegrado, descompuesto y caótico. Es una reacción normal y humana, pero no es cierto. Da lo mismo hablar de «renuncia», «liberación» o «salto al vacío», cada uno debe elegir la palabra que le parezca más adecuada.

El avance hacia la espiritualidad también puede describirse como iniciación, en el sentido de que ahí se nos transmite una palabra, una fórmula o una clave mágica que nos permitirá progresar. Cada uno debe encontrar su propia palabra o concepto para que Saturno se muestre dispuesto a soltar los amarres y

nos permita dar el salto. No hay ninguna receta general que sirva para todos. Cada uno debe encontrar su propia clave.

El yo encuentra en Saturno su manifestación más fuerte: el ego físico. Sabemos por la astrología tradicional que los aspectos fuertes de Saturno indican un endurecimiento del ego. El ego se aferra a seguridades materiales externas aparentes. Pero este núcleo cristalizado del yo debe ablandarse para volverse permeable. Y, para ello, debemos pasar por diferentes niveles y procesos de evolución.

Entonces nos desprendemos de las funciones de rol que hemos estado interpretando y reconocemos que todo lo material es efímero. Cada uno debe encontrar su capa más dura dentro esta forma y renunciar a ella. Es un proceso de muerte y renacimiento. En este momento Saturno no es sólo el *Guardián del Umbral* sino también el *Gran Iniciador* que nos toma de la mano y, a través del cuello de la botella, nos conduce a dimensiones superiores. El cuello de la botella es de cristal y, aunque sea transparente, es una función saturnina. Mientras seamos seres humanos que vivimos en un cuerpo físico, Saturno estará con nosotros. No podemos ignorarlo.

Integración y psicosis

En el apartado anterior he intentado demostrar que, en última instancia, la forma de solucionar los problemas de la personalidad no es otra que avanzar. Retroceder y aferrarse al pasado no sirve de nada.

Avanzar significa esforzarse y, en el modelo del ánfora, supone pasar por el cuello de la botella, es decir, superar el miedo a las propias debilidades, el temor a dejar atrás las cosas a las que estamos acostumbrados, el miedo al «gran vacío» o cualquier otro tipo de miedo personal.

El punto de integración debe estar ahí, debemos estar orientados hacia una meta. Para actuar sobre la totalidad de la personalidad, con el objetivo de producir una integración, debemos dirigirnos hacia una meta. Avanzar hacia esta meta significa unir paulatinamente las partes de la personalidad aún no integradas, consiguiendo un efecto conjunto de todas las partes.

En este proceso, debemos trabajar también retrospectivamente, en el sentido de cultivar nuestros órganos de percepción. Pero la meta se encuentra delante, en la dirección de la espiritualidad y el crecimiento.

Para determinar el punto de integración, podemos ayudarnos de las posiciones de los planetas transpersonales en el horóscopo. Estos planetas son metas que se encuentran siempre por delante de nosotros, tanto en el espacio como en el tiempo. Esto es una verdad espiritual.

Debemos emplear estas metas para orientarnos en un proceso evolutivo que nos lleve hacia un estado mejor o más cultivado que el de nuestra situación actual. En los estadios de integración parcial de la personalidad tenemos también siempre algunas funciones que no operan bien. Si bien nuestra tendencia puede ser intentar arreglar estos malfuncionamientos, no lo conseguiremos. La única solución posible es mirar hacia delante.

En su función de imágenes guía, los tres planetas transpersonales producen fuerzas de atracción sobre la personalidad. La más intensa es la de Plutón. Pero, para que estas fuerzas se activen en nosotros, es imprescindible que previamente nos preocupemos por clarificar el significado de estas imágenes guía en el ámbito personal.

Todos debemos preguntarnos (Plutón): «¿Cómo me gustaría ser un futuro lejano si no soy perfecto en el estado actual?». ¡Es imprescindible que nos formu-

lemos esta pregunta! No debemos pensar que ya somos perfectos porque podamos imaginarnos cómo deberíamos ser. Esto es un error muy común. Debemos conservar el sentido de la realidad y decirnos: «He llegado hasta aquí, pero todavía me falta esto y aquello...». Debemos aspirar a esta perfección sin ponernos límites de espacio ni tiempo.

También debemos plantearnos (Urano): «¿Qué quiero comprender de este mundo?» «¿Cómo está construido?» «¿Cuáles son sus leyes naturales?» «¿Cómo puedo colaborar con ellas?» «¿Qué caminos debemos seguir?» «¿Cómo puedo ayudar a los demás?». Y otras preguntas similares. Urano es el científico, el investigador. Y todos tenemos un investigador en nuestro interior. Sólo debemos activarlo y plantearnos preguntas que cuanto más exactas sean mejor pues, como sabemos, las preguntas exactas contienen la respuesta.

También debemos cuestionarnos: «¿Qué es para mí el amor?». No sólo en relación con las personas cercanas a las que veo cada día y con las que a veces me enfado, sino también en relación conmigo (cuál es el *statu quo* de mis relaciones), pero además: «¿Qué es lo que espero del amor en el futuro?» «¿Existe el amor perfecto?». Todos queremos trabajar para conseguir este amor perfecto. Sabemos que,

solos, no podremos lograrlo, pero sí podemos hacer algo para acercarnos a él. Y, si los demás también lo intentan a su manera, tal vez entre todos lo consigamos. El amor tiene que ver con el tú, con el prójimo, con todas las personas, con toda la humanidad, sobre todo, en lo referente a la cualidad humana que se da en el encuentro y la convivencia.

Todos debemos reflexionar sobre estas cuestiones esenciales o metas que nos plantean los planetas transpersonales en su función de imágenes guía.

Las respuestas a estas preguntas son totalmente personales e individuales, no las encontraremos «fuera». Nadie puede darme «mis» respuestas. No las hallaremos en cursos ni en libros (aunque, a veces, nos lo pueda parecer), ni podremos comprarlas pagando. ¡Debemos encontrarlas por nosotros mismos!

Sólo uno mismo puede formularse estas cuestiones en sintonía con su exclusiva forma de ser, es decir, tal como refleja el horóscopo. Porque el horóscopo no es algo que «recibamos al vuelo» al nacer, sino un reflejo de la constitución del ser humano individual, fundamentado y lleno de sentido (que, en el actual estado de la conciencia, no puede reconocerse de manera generalizada). El horóscopo tiene raíces

llenas de significado en el pasado y nos plantea metas de futuro. Descubrir estas metas es algo esencial, mucho más que comprender el pasado con todas sus cosas agradables, pero también con sus facturas a pagar.

El punto de la edad y los planetas espirituales

Estas funciones superiores representadas por los planetas transpersonales están a disposición de cada uno de nosotros. En ellas no hay «yo», tienen un efecto impersonal. Todos podemos conectar con estas energías superiores y activarlas si centramos nuestra conciencia en ellas.

Esto sucede de manera especial cuando el punto de la edad hace un aspecto primario con uno de estos planetas. El efecto puede ser muy intenso y afectar-nos existencialmente. En la mayoría de casos nos vemos inmersos en situaciones que nos desencadenan crisis. En estos períodos debemos afrontar el problema de nuestra generación y solemos encontrar la oposición del colectivo.

En el caso de Plutón, los efectos tienen que ver con cuestiones relacionadas con el propio yo en su potencia más elevada: Plutón nos impulsa a crecer hacia la propia perfección.

Todos tenemos una idea de perfección que quisiéramos alcanzar. Y, si el colectivo pretende influir en nuestra idea personal de perfección, intentando reorientarla o modificarla, no tendremos más remedio que enfrentarnos a nuestra generación, esto es, a los típicos conceptos del pensamiento colectivo, para poder manifestar nuestra verdadera esencia. Si no lo logramos, caeremos en la difusión, como la gran mayoría. Muchas personas no se molestan en plantearse estas cuestiones relacionadas con sus verdaderas metas y su generación. La generación, como colectivo, no les interesa.

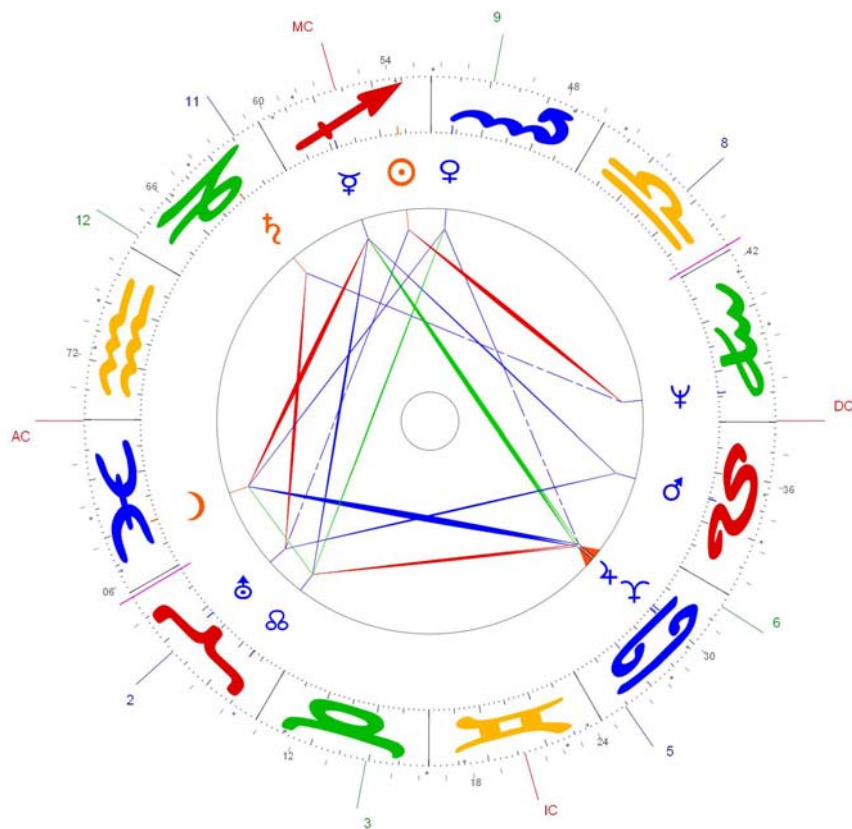
Horóscopos sin planetas espirituales

Podemos comprobar el significado que los planetas espirituales tienen para nosotros con el siguiente ejercicio. Se trata de eliminar los planetas transpersonales del horóscopo y observarlo con los aspectos restantes. Esto nos permite darnos cuenta de la importancia de estos nuevos planetas en el horóscopo. Hay horóscopos que casi no cambian y otros en los que todo queda desconectado.

Si la estructura de aspectos ocupa más espacio con los aspectos de los nuevos planetas que son ellos, puede considerarse como algo significativo en el

contexto del crecimiento espiritual. Hay horóscopos que «tienen vida» gracias a los planetas transpersonales. Sin ellos, queda muy poco o nada de la estructura de aspectos.

Como ejemplo, quiero mostrar mi propio horóscopo:



Bruno Huber, 29.11.1930, 12:55, Zurich

Veamos las posiciones de mis planetas principales. El Sol (6° 30' Sagitario) está en el punto de reposo de la casa 9. No es un Sol espléndido. Está fuerte por signo pero se encuentra en punto de reposo.

A la Luna (20° Piscis) no le va mucho mejor. Está un poco más débil por signo que el Sol y se dirige hacia el punto de reposo.

Saturno (10° Capricornio), en cambio, es el planeta más fuerte de los tres. Está bastante fuerte por signo y también por casa, ya que se encuentra cerca de la cúspide de la casa 11. Éste es el planeta que debo utilizar fundamentalmente como planeta del yo (aunque me llevó un cierto tiempo darme cuenta de esto, pues al entorno no le gusta Saturno como planeta del yo).

Y ahora, veamos las posiciones de mis planetas transpersonales. Si eliminamos a Urano, desaparecen los aspectos con Saturno y Marte. Si eliminamos a Neptuno, desaparecen los aspectos con el Sol y Saturno. Sin Urano ni Neptuno, Saturno se queda aislado, desnudo. Y lo mismo sucede con el Sol. Con la Luna sí podría hacerse algo, porque que tiene aspectos con el Nodo Lunar, Mercurio, Venus y Júpiter.

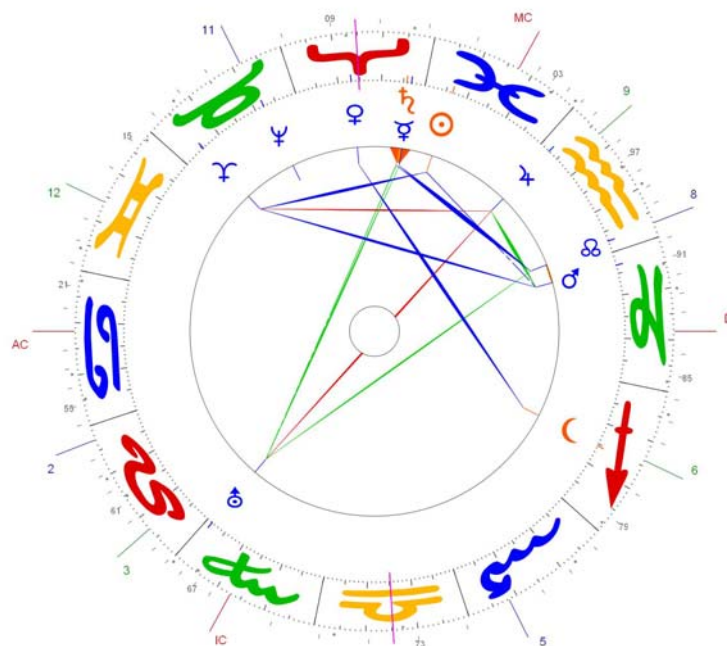
Como vemos, lo más destacable es que al quitar Urano y Neptuno, el Sol y Saturno pierden sus aspectos.

Quiero explicar cómo el efecto que ha producido esta configuración en mi vida. No desarrollé ninguna relación fuerte con mi padre. Esto queda indicado por la posición del Sol en punto de reposo. Con mi madre, en cambio, mantuve una relación estrecha. Mi madre no fue «maternal» en el sentido habitual de la palabra (en ese caso Saturno hubiera estado en la zona baja del horóscopo) sino que, dada su posición en la casa 11, intentó influir sobre mí desde el punto de vista ético. Y yo sencillamente lo acepté (aunque éste es un aspecto que más tarde tuve que trabajar intensamente).

Mis padres no hicieron demasiado para que me sintiera enraizado en la comunidad familiar. De niño ya me sentía desarraigado. Durante el paso del punto de la edad por Urano, después de que mi madre me dijera que no quería tener un hijo tan malo, me escapé de casa (cuadratura Urano-Saturno).

Si eliminamos a Urano y Neptuno, los planetas que simbolizan al padre y la madre se quedan sueltos. No me quedó otro remedio que desarrollarlos por mi cuenta. Cuando escapé de casa, me sentí absoluta-

mente abandonado en mi interior. A partir de ese momento, tomé plena conciencia de mi desarraigo y tuve que buscarme unas nuevas raíces. Y no las encontré hasta que descubrí el camino espiritual que me permitió empezar a trabajar y colaborar con los demás.



Albert Einstein, 14.3.1879, 11:30, Ulm /Alemania

Veamos ahora el caso de Albert Einstein. Neptuno está inaspectado. Y, si eliminamos a Urano y Plutón, lo que queda de la estructura de aspectos es insigni-

ficante. Urano, el científico, tiene una posición destacada como dominador de tensiones en la casa 3, un ámbito intelectual.

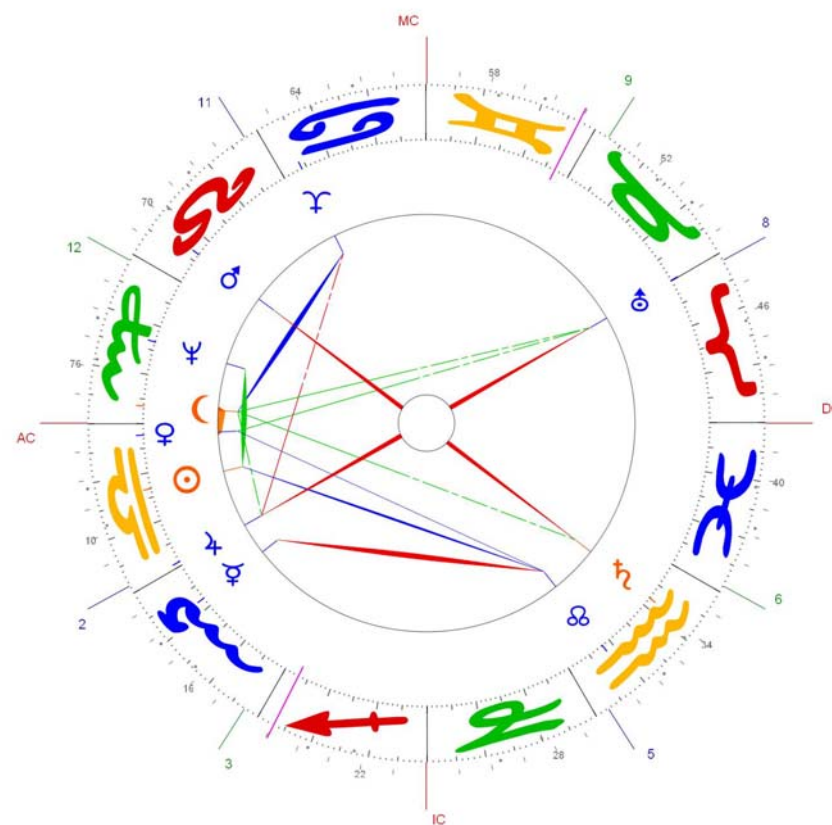
Plutón recibe tres aspectos. Si lo eliminamos, en la estructura de aspectos quedan todavía algunos aspectos, pero no en una verdadera interrelación sino sólo un conjunto de aspectos sueltos que no ofrecen gran cosa.

Todos conocemos la gran aportación científica de Einstein y está claro que su trabajo se debe esencialmente a Urano. Su éxito no puede explicarse con el resto de posiciones, ya que los planetas que se encuentran en las fronteras de signo y cerca de puntos de reposo no tienen una posición fuerte. En el sentido científico, con Venus tampoco puede hacerse demasiado aunque esté en trígono con la Luna pero, con este aspecto, Einstein tocaba el violín (gran sensibilidad).

Urano tiene varios aspectos y, además, actúa como dominador de tensiones. Se encuentra justo al otro lado de toda la acumulación de planetas (con excepción la Luna). En un caso así, el planeta en cuestión se convierte en el tema principal de la vida. En este caso se trata de Urano, uno de los planetas espirituales. Einstein tuvo que hacerse científico, investi-

gador. Además, Urano está en el signo de Virgo (meticulosidad) y en la casa 3 (intelectualidad). Es un caso evidente.

Veamos ahora el caso de Ulrike Meinhof, un ejemplo negativo.



Ulrike Meinhof, 7.10.1934, 05:26, Oldenburg/A

Vemos una estructura de aspectos compleja. Urano, como en el horóscopo de Einstein, se encuentra al otro lado de la acumulación de planetas, pero sólo tiene un aspecto relevante y un par de aspectos débiles. En este caso, no se lo puede considerar un verdadero dominador de tensiones. No tiene la suficiente fuerza de tracción para hacer esta función debido a la escasez de aspectos que, además, no actúan directamente sobre el conjunto de los planetas, sino sólo sobre la Luna y Venus (a parte de Júpiter que sólo tiene una conexión débil con un planeta principal).

Saturno está, con Marte, en una figura lineal separada del resto de la estructura de aspectos (*NT: En el horóscopo adjunto, Saturno tiene también un aspecto con la Luna. Este libro se escribió en 1984 y, en aquel momento, el orbe del quincuncio se consideraba menor, por lo que este aspecto unilateral no se dibujaba, quedando la oposición Saturno-Marte aislada del resto de la estructura de aspectos*). Siempre debemos ver a Saturno en relación con Urano. Esta posición aislada indica, sin duda, un gran problema con la madre. Indica una madre aislada. Y un Saturno aislado conlleva casi siempre una posición de Urano difícil de integrar. Los intentos de sustituir o compensar las funciones maternas (ausentes o insuficientes) en la imagen guía de Urano resultan difí-

ciles por parte de la madre. Su madre existió pero fue una persona muy intelectual que apenas se ocupó de cuidar de su hija. Ulrike Meinhof tuvo muy pocas posibilidades de aprender de su madre las capacidades básicas para llevar una vida segura. Cuando Saturno está aislado nos encontramos con un problema de seguridad. Y en nuestro ejemplo está, además, en el punto de reposo de la casa 5. En esta posición se siente expuesto y no sabe cómo protegerse.

Resulta difícil deducir la información necesaria para construir una imagen guía válida. ¿Y qué hace Urano, a modo de compensación, por la falta de una imagen guía de madre? Desarrolla capacidades científicas en la persona, porque la ciencia está básicamente relacionada con el desarrollo de una seguridad superior. Ésta es la razón de la afinidad entre Saturno y Urano.

Saturno tiende a establecer una zona de seguridad donde se sienta «como en casa». Ahí intenta tenerlo todo controlado, estableciendo una organización óptima y unos límites seguros. Urano, en cambio, busca la seguridad no sólo en una zona estable sino también en su aspecto dinámico, esto es, buscando nuevas seguridades más allá de todo lo habitual y conocido. Ésta es la postura del investigador.

Saturno reacciona de manera estática, estableciendo límites: construye muros a su alrededor y permanece inmóvil, pero está dispuesto a disparar todas sus armas en cuanto aparezca un peligro. ¡Deben respetarse las distancias de seguridad! Urano, en cambio, se enfrenta a los peligros intentando reconocer las leyes que los rigen, sus regularidades. Éste es el sentido y la función de la ciencia.

Ulrike Meinhof creía ser una persona capaz de pensar científicamente. Estaba convencida de que proponía una solución científica ideal y que tenía respuesta para todas las preguntas. Pero no era más que pseudociencia, puesto que no podía discernir entre lo científico y lo no científico, ya que no tenía posibilidad de acceso a la sustancia primordial necesaria para emprender la búsqueda y la investigación científicas.

Además, si Júpiter (los órganos sensoriales como instrumentos de observación) se bloquea (oposición) ante la cualidad uraniana, la investigación no está facilitada. Meinhof desarrolló unas ideas de las que, en realidad, no se pudo convencer a través de los sentidos. Y esto fue el principio del fin. Esta actitud la condujo a un callejón sin salida en el que las ideas no tenían nada que ver con la realidad.

La progresión de la edad nos permite hacer un seguimiento de las etapas de su vida. Cuando el punto de la edad pasó por Urano, se quitó la vida.

En el horóscopo de Ulrike Meinhof tenemos un claro ejemplo de percepción negativa de un planeta espiritual. Urano está conectado desfavorablemente a la estructura de aspectos y no puede integrarse bien. Y, cuando Saturno está inaspectado, hay siempre un tema, una interrelación interna entre estos dos planetas. En su desarrollo, ambos planetas dependen el uno del otro: Urano depende de Saturno y viceversa. Pero Plutón también depende del Sol y Neptuno de la Luna. En cada planeta de la personalidad precipita la imagen-guía representada por el correspondiente planeta espiritual. Entre cada planeta de la personalidad y el correspondiente planeta espiritual hay siempre una relación causal y de dependencia.

En el caso de Ulrike Meinhof no hay una base adecuada para la formación de una imagen-guía buena y positiva de Urano. En lugar de investigar, aceptó como válidas y desarrolló ciertas ideas guía que no tenían ninguna relación con la realidad. Además, las posiciones relativamente débiles del Sol y la Luna, no permitieron ningún tipo de reacción efectiva. Especialmente la Luna que, debido a su posición en la

casa 12, sufre por no poder vivir plenamente su emocionalidad. Esto es otro indicio de que la Luna, la niña, se sentía aislada, en soledad y volcada hacia sí misma. Esto concuerda con una madre que no tuvo relación con su hija.

También debemos considerar los efectos negativos. La oposición Júpiter-Urano indica la existencia de unas condiciones poco favorables para la tarea que Júpiter debería hacer: incitar a la investigación. Aquí Júpiter dice lo contrario: rechaza la colaboración en la investigación. A partir de la observación de la realidad, Júpiter debería proporcionar la sustancia de la investigación, esto es, el material para el trabajo mental.

Pero, en esta posición, no puede hacerlo y la consecuencia es que se forman ideas fijas. Cuando Urano no funciona correctamente, tiene tendencia a formar ideas fijas y sistemáticas. Entonces tiene respuestas para todo y encuentra explicaciones para cualquier problema. Esto es algo típicamente uraniano.

Su posición al inicio de Tauro lo hace aún más terco. Y, además, se encuentra en la cúspide de la casa 8, una casa fija. Esto no lo ayuda a hacerse más flexible ni a acercarse más a la realidad ante cualquier

estímulo. La casa y el signo endurecen todavía más las ideas fijas.

La formación de ideas fijas es la clásica manifestación negativa de un Urano no controlado.

En este punto quiero hacer referencia a algo relativo a los planetas de la *personalidad*. Con frecuencia me preguntan si un planeta del *yo* inaspectado significa una desintegración de la *personalidad* o, tal vez, algún tipo de esquizofrenia, puesto que aparentemente los tres factores del *yo* no pueden interrelacionarse a través de la conciencia.

La estructura de aspectos es, como sabemos, la imagen de la conciencia. Es el plano estructural de las interconexiones o del flujo de nuestra conciencia. A menudo nos encontramos con estructuras de aspectos en las que algunas figuras están desconectadas (aisladas) del resto. Debe quedar claro que esto no significa que la persona sea esquizofrénica.

¿Qué significa, en realidad, que un planeta como Saturno esté inaspectado? En el caso de Ulrike Meinhof podríamos decir que hubo un conflicto con la realidad. No podía ver las cosas tal como eran en realidad porque Saturno no está incluido en la conciencia. Saturno es la forma, los hechos, lo que se ha

convertido en realidad, la realidad tradicional o actual, todo lo que se ha desarrollado hasta alcanzar un determinado estado endurecido que se puede reconocer. Saturno inaspectedo señala, ante todo, un problema con la madre, es decir, la existencia de malfuncionamientos en la mecánica de seguridad necesaria para desenvolverse adecuadamente en la vida (sobre todo en los asuntos materiales). Para Meinhof, cualquier teoría podía ser realidad y por eso actuó de manera tan traumática, intensa y dura. La realidad se fue convirtiendo, poco a poco, en su peor enemigo y tuvo que luchar contra ella con todas sus fuerzas.

Durante el paso del punto de la edad por los 20° Acuario, dio a luz gemelos y, unos meses más tarde, se le diagnosticó un tumor cerebral y fue operada. Tuvo gemelos debido a que este punto coincide con un punto medio.

La operación se realizó exactamente cuando el punto de la edad se encontraba sobre Saturno. Convertirse en madre con un Saturno inaspectedo no es una tarea fácil. La persona no tiene los reflejos necesarios para cuidar y tratar a los niños. Podríamos decir que Ulrike Meinhof fracasó internamente en su tarea como madre, lo que ocasionó el crecimiento del tumor hasta un alto grado de peligrosidad. Natural-

mente, este tumor no se originó en ese preciso momento, pero este tipo de tumores tienen la característica de que remiten por completo cuando desaparecen los problemas psicológicos que los ocasionaron.

En este caso, el crecimiento el tumor se vio favorecido por el nacimiento de los gemelos y adquirió un tamaño peligrosamente grande. No fue posible extirparlo y, si bien, se le colocó un cerco alrededor, continuó presionando el tálamo y el tronco encefálico igual que antes. Era probable que, a corto o largo plazo, se originaran alteraciones y efectivamente, a partir de entonces, su personalidad cambió intensamente.

En todo horóscopo hay diversas posibilidades para avanzar por el camino positivo. Hay ciertos momentos o puntos en los que el cambio es posible. Si se deja pasar uno de estos puntos, en el futuro siempre aparece otro, pero puede ser un punto de fracaso.

En el horóscopo de Ulrike Meinhof hubo uno de estos puntos cerca de Saturno. Si hubiera cambiado en ese momento (con o sin ayuda externa), al pasar por Urano quizás le hubiera sido posible rehabilitarse y llegar a cambiar sus valores por valores verdaderos. Hubiera llegado a un nivel superior. Pero como no cambió ni en este punto ni en otros posteriores, pa-

rece ser que, cuando el punto de la edad alcanzó Urano, tuvo que llegar a su fin.

La influencia que podemos ejercer en un eventual cambio de otra persona es mínima. Podemos ofrecer nuestra ayuda e intentar hacerlo de modo que la otra persona pueda aceptarla. Pero no podemos obligarla a comprender nuestro punto de vista. En última instancia, la decisión es suya y forma parte de su destino. Muchas veces no logramos comprender por qué suceden ciertas cosas en la vida.

El problema no es sólo generacional sino también personal. Ambos temas se sumaron en el caso de Ulrike Meinhof. Si la posición de Saturno que planteó el problema personal con su madre hubiera sido más favorable, probablemente hubiera podido encontrar una salida mejor.

Los tránsitos o las progresiones suelen determinar con exactitud los momentos en que se desencadenan los acontecimientos pero éstos sólo se dan si el punto de la edad lo hace posible, es decir, si hay afinidad entre la temática que señala el punto de la edad y el tema en cuestión.

Sus cómplices hicieron lo posible por conseguir una pena reducida con la ayuda de sus abogados. Mein-

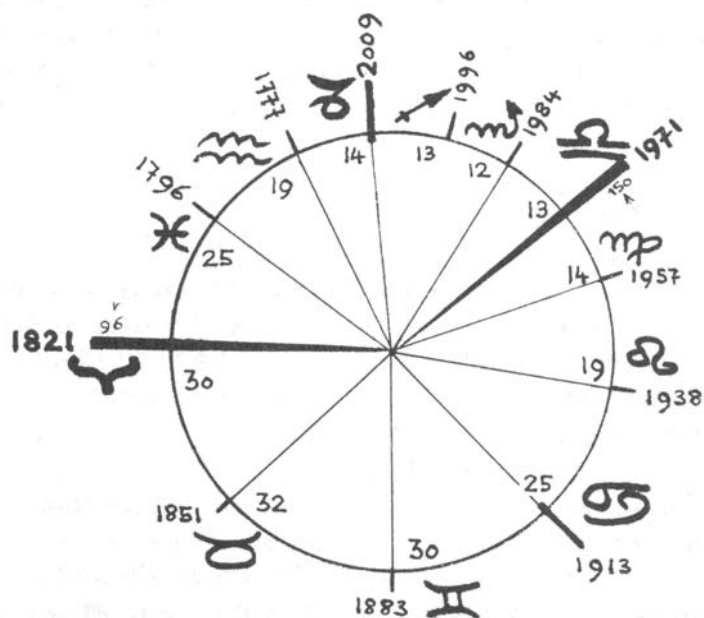
hof quería asumirlo todo pero los demás opinaban de manera diferente. Al final, cuando el punto de la edad pasó por Urano, se encontró absolutamente sola. Esto encaja perfectamente con el concepto de «colapso antes de la cúspide» que se puede dar antes de alcanzar un eje. Al sentirse abandonada no pudo hacer nada más, se quedó aislada. Fue el fin.



Ulrike Meinhoff

Los planetas espirituales como imágenes guía para la humanidad

Los planetas espirituales afectan a generaciones enteras porque su velocidad de movimiento por el zodiaco es muy lenta. Urano necesita 7 años para pasar por un signo y Neptuno aproximadamente 14.



Tránsito de Plutón por el zodiaco

Plutón es un caso especial, pues es muy irregular. En unos casos emplea entre 30 y 32 años para reco-

rrer un signo (como en el caso de Aries y Tauro) y en otros de 12 a 14 años (signos desde Virgo a Capricornio).

Así pues, los planetas transpersonales permanecen en el mismo signo durante varios años.

El ser humano (como veremos después) no se enfrenta actualmente a su propia generación y, debido a esta «sensación de igualdad», a esta pasividad, se originan conflictos entre generaciones.

La generación de Plutón en Cáncer tuvo un enfrentamiento con la posterior generación de Plutón en Leo en los años 60 y 70: la revolución estudiantil de mayo del 68. Con unas metas generacionales tan contradictorias (Cáncer y Leo), el enfrentamiento era de esperar. Y, dado el carácter difuso de las metas y los ideales colectivos, el choque fue inevitable.

Plutón en Cáncer transmitió un ideal de igualdad que partía de los sentimientos. Y esta es precisamente la idea fundamental sobre la que se sostiene la democracia. Entre 1912 y 1938 cayeron muchas jerarquías y monarquías, y se impuso la idea de la democracia como idea-guía. Una formulación más personalizada de esta idea se refleja en la frase: «Todos los seres humanos son iguales».

La generación de Plutón en Leo decía: «Todos los hombres son iguales, pero algunos lo son más que otros». Esto fue, evidentemente, causa de problemas. Aquí podemos observar cómo determinadas definiciones confusas sobre los valores pueden conducir incluso a la guerra. ¡La Segunda Guerra Mundial estaba cerca!

Me he relacionado con muchas personas de esta generación y he constatado que, después de explicarles el significado de Plutón en Leo, reaccionaban de manera diferente a como se comportaban normalmente. Cambiaban totalmente sus ideas de «masa» y, de pronto, descubrían opiniones propias en su interior. Y, si bien seguían empleando términos como «social» u otros similares, súbitamente se daban cuenta de que, en el fondo, querían encontrarse a sí mismas y llegar a ser «alguien especial». Pero esto es algo que, antes, la colectividad no admitía. No se permitía ser honesto consigo mismo y seguir la propia voz interior.

A la generación de Plutón en Cáncer no le fue mucho mejor. Satisficieron poco sus necesidades. Sólo unos pocos de esta generación convirtieron sus pensamientos en realidad. Esto presupone establecer contacto con nuestro interior y hacer realidad lo que allí encontramos. Fueron las personas que crearon

las instituciones sociales modernas, sobre todo las muchas residencias para personas con problemas sociales, para determinados tipos de enfermos, niños problemáticos, etc. Es la idea del hogar de Cáncer.

La generación de Plutón en Géminis había creado las condiciones mentales para lo que llegó a continuación. Conozco a personas con Plutón en Géminis que pertenecían a los estratos más altos de la sociedad y que, en su juventud, hicieron grandes elogios del comunismo y crearon las filosofías más increíbles basándose sólo en el argumento: «Si eres joven tienes que estar a favor de estas ideas». Plutón en Géminis produjo también personas que desarrollaron filosofías que intentaron elaborar una nueva imagen del hombre de una manera positiva.

A nivel externo, esta época produjo también importantes efectos en los medios de comunicación: ferrocarril, barco, coche y avión. A nivel mental se crearon las filosofías que más tarde condujeron a la democracia, a la igualdad en ciertas cosas y, más tarde también, en el signo de Cáncer, a la masificación.

Mediante estas consideraciones podemos seguir el curso de la historia. Con los aspectos que se forman entre los planetas transpersonales y teniendo también en cuenta a Júpiter y Saturno, se puede descri-

bir la historia de los tiempos modernos con todo detalle.

Pero sólo Plutón y las correspondientes subfases de Neptuno y Urano dan una descripción histórica lo bastante global y profunda, en el sentido de poner de manifiesto claramente las causas esenciales. Todos los movimientos de los últimos ciento cincuenta años pueden reconocerse de forma clara y lógica. Los planetas transpersonales son, en realidad, creadores de ideas para la masa, sirven de ideas guía para el colectivo, son los ideales de una época y conforman el *zeitgeist*, el espíritu de la era.